

# The Mixtape

Miranda Soriano



# Capítulo 1

*En un lugar desconocido, 14 de junio de 1962*

Dios navegó por un mar de sangre y lágrimas hasta encontrarse con un niño hecho de rosas y espinas, que vagaba flotando por el cielo justo arriba de su cabeza. Al verse, ambos se detuvieron. Tras tenderle la mano, preguntó su nombre.

“Putrefacto” contestó.

Dios le dirigió entonces hasta una isla lejana cuya arena quemó los pétalos de Putrefacto al pisarla, y comenzó a enterrarlo, dejando solamente su cabeza sobre la superficie.

Espolvoreó arena sobre sus oídos, ojos, nariz y boca, y entonces repitió el proceso consigo mismo.

“¿Qué debo hacer?” preguntó Putrefacto.

“Nunca marcharte” respondió Dios.

## Capítulo 2

*En un lugar desconocido, 15 de febrero de 1963*

Dios caminó por un valle de amor y mentiras buscando un bebé nacido de un jardín gris como brote de mala hierba. Al encontrarlo, preguntó su nombre.

“Vandálico” contestó.

Dios entonces le ató un trozo de alambre de espino alrededor del cuello, y amarró el otro extremo alrededor de sí mismo. Cargó al bebé y lo llevó hasta una cueva colorida para depositarle dentro. Cuando lo hizo, el césped a su alrededor se marchitó.

“¿Volverás?” preguntó Vandálico.

“Siempre” respondió Dios.

## Capítulo 3

*En un lugar desconocido, 28 de noviembre de 1965*

Dios persiguió a un pichón hasta que un niño que no tenía piel ni rostro lo atrapó con manos gentiles, en medio de una intersección en una ciudad desierta. Se acuclilló frente a él y preguntó su nombre.

“Frágil” contestó.

Le ofreció el pichón y Dios lo tomó por las alas para arrancarlas y devorarlas. Le pidió al niño que hiciera lo mismo con el resto, mientras el pichón permanecía inmóvil y empapado de sangre. Ambos observaron las nubes hasta que el sabor metálico desapareció de sus bocas.

“¿Puedo ir contigo?” preguntó Frágil.

“Cuando estés listo” respondió Dios.

## Capítulo 4

PRIMERA PARTE:  
LA CINTA

*19 de octubre de 1989, 12:46 a.m.*

El primero en bajar del escenario fue Cosmo, lanzando las baquetas a lo lejos y haciendo una exagerada reverencia. Le siguió Gaby, encendiendo un cigarrillo. Ambos se perdieron detrás de una cortina.

Everett y Markie se divirtieron otro rato chocando manos con los fanáticos, riendo y gritando en medio del escándalo. Markie estiró la espalda y lanzó una de sus plumillas al público para que algún afortunado se la llevara a casa como recuerdo.

—Andando —dijo, apenas audible—. Quiero dormir.

—Espera un momento —dijo Everett. Su mirada estaba fija al frente, iluminada por una gran sonrisa mientras seguía estrechando manos y chocando puños—. Ya te alcanzo.

Markie frunció el ceño, pero no notaba más que alegría en el rostro de Everett, y no pudo molestarse con él. Negó con la cabeza y soltó un suspiro; esa noche había dado un gran espectáculo y se merecía todos aquellos vítores y aplausos.

Le dio una palmada en la espalda para gritarle una última sugerencia:

—¡No tardes!

Everett apenas escuchó la voz de Markie alejándose y, cuando lo perdió de vista, se olvidó de su existencia como si no hubiese estado nunca a su lado.

Algo en medio del desorden llamaba su atención.

No sabía exactamente qué era, pero la curiosidad e incertidumbre solo hacían que se sintiera más tentado a no moverse de donde estaba. Tuvo ganas de abrirse paso hasta el centro del tumulto, donde presentía que el secreto que flotaba en el aire se revelaría ante sus ojos.

Se trataba de un aroma; no, era una presencia extraña. Algo que gritaba su nombre en un lenguaje incomprensible, pero que Everett reconocía en lo más hondo de su cabeza. Lo estaban buscando cual abejas atraídas hacia el más dulce polen; pues eran muchos y, al mismo tiempo, solo se trataba de una persona más entre el gentío. Quiso escribir una canción al

respecto..., ¿o es que ya había hecho algo parecido alguna vez?

Paseó la mirada de un lado al otro, viendo la masa uniforme de brazos, cabezas y cuerpos envueltos en la oscuridad del bar de mediano tamaño en el que su banda había tocado durante el último par de horas.

Recordó haber visto aquella misma escena en los lejanos sueños de su niñez: nadie más que él en el escenario, sin nada que pudiera robarse la luz de los reflectores; y luego aparecía esa misma sensación de curiosidad junto con la certeza de que, quien sea que lo estuviese observando y esperando, estaba buscando el momento indicado para hacer lo que venía a hacer.

Siempre había despertado antes de descubrir a su visitante y el secreto que traía consigo, pero ahora la verdad no se le podía escapar. La vida ahora no era un sueño.

Sus pies lo llevaron hasta la orilla izquierda del escenario hasta casi pisar la barda que lo separaba del público. La gente creyó que era parte de un nuevo acto así que esperaron, atentos, y algunos se atrevieron a gritarle cosas en tono de pregunta.

No entendía sueco, así que les ignoró y, cuando hablaron en inglés, tampoco respondió porque algo le dijo que no tenía porqué hacerlo.

Posó la vista en paralelo a donde se encontraba y alzó las manos delante de sí igual que haría un jugador de fútbol americano para recibir un pase largo. Esperó por dos segundos. Lo vio.

Un destello.

Una luz verde alzándose entre la oscuridad.

La estrella fugaz titubeó al despegar y luego voló con violencia hasta él. Everett se tuvo que inclinar hacia delante para poder atraparla. Al tocarla, el plástico estaba increíblemente caliente. Estuvo a punto de caer, pero recuperó el balance y se precipitó hacia atrás, aterrizando sobre su trasero.

Soltó un gemido, pero, al bajar la mirada y ver la estrella fugaz segura entre sus manos, el dolor desapareció.

Esta era en realidad un casete de plástico verde brillante, casi transparente. Tenía tallado un mensaje sobre el plástico:

*Everett Wyatt Jackson*

Volvió la vista al público y se encontró con borrosas miradas, tan confundidas como la propia, hallando luego bajo su propia piel una sensación entremezclada de molestia y sorpresa. Nunca había dado su segundo nombre a la prensa, a los fanáticos, ni se le había escapado por accidente en ninguna entrevista. Incluso sus amigos y compañeros de banda se olvidaban de este porque ¿quién diablos tenía tantas letras T en su nombre?

Nadie lo llamaba Wyatt, nadie sabía que se llamaba Wyatt.

Se levantó despacio, intercambiando la vista entre el casete y el punto en donde lo había visto aparecer por primera vez. Todo eran sombras. Había dejado de sentir la presencia en el aire; aquel olor distintivo se había perdido, siendo tragado por la mezcla del hedor a alcohol, sudor y sangre que despedían todos en el público.

Otra sensación se abrió paso entre sus entrañas, resbalando de inmediato hacia sus piernas. Tanto como antes había deseado esperar una eternidad ahí de pie, ahora tenía que irse.

Irse pronto.

## Capítulo 5

1:02 a.m.

Ubicó a los demás ya montados en el auto. Estaban listos para irse, con sus abrigos y bufandas bien puestos.

A la primera que vio fue a Gaby, por el brillito anaranjado de su cigarrillo flotando sobre el asiento del conductor y el humo que salía de la rendija abierta en la ventana. Se cortaba las uñas con unas pequeñas tijeras que después dejó sobre el tablero; Everett tuvo una súbita repulsión hacia el objeto. De copiloto estaba Cosmo, quejándose entre pucheros por el frío que hacía mientras se sobaba los brazos escuálidos. Markie se encontraba en el asiento trasero y Everett no se sorprendió al ver que había colocado su bajo eléctrico junto a sí. Tenía la costumbre de negarse a meterlo en el portamaletas con las demás cosas porque "podría arruinarse".

Después de que Everett atravesara a toda velocidad el laberinto de botes de basura y viejas cajas de licor que lo dirigían a uno a la salida de emergencia que estaba detrás del escenario, tuvo que esquivar varios autos entretanto escuchaba a la multitud del bar abandonar el establecimiento para lanzarse hacia el estacionamiento, donde, Everett sospechaba, seguro intentarían buscar a *The Mixtape* para conseguir autógrafos y fotos gratis.

Cada vez que los coreaban, él y el resto no podían evitar reír un poco porque, a pesar de que su nombre fuese digno de una parodia, *The Mixtape* poseía un poder envidiable: el talento desbordado en música rápida y líricas pesadas que conquistaba a cualquiera anhelante de un poco de desorden sin consecuencias reales.

En cada concierto y con cada canción lanzaban al público sus melodías atroces y ellos les devolvían el favor aplaudiendo y pidiendo por más, siempre deseando que la furia no se acabara porque entonces tendrían que retornar a su pacífica realidad.

Caos. Dulce caos. Esa era la esencia de la banda.

Everett lo sabía y lo adoraba tanto como Gaby, Markie, y Cosmo, pero ahora sentía que necesitaba un poco de calma. No quería encontrarse con esos fanáticos porque entonces seguro le preguntarían por lo que había sucedido hace un momento, y él no tenía respuestas. Confiaba y esperaba que todos se olvidaran del asunto a la mañana siguiente, centrándose entonces en su merecida resaca, y que los que lo recordaran no intentasen descifrar nada ni propagar el chisme.



Agradecía que el bar no contara con cámaras de vigilancia; ¡la suerte de la mediocridad!

Atravesó el estacionamiento como una exhalación, con el aire helado de la madrugada agitándole el cabello y las ropas y golpeándole la piel expuesta; chocó contra una de las puertas traseras del auto por no desacelerar, sacudiendo a los ocupantes. Todos se giraron a verlo con ojos como platos cuando se trepó dentro.

—¡Eh! ¡Cuidado, cuidado!

Markie apartó su bajo antes siquiera de que Everett pudiera hacerle un rasguño, y este de inmediato cerró la puerta, apretujándose contra el asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Cosmo, girándose para mirarlo a los ojos.

—¿Es que te metiste en una pelea? —terció Gaby, riéndose, envuelta en una nube de humo.

Everett negó con la cabeza y se arañó el pecho a través de su camiseta.

—No, no —jadeó—, es que... Yo estaba...

Sintió que algo le pinchaba el corazón y dejó de hablar.

¿En verdad quería decirles?

¿Siquiera valía la pena ocultar el secreto?

Aquella sensación de ser buscado, esa presencia que sólo él había percibido... Si se los confesaba creerían que volvía a las andadas, con las pesadillas del pasado y sus ataques, y el terror que a todos había poseído en aquel entonces.

Siempre había odiado preocuparlos.

Si les decía lo que había pasado y les mostraba el casete, probablemente le harían tirarlo.

Su respiración permaneció alterada incluso después de dejar de sentirse fatigado. Las miradas expectantes seguían fijas en él, pero Everett se quedó mirando al vacío.

El casete podría significar algo muy bueno o algo muy malo: algo solamente dirigido a él. ¿Por qué, si no, tendría su nombre? Era un

mensaje sólo para Everett Wyatt Jackson, el único e incomparable.

—¿Ev? —dijo Cosmo—. ¿Qué sucedió?

—¿Por qué tardaste tanto?

Everett se volvió a Markie, pero no pudo formular respuesta. Sus labios no se atrevieron a moverse, siguiendo las órdenes de un Everett más sabio.

Se quedó callado, esperando.

—Me pediste que te dejara sólo en el escenario —continuó Markie—, después de eso, ¿por qué tardaste tanto?

Espera, no respondas.

—Pasa de la 1:00 a.m., estuviste allá tú sólo por más de quince minutos—dijo Cosmo.

Espera, no respondas.

—Qué fastidio —se quejó Gaby, y la mirada de Everett se deslizó hacia ella, como si supiera que hablaría tan solo arrojar la colilla de su cigarrillo por la ventana—. Fue como si hubieses tocado otras tres canciones tú solo en el escenario, maldito.

Habla ahora.

—Es que así fue —dijo al fin, sin pensar—. Me puse a improvisar y al público le encantó.

Los demás intercambiaron miradas. La sonrisa sarcástica de Gaby se convirtió en una mueca entre fastidio y preocupación.

—No mientas, Everett... Ah, mierda.

Su mirada se desvió hacia la ventanilla de Everett y más allá, localizando a un grupo de cincuenta o sesenta personas que conversaban a gritos, vestidos con chaquetas de mezclilla, chalecos parchados y pulseras con picos. Eran fanáticos y de seguro estaban buscándolos. Gaby soltó un gruñido, encendió el auto y salió del estacionamiento con un chirrido de neumáticos. El concierto la había dejado demasiado cansada como para lidiar con tanto demente justo ahora. Suficiente tenía con los tres chicos a su lado.

—Nos lo contarás por el camino, superestrella.

—En verdad no hay nada qué contar —dijo.

Dejaron al bar y a los fanáticos en la distancia rápidamente, convirtiéndolos en puntos borrosos que se mezclaron con el resto de los edificios hasta desaparecer tras la curvatura del horizonte.

—Canté y ellos me hicieron coros, sin música de fondo, como un puñado de locos. Adorable, a decir verdad.

Le incomodó lo bien que mentía, aún más porque ni siquiera necesitaba pensar antes de hablar, justo como si estuviese leyendo las palabras desde un libreto dispuesto frente a él. Una rara sensación comenzó a palpar junto con la sangre caliente que bombeaba su corazón.

—Aunque sonaba gracioso por sus acentos, ¿saben? —rio sin sonreír.

—¿Y eso fue todo? —dijo Gaby, mirándolo seguidas veces por el retrovisor, con tono molesto. Pisó el acelerador al acercarse a la autopista.

—Sí, sí, es todo. Me sorprende que no hayan oído nada.

—Es muy conmovedor y todo —dijo Cosmo—, pero eso no explica por qué venías corriendo con esa cara de preocupación.

—Ya, eso... Quizás... Puede que les haya o no prometido tocar una última canción con toda la banda —siguió mintiendo—, pero, cuando no les encontré cerca... ¡Bueno! Lo único que me quedó fue disculparme y salir corriendo.

—Nada profesional —murmuró Markie, y Gaby estalló en carcajadas.

Everett soltó un suspiro insonoro cuando ninguno hizo más preguntas al respecto, ignorando que sus mentiras apenas tenían sentido. El cansancio borraba la perspicacia. ¡Perfecto! Ahora la única verdad yacía únicamente con él, encerrada en una cinta.

Un relámpago atronó en la lejanía y hasta entonces Everett se dio cuenta de que el cielo no tenía estrellas ni luna pues estaba completamente cubierto por nubes negras. Su desesperación combinada con la eterna iluminación del estacionamiento no le había permitido prever la tormenta que pronto se desataría, acarreada por el viento que antes le había golpeado.

Se quedó mirando el horizonte en silencio, pasando por alto los comentarios rutinarios de los demás. ¡Qué cansancio! Ya lo sé. ¿Quién

tiene hambre?

Debido a que Murray había planeado una estancia con el bajo presupuesto de la banda y se quedarían en Suecia por tres semanas (llevaban ahí apenas dos días), logró conseguirles una estancia "especial" en un complejo casi abandonado de apartamentos con un nombre impronunciable, lejos de todo y rodeado de solitarios edificios. Así, antes y después de cada concierto, tenían que hacer un largo viaje para llegar a su casa de turno.

Tenían que compartir una casucha con compañeros de fraternidad, cosa que para una banda de música extrema era imposible de evitar. Claro que desde hace mucho tiempo se habían ya acostumbrado a soportarse y quererse por amor al arte, lidiando con las ideas y ridículas costumbres de los otros a pesar del duro pasado e incierto futuro.

Aunque ahora, para Everett, el futuro no lucía tan ambiguo.

## Capítulo 6

1:23 a.m.

Se había sentido fuera de lugar desde que arribaron al continente europeo, pero no tenía nada que ver con que jamás hubiera abandonado América pues ya habían dado una gira por aquellos países nórdicos, hace un año y medio.

No, no tenía nada que ver con el cambio de horario ni con el lenguaje que no entendía en absoluto, ni nada parecido.

No se sentía distante por nada de eso.

Ahora comprendía que esa constante sensación de frustración y confusión que iba y venía desde que había subido al avión era, sin más, soledad.

Tenía a Markie, claro, su mejor amigo desde la secundaria; tenía a Gab, por supuesto, su exnovia con la que tuvo una relación más larga que la vida misma de la banda; tenía a Cosmo, tan listillo y dócil, dispuesto a escuchar si eso significaba que ayudaría a otro. Los tenía a todos y confiaba en ellos y, aun así, desde el comienzo de esta gira no se había sentido del todo cómodo con nada ni con nadie, y había detestado en particular, más que nunca antes, quedarse a solas.

Los vítores de esa noche y la multitud aclamándolo al dar su primera tocada en el *Rotten Hearts Tour*, le había devuelto una pequeña parte de sí. Había dejado de sentirse completamente solo. Esperar la llegada de la estrella fugaz verde le había devuelto otro pedacito de sí. Había dejado de sentirse completamente distante. Pero seguían faltando partes. Presintió que por eso la cinta con su nombre había llegado a sus manos y, aunque el remitente seguía siendo un misterio, parecía que todo iba cayendo en su lugar.

¿Era por eso que se había quedado un poco más sobre el escenario? ¿Es que una parte de sí presentía lo que ocurriría? ¿Sabía que de esa manera volvería a sentirse bien y completo?

Se dio cuenta de que el destino actuaba de manera indescifrable y, a veces, quienes están a su merced le siguen sin rechistar.

No había dicho nada de la soledad que constantemente lo acosaba porque creía que se le pasaría tan pronto se acostumbrara a la nueva rutina o a dormir en esa cama que no era la suya; pero ahora sabía que el malestar no tenía nada que ver con su estilo de vida. Era porque algo faltaba.

La clave estaba en la cinta.

Cuando Gaby frenó para tomar la curva en dirección a la casucha, la lluvia se desató. Truenos y relámpagos habían iluminado su camino y, ahora, mientras llegaban a casa, una tormenta les recibía con brazos helados.

El camino de grava que daba a edificios altos y huecos no era muy largo, por lo que Gaby logró aparcar el auto a tiempo para que la peor parte de la tormenta no los empapara.

Bajaron corriendo, gritándose para que quien sea que trajera las llaves abriera la puerta. Entre el caos, Markie se volvía loco porque no quería dejar su precioso bajo en el auto, pero tampoco quería arriesgarse a sacarlo y que quedara arruinado. ¡Las gotas de lluvia le dejarían horribles manchas!

Cosmo abrió la puerta y se precipitó dentro, carcajeándose mientras se tambaleaba atravesando el vestíbulo y los otros le seguían de cerca. Markie fue el último en llegar y cerró de un portazo, aún quejándose. El cielo le respondió descargando un relámpago cual látigo que amenazó con partir la tierra por la mitad.

—Hoy no había pronóstico de lluvias —dijo Gaby, sacudiéndose el agua de encima.

—En realidad, el clima acá es impredecible —dijo Cosmo. Se dirigió a la estancia y apartó las cortinas de una ventana enorme; afuera, la lluvia caía furiosa y parecía que se tornaría en granizo en cualquier momento. Los demás le siguieron—. En octubre suele haber mayor número de precipitaciones y, al encontrarnos tan al norte del país, estas tienden a volverse más comunes.

—¡Sabihondo! —se rió Markie, dejando su bajo en un sofá—. De todos modos, ¿qué está al norte de Suecia?

—¿Te refieres a qué país? Es Noruega —respondió Cosmo, sonriendo a sus anchas—. Puede que incluso lleguemos a ver nieve.

—¡Ah, me gusta la nieve!

Gaby se giró a ver a Everett con el ceño fruncido.

—Creí que odiabas el frío.

—Es cierto, pero cada vez que veo películas donde hay nieve... —dijo—. Me dan ganas de meterme un puñado en la boca.

Gaby giró los ojos y todos rieron.

Claro que sí. Everett volvía a ser el mismo, ellos también lo sentían.

A través de la ventana el viento sacudía los cristales de los edificios y a lo lejos mecía árboles de ramas desnudas, creando remolinos de piedrecillas y hojas marrones, entretanto, gotas cerca del punto de congelación partían ramas débiles y reventaban ventanas viejas. El cielo se iluminaba con fracturas blancas cuyo sonido llegaba hasta ellos en forma de largas vibraciones.

Everett se volvió para mirarlos.

Markie era el más próximo a él. De todos, era el que poseía mayor edad y estatura. Era de ascendencia afroamericana y complexión entre lo delgado y lo robusto; llevaba siempre la cabeza rapada porque decía que así no tenía que gastar tiempo de más en la ducha. También estaba limpiamente afeitado. Sus ojos eran oscuros.

Le gustaba vestir con chaquetas de cuero y botas negras dignas de la envidia de cualquier motociclista con mal carácter, y aquella noche no era la excepción. Lo que destacaba era una gorrita de tela cubriéndolo hasta las orejas. Para complementarlo todo, tenía perforaciones en el puente de la nariz, el labio inferior, y media docena de aretes de todos tamaños en ambos oídos.

Frente a él y pegada contra la ventana se encontraba Gaby, Gabriela, la misma que fue en un tiempo la Gab de Everett. Ahora odiaba ese apodo.

Era apenas un centímetro más baja que él, pero un año mayor. Era de tez pálida con incontables pecas sobre su rostro, cuello y hombros. No tenía el predeterminado y cruelmente estereotipado encanto femenino cuando se trataba de personalidad o apariencia física, por lo que estaba bastante acostumbrada a que la confundieran con un chico, especialmente por aquellos que se topaban con ella por primera vez en un concierto. Mientras rasgaba notas y agitaba su largo cabello anaranjado sobre su cara, con un cigarrillo siempre pegado a los labios, la reacción inmediata de uno era pensar que quien tocaba la guitarra era algún muchacho de apariencia graciosa; pero cuando Gaby echaba la cabeza hacia atrás y revelaba sus largas pestañas, el maquillaje negro alrededor de los ojos y los labios pintados de carmesí, todos quienes no la conocían de antemano quedaban boquiabiertos.

Everett siempre había creído que lo más atractivo de Gab eran sus brillantes ojos verdes, mirándote siempre con una dureza que quitaba el aliento.

Solía utilizar camisetas y suéteres holgados, combinándolos con jeans ajustados; esa noche llevaba pantalones negros que casi hacían juego con los de Markie, y un grueso suéter rojizo en cuya pechera había cosido un parche con el nombre de una banda que parodiaba al Día de Todos los Santos.

Tenía el maquillaje corrido y medio borrado, y no le importaba. Como siempre que la miraba, Everett tuvo dificultades intentando apartar la mirada de ella.

Finalmente, al lado de Gab, estaba Cosmo.

Contrastando por completo a Markie, Cosmo era el más bajito y más joven de los cuatro; era de piel morena y corto cabello negro, y llamarlo escuálido era una disminución de la realidad. Además, había nacido con una cicatriz que iba desde su labio superior hasta la base de su nariz, halando el mismo hacia arriba para revelar eternamente parte de su encía, lo que lo hacía pronunciar algunas palabras de forma graciosa. Tenía muy mala visión, pero usaba lentes de contacto para no empeorar más su aspecto, según decía. Cada vez que se los ponía por la mañana y se los quitaba por la noche, o en sus alternativas de tarde y madrugada cuando salían de juerga, murmuraba para sí que ninguna estrella de rock llevaba anteojos, ¡era una tontería! Luego se reía solo y seguía su camino.

Las camisetas de *Rush* eran indispensables en su armario; Everett juraba que cada semana traía puesta una nueva. Si existieran, seguro Cosmo visitaría los Templos de Syrinx diariamente a rendirles tributo. ¿Su mayor ídolo? Sabiendo que Cosmo era baterista, era fácil adivinarlo, ¡pero ni lo menciones si no estás preparado para oírlo hablar al respecto por las próximas tres horas!

Parpadeó.

Como conjunto, eran fenomenales. *The Mixtape* triunfaba por cada uno de ellos y por lo que hacían juntos. A su lado, como vocalista y principal compositor y letrista, uno también podía considerar a Everett como inigualable; sin embargo, la diferencia radicaba en que los demás, al estar separados, al ser personas con vidas fuera de la banda y las giras y los espectáculos, estaban completos.

Everett...

Everett era la excepción.

Tocó el bolsillo de su pantalón y sintió a través de la tela el bulto



rectangular de la cinta.

Comenzó a retroceder despacio, sin hacer ruido, y cuando hubo salido de la estancia se precipitó escaleras arriba camuflando sus pisadas con los rugidos de la tormenta.

## Capítulo 7

*Por un rato*

Cerró la puerta de su habitación, echó el seguro, y se quedó pegado de espaldas contra la madera como si hubiese escapado por los pelos de un monstruo que le perseguía. Pero en casa no había nadie más que sus amigos.

En su habitación, nadie más que él mismo.

Pensar en aquello le dio un escalofrío.

Se apartó de la puerta y caminó hasta la esquina posterior de la habitación sin siquiera encender la luz. En el rincón tenía un par de maletas que aún no había desempacado, así que se agachó a buscar entre ellas; sacó ropa arrugada, libretas, bolígrafos, su GameBoy, casetes con sus álbumes favoritos, y... ¡Allí estaba! Su estéreo personal: su Walkman adorado.

Rebuscó hasta encontrar los auriculares y finalmente sacó el casete verde de su escondite. Notó que le temblaban las manos, pero no podía estar seguro de si era por el frío o por los nervios.

Se sentó en el suelo con la espalda pegada al contorno de la cama, encorvado. Cruzó las piernas mientras se ponía los auriculares, mirando por turnos el Walkman y el casete, ambos a centímetros de su nariz.

La única fuente de luz eran los relámpagos cuyo brillo se filtraba a través de las cortinas; con cada destello, el plástico verde se iluminaba, como si cobrara vida. Cada chispazo hacía lucir al casete más grande, más verde, y Everett sentía cómo éste se expandía y contraía bajo sus dedos, igual que un corazón palpitando.

En el mundo sólo existían ellos dos: el Everett Incompleto y el Everett Secreto encerrado en la cinta.

Tuvo que intentarlo varias veces antes de que sus manos temblorosas le dejaran insertar el casete. Cuando lo logró, cerró el compartimento de inmediato y de fondo, a lo lejos, alcanzó a escuchar a Gab y Markie subiendo las escaleras en dirección a sus propias habitaciones. Cosmo dormía abajo. No oyó voces: tan solo un par de puertas cerrándose.

De nuevo estaba solo. Nadie más que él consigo mismo.

Vio su nombre tallado en el casete a través de la tapa transparente y sintió que le ardía la garganta. Sus dedos, sin pensarlo, apretaron el botón

de *Play*.

Al principio no escuchó nada, pero la cinta estaba girando. Permaneció sentado en el mismo lugar sin moverse. ¿Tenía la respiración pesada? Casi tres minutos pasaron hasta que pudo escuchar algo surgiendo de los auriculares.

Eran los acordes graves y largos de una guitarra. Everett pensó que, si el instrumento hubiese sido una voz en lugar de cuerdas, aquellos ecos serían lamentos. La pesadez de las notas hizo que sus músculos se relajaran y que su mente se despejara de cualquier inquietud; como toda la música, aquella emanaba una extraña magia.

La armonía recordaba a llantos de almas condenadas, a esa sensación que uno experimenta al saber que está perdido, a las pequeñeces que recuerdan lo inevitable que es la muerte. La vida siempre tiene un final y quien sea que estuviese interpretando la canción lo sabía, y ese hecho le dolía inmensamente.

El intérprete se negaba el fin de las cosas de una forma entre pacífica y caótica, si es que eso tenía sentido.

El miedo que Everett había llegado a sentir se dispersó y sus manos dejaron de temblar. Mientras más escuchaba, el volumen incrementaba, hasta que cubrió por completo el rugido de la tormenta. A la guitarra pronto se le unieron nuevos instrumentos: suaves tambores y repiqueteos de campanas que tan solo se detuvieron un instante para permitirle oír cómo alguien llamaba a su puerta.

Everett alzó la mirada y vio por sobre su hombro mientras la melodía retomaba su curso. Se levantó. Ya no estaba pensando.

Cuando abrió la puerta creyó ver por un instante una sombra de su altura cobrando vida como el humo, desapareciendo tras un pestañeo en la lejanía. Frente a él no había pasillos ni una casa, sino un mundo cubierto por una densa niebla y, cuando se giró, tampoco se encontró con su habitación.

¿Qué lugar era este?

Estaba de pie en medio de una calle vacía localizada en el centro de una ciudad desconocida y, aún así, en lugar de sentir miedo, tuvo curiosidad. A lo lejos se alzaban figuras rectangulares y cuadradas, delatando la existencia de edificios; luces de semáforos apartados brillaban de forma intermitente, tintando momentáneamente la niebla de rojo, amarillo, y verde.

Cuando comenzó a caminar, Everett se dio cuenta de que su Walkman con la cinta y auriculares también habían desaparecido, pero la música seguía escuchándose en la lejanía.

Sus pies siguieron las notas y los tambores sin más razón que el puro deseo de seguir escuchando.

Separado de la canción comenzó a sentirse torpe y vulnerable, y pronto comenzó a correr para poder encontrarla y así escucharla tan alto que el mundo se tambalearía a su alrededor, dejándolo sentirse grande y poderoso.

Corrió en línea recta por varias calles. Giró a la derecha. Las casas y edificios desaparecieron para dejar ver la forma recortada de una iglesia a quinientos metros de él, reposando en lo alto de lo que parecía ser un camposanto. Al dar otro vistazo a su alrededor, no había rastro de calles pavimentadas, ni de semáforos o viviendas, tan solo un camino de tierra y el verde apagado del césped que rodeaba el templo por kilómetros a la redonda.

Desde dentro de la iglesia se escuchaban las notas de la guitarra y los tambores y las campanas, tomando lentamente un ritmo más rápido, como si hubieran visto a Everett acercándose.

Corrió por el camino de tierra y a sus lados comenzaron a alzarse tumbas, cruces retorcidas, estatuas lejanas de ángeles con ojos humanos y figuras de enormes animales cuyo aliento parecía demasiado familiar; el avance de Everett daba ánimos a la aparición de más estatuas y tumbas, y hacía que el camino se alargara, siempre manteniendo la iglesia a una distancia inalcanzable.

Reconoció figuras de locos con cabezas torcidas, cuervos sin plumaje, rostros humanos con los labios apretados y los ojos fijos sobre su espalda, y siguió corriendo, intentando empaparse otra vez con la penumbrosa melodía.

El camino a la iglesia se volvió cada vez más largo y tortuoso, hasta que se volvió un laberinto entre las cada vez más extrañas estatuas; vio a demonios sin rostro y a estrellas de siete puntas flotando sobre el suelo, y descubrió animales cual quimeras a cada vuelta que dio. Una vibración de pronto subió desde la tierra, viajando a través de sus pies, piernas y pecho solo para desembocar en su mente; escuchó a los muertos aplaudiendo su valentía en un lenguaje que sólo les permitía gritar.

Eso es, sigue adelante.

Campanadas, una guitarra cercana, notas cada vez más profundas y

rápidas que la última vez.

Agudizó el oído. ¿Alguien le hablaba? ¡Olvídalo! Fue tan solo una risa gutural.

Pero, ¿quién reía?

La música continuó arrastrándolo hacia ella, pero el césped ya le llegaba hasta las rodillas, impidiéndole avanzar tan rápido como deseaba. Giró la cabeza para comprobar cuánto había recorrido y solo pudo ver niebla. Sombras, tumbas, criaturas decapitadas. Todo estático salvo la música y las vibraciones; tenía que seguir corriendo!

Volvió a mirar al frente. ¿Por dónde había venido?

La iglesia estaba a dos pasos de distancia, pero Everett sintió que el mundo se venía abajo cuando notó que la melodía no parecía incrementar el volumen al tener al templo tan cerca.

Entonces venía de otro lado, debía venir de otro lado; más lejos, más lejos.

Giró sobre sí una vez y cuando volvió a encarar la iglesia se dio cuenta de que debía subir mil escalones para llegar a la puerta; la música lo llamaba, venía de arriba.

Apenas puso un pie sobre el primer escalón volvió a correr, y se dio cuenta de que la escalera estaba hecha de lápidas con nombres que no deseó repetir.

*Everett Wyatt Jackson*

*Everett Wyatt Jackson*

*Everett Wyatt Jackson*

No lo repitas, sigue avanzando, ¡sigue la música, esa dulce canción!

La escalera cambiaba apenas él se distraía o parpadeaba, deformándose con nuevas estatuas, nuevos rostros, nuevas miradas que lo atravesaban, y la iglesia coronaba todo, allá, sobre el cielo, mientras lo esperaba, burlándose.

Everett quería a su canción, la quería cerca, y cada vez se escuchaba más fuerte.

No te detengas. No veas a los ángeles a los ojos, no te rías con los

demonios. Que no te dé miedo.

¡Fuego!

Estelas de humo negro se arremolinaron a los lados de la escalera, violando la paz de la niebla. Viento como aliento de dragón lo empujó hacia abajo, lanzándolo de un lado al otro cuando intentó resistirse. El calor le chamuscó los pulmones y derritió las suelas de sus zapatos mientras más luchaba por llegar a lo más alto. La música ya le taladraba los oídos.

Rápido, rápido.

Truenos estallaron a sus espaldas contrastando el humo negro con un blanco cegador entretanto la niebla luchaba por reconquistar su dominio.

Manos, garras, dientes y fauces se cerraron entorno a sus extremidades, impidiéndole subir a descubrir lo que resguardaban en la iglesia. ¿Por qué antes le habían alentado? Campanas, campanas, profundos gritos que le comprimían el pecho. Peleó y gritó para liberarse, con quemaduras que ya le habían carbonizado la piel y dejado sin ropa.

Aún tienes rostro, aún puedes seguir, ¡así que corre, corre!

Las notas eran tan fuertes y se habían vuelto tan frenéticas como los pensamientos de su corazón; todo agitado, todo estallando y entrechocando. Los truenos, las llamas, y el viento intentaban captar su atención, ¡haz algo! ¡Haz algo! ¡Óyeme, grita, corre, corre!

Su cabello era un halo de fuego cuando alcanzó la cima de la escalera, pero no importó porque la música estaba allí y se sentía bien, y en el altar estaba lo que buscaba, así que se arrojó hacia la puerta de la iglesia con los brazos extendidos.

Despertó al golpearse contra la pared.

Gruñó adolorido y se sobó la frente. Abrió los ojos tras incorporarse. Seguía en el suelo, con la camiseta y los fondillos de los pantalones bañados en sudor; ya era de día.

Se preguntó por qué tenía tanto calor, planeando una ducha helada en cuanto Cosmo desocupara el cuarto de baño..., pero una duda mucho más extraña detuvo su tren de pensamiento cuando se acercó a la puerta.

¿Por qué su Walkman estaba tirado ahí sin razón?

El casete verde le sonrió tras recogerlo.

## Capítulo 8

*20 de octubre de 1989, 4:51 p.m.*

Había una sombra en su apartamento.

Un ser pestilente, apenas humanoide, que lograba escurrirse fuera de su visión justo cuando iban a descubrirlo.

Los integrantes de *Killer Nature* se habían sentido bien hasta que te giraste a verlos. Ahí estaban, aún discutiendo por el festival, cuando una mala sensación los sacó de su transe como si hubieran caído en un estanque de agua helada: se percataron de la sombra.

¿Nos acosa? ¿Tan solo nos observa?

¿O solo es el karma tomando forma?

Thomas, el bajista, creyó ver la sombra, y una sensación abrasiva recorrió desde su torso hasta sus hombros, y bajó hacia sus piernas y yemas de los dedos igual que serpientes de hierro invisibles aprisionándolo. En sus palmas se concentró un dolor punzante que casi le atravesaba la carne.

Eva, la baterista, creyó ver la sombra, y cayó de espaldas cuando calor cegador le rodeó la frente como un halo de fuego, chamuscándole la carne y los cabellos. Cada vez que intentaba parpadear, una luz blanca le lamía los ojos, volviendo sus pupilas incoloras.

Killer, el cantante y guitarrista, creyó ver la sombra, y se dobló por el estómago cuando un golpe afilado le atravesó el pecho, quebrándole todas las costillas. Su saliva sabía a sangre ácida. Cuando intentó toser, regurgitó líquido amarillento con manchas que... ¿se movían? Sentía pasos de pequeñas patas sobre su lengua y mordidas de diminutas mandíbulas contra sus mejillas, pero cuando se rascó la lengua e intentó escupir y volver a vomitar, en su boca no había nada.

Gemidos, gritos y maldiciones llenaron la sala junto a estática que salía de las bocinas del radio en la otra estancia como crujidos de vértebras; el dolor quemaba, pero nadie tenía los huesos rotos, nadie estaba calcinándose vivo. Sin embargo, sus heridas estaban ahí, con forma de hematomas, yagas, y sangrantes cortes, cual vestigios de una tortura fantasmal.

—¿Qué... mierda? —chilló Thomas.

Killer se incorporó entre exhalaciones y temblorosos quejidos, mirando por la estancia roja amueblada con mobiliario marrón caoba lleno de manchas.

El piso estaba repleto de latas de cerveza, ropa amontonada y discos de vinilo que hace mucho habían perdido sus cubiertas. Localizó a Thomas flexionando manos y pies con pesadez después de haber caído dramáticamente sobre un sofá a su lado; cuando giró a su izquierda solamente pudo ver los pies desnudos de Eva asomados desde detrás del sofá más grande, sus dedos se extendían y contraían como si estuviese sufriendo un ataque de esos que hacían escupir espuma por la boca.

—¿Eva? —dijo, y su voz sonó como la de un viejo fumador.

Ella le respondió con un grito adolorido y rabioso, y luego sus pies desaparecieron. La coronilla de su cabeza emergió desde detrás del respaldo del sofá. Cuando Killer la vio creyó que era una persona diferente; Eva tenía el rostro enrojecido, los iris transparentes, y líneas de sangre y líquido incoloro le bajaban por la cara desde la frente hasta gotear por su barbilla, provenientes de pústulas reventadas.

La mirada de Eva le siguió, frunciendo el ceño. Killer retrocedió.

—Puedes... ¿Puedes verme?

—Estás sangrando, pendejo —dijo Eva.

La sombra pareció cernirse sobre él cuando bajó la mirada y vio su camiseta gris manchada de palpitante y pegajosa sangre rojiza. Goteaba, escurría, apestaba, y no se detenía. Opaca sorpresa se extendió sobre su cuerpo desde el fondo de su corazón. Desde kilómetros de distancia vio un charco como jarabe de chocolate a sus pies, y luego sus manos le toquetearon el pecho por propia voluntad mientras su visión se oscurecía a su alrededor igual que si mirara a través de un telescopio roto.

El tiempo se detuvo y Killer se apresuró a parpadear, dejando que los segundos volvieran a transcurrir.

Se levantó la camiseta luego de despegársela de la carne y volvió a examinarse con las puntas de los dedos; en su costado, sobre sus costillas, vio una cicatriz horizontal de apariencia vieja, pero que nunca antes había estado allí. A partir de los poros de la piel cicatrizada, Killer sangraba.

—¿Qué...? ¿Qué fue lo que bebí esta vez?

Lamió la sangre de sus dedos para confirmar que no fuese ketchup o pintura que de alguna manera se había colado hasta debajo de su ropa.

—¡Killer...! —gritó Thomas—. ¡...Eva!



No completó la frase pues dejó que las marcas en sus manos hablaran por él cuando las extendió delante de sí y ante los ojos de todos. Cicatrices circulares que atravesaban sus palmas sangraban igual que el costado de Killer y la frente de Eva, y su dolor era tan real como el sonido de estática a lo lejos, que lentamente se transformó en cuerdas crujiendo y bombos resonando; luego, una voz gritó.

*«Oh, no hay por qué llorar;  
la justicia ciega te arropará,  
¿o es que te intentas apartar  
porque sabes que te humillará?»*

Killer sintió que una punzada de rabia lo atravesaba de lado a lado cual flechazo de Cupido. Reconocería la voz de ese idiota en cualquier lugar, y aquella era una de las canciones más famosas de su patética banda: *El Jurado*.

Su miedo y molestia casi se transformaron en risa al percatarse de lo adecuada que era esa melodía para el actual momento, como una patada al vientre cuando tu enemigo ya está revolcándose en el suelo.

Volvió al presente cuando una manta le cayó sobre la cara. Apenas se la apartó de encima vio que Eva, calzada y temblorosa, levantaba a Thomas mientras a él le gritaba algo.

—Límpiate y cubre la hemorragia. Tenemos que ir al hospital.

—¿Y qué les diremos entonces? —dijo Killer, que se tambaleó al intentar caminar—. ¿Que el viento nos atacó? Ninguno tiene heridas visibles además de un par de rasguños.

—Creo que perder varios litros de sangre es más importante que dar una explicación, ¡ahora apúrate!

—Vayamos en mi camioneta —dijo Thomas, que no dejaba de mirarse las manos—. Las llaves están...

—Las tengo.

Cruzaron el umbral que separaba la estancia de la cocina, y más allá se lograba ver el pasillo que daba a la puerta principal. La propiedad entera de Killer era toda muy parecida: pocos muebles y mucha suciedad; se tropezaron y trastabillaron demasiadas veces antes de llegar al pasillo. Killer fue a apagar la radio entre gruñidos y maldiciones.

*«Joven verdugo, ¿por qué huyes?»*

Se reencontró con los demás cuando la mano de Eva estaba ya sobre el picaporte. Thomas había dejado aparcado su auto al otro lado de la calle, pero cuando Eva abrió la puerta no vieron al auto, ni al sol de media tarde, ni las miradas de los lejanos vecinos o el césped mal cortado de la entrada, sino el centro de la estancia; sus paredes oscuras y marrones sofás les devolvían la mirada en silencio.

A lo lejos, la radio se encendió sola.

*«Mujer sanguinaria, ¿ya te interesa la paz?»*

Eva frunció el ceño, vio por sobre su hombro y volvió a localizar la puerta principal, pero cuando corrió hasta ella y volvió a abrirla para atravesarla, reapareció al otro lado de la estancia, justo frente a donde Killer y Thomas se habían quedado de pie.

Volvió a la estancia, arrastrando a los otros dos al centro de esta.

Abrió la boca, pero lo que debieron ser órdenes ladradas para encontrar una solución se convirtieron en un gemido. Su frente volvió a arder, cubriéndole la cara con ampollas y quemaduras.

Killer le pidió a la nada una explicación mientras atrapaba a Eva antes de que esta se estrellara contra el piso, y la nada justamente le respondió con muda indiferencia.

Los pies de Thomas comenzaron a doler un instante después de que Eva rompiera en gritos y sollozos. Se agachó a quitarse los zapatos apenas sintió algo líquido en sus calcetines, y cuando desnudó sus pies vio cicatrices como las de sus manos, que nunca habían estado allí pero que dolían y sangraban como si tuviera la carne desgarrada y los huesos rotos.

*«Monstruo apático, ¿quieres declarar tu remordimiento?»*

Killer parpadeó, escuchó quejidos y gritos tan cercanos como conocidos, y a lo lejos, entre la maraña de confusión y extrañez que se había apoderado de su hogar, oyó una risa.

La herida en su costado se abrió sin hacerlo, inyectándole en todo el cuerpo un dolor cegador que le hizo toser sangre a centímetros de la cara de Eva, que ya se había arrastrado fuera de sus brazos para agazaparse contra la pared, al lado de una mesa que Killer no recordaba haber puesto ahí.

Se recuperaron una vez más y con patético esfuerzo acordaron de nuevo que todo se trataba de una estupidez irreal; pero cuando salieron de la estancia por última vez, la casa a su alrededor, bajo sus pies, y

sobre sus cabezas, se había convertido en un laberinto que subía y bajaba, cada vez más oscuro, grande, y lejano.

Sus pasos hacían ecos que chocaban en las paredes que debían ser techos y contra los suelos que debían ser escalones.

Mientras más buscaban la salida, más dolor y sangre eran arrancadas de sus cuerpos, y la risa de la sombra deforme se sentía más cercana.

A través de las ventanas se filtraba la oscuridad del exterior, pero Killer hubiera jurado que eran apenas las cuatro de la tarde cuando Eva y Thomas llegaron a su casa. Pero, ¿el tiempo siquiera significaba algo en esta nueva dimensión? Afuera de su casa había un Gran Vacío, dominio eterno de la sombra que les torturaba.

Y en una habitación siempre cercana, sonaba la misma canción de *The Mixtape*.

«*El Jurado grita*  
*"¡eres lo que mereces!"*  
*El Jurado grita,*  
*mientras tú te desvaneces.*»

## Capítulo 9

*21 de octubre de 1989, 3:20 p.m.*

—Debe ser Murray —suspiró Gaby, tras oír el timbre, y se puso de pie para atender.

Everett la siguió con la mirada cuando salió del garaje, sintiendo que ya casi era tiempo de romper su silencio.

Había pasado el día anterior taciturno y pensativo, aunque en realidad nunca supo bien qué eran las interminables palabras que rondaban su mente; y desde la mañana de hoy no había hablado. Durante el almuerzo no había dicho nada, pues no era necesario. Cuando le hicieron preguntas sobre esa nueva actitud, no había dicho nada, pues no era necesario. Tampoco había dicho nada cuando se metieron al garaje, desde el mediodía, para ensayar un poco. Mientras los demás tocaban y calibraban sus instrumentos, bebiendo la ocasional cerveza de la tarde, Everett no había dicho nada.

No era necesario hacerlo, pero sentía que el momento se acercaba.

Tan pronto Gaby reapareció seguida de Murray, con esa graciosa sonrisa suya, supo que era momento.

—Quiero hacer un ajuste a *Estrellas Fugaces*.

Todos se giraron a verlo mientras un saludo a medias moría en los labios de Murray, cuyos ojos de inmediato se iluminaron, como Everett había imaginado que iban a hacer.

Quentin Murray, mánager de la banda, era un tipo de cuarenta y un años, apenas más alto que Cosmo, gordo y de abundante mostacho. Siempre había envidiado y admirado el talento de los músicos, pero siempre había sido muy desafortunado e inconsistente para replicarlo. En cambio, destinó su verdadero ingenio en las finanzas para apoyar ciegamente todas las decisiones que *The Mixtape* tomaba, solo para ser parte de aquel sueño reservado a las estrellas de rock.

Por eso Everett sabía que él tenía que estar allí cuando revelara la ingeniosa idea que le había llegado de la nada.

—¡Escuchemoslo! —dijo Murray, recargándose contra una pared como si fuera el jefe del lugar—. Mis noticias pueden esperar.

—¿Un ajuste? —interrumpió Gaby, mirando a Everett con el ceño fruncido—. ¿A una de las canciones más icónicas de la banda? ¿Así, sin

más?

—Así que por eso estabas tan raro —dijo Markie.

Everett se puso de pie para hacer ejercicios rápidos de vocalización.

—Necesitaba pensar —dijo, tras unos momentos—. ¡Vamos! Les gustará.

Los demás intercambiaron miradas y luego se alzaron de hombros, con Murray observándolos expectante. Gaby giró las muñecas por mero reflejo cuando captó una seña de Everett. Sus dedos ya estaban sobre las cuerdas antes de haber podido parpadear, y ya había tocado un breve solo de rápidas notas antes de que siquiera se diera cuenta de que lo estaba haciendo.

Se detuvo, limpió sus palmas contra sus pantalones, y retomó la canción, alargándola hasta volverla un frenesí sin sentido, dando inicio a la melodía que siempre indicaba el cierre en sus conciertos: *Estrellas Fugaces*. Sus dedos volaban sobre las cuerdas mientras su cabeza subía y bajaba levemente al ritmo. Markie se le unió a los pocos segundos, contrarrestando los agudos chillidos de la guitarra con profundas vibraciones del bajo eléctrico; los instrumentos estaban enchufados y listos y, a pesar de que el garaje no tenía ni por asomo la buena acústica de un estudio de grabación, la armonía era digna de la enorme sonrisa que iluminó el rostro de Murray. Cosmo descargó su energía en los platillos, combinándolos rítmicamente con los toms y el bombo, tan fuerte y tan bajo que no lograba opacar al resto.

Aquí estaba, en todo su esplendor: ¡el grito de guerra de *The Mixtape*!

Pero la canción no llevaba líricas y por eso todos se volvieron a mirar a Everett cuando este cantó, con los labios pegados a un micrófono de repuesto; su voz baja y ronca. Sus ojos, perdidos.

«Alza la mirada,  
echa las manos al aire  
y toma una estrella.»

La música siguió y, Everett, conociéndola perfectamente, se ajustó a ella.

«Atrapa otra...  
Trepá al cielo,  
y baja mil más para mí.»

Sonrió y cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás.

*«Si queman sabrás cuán reales son.»*

Los instrumentos se detuvieron bruscamente, como debían hacerlo, y la voz de Everett inundó el garaje cual relámpago, callando al mundo con un grito agonizante.

*«¡LÁNZALAS HACIA MÍ!»*

Su voz se desvaneció lentamente y comenzó a toser por la escueta preparación, girándose a encararlos.

—Entonces, el público enloquece, lanzándonos las estrellas —dijo, sobándose la garganta—. ¡Ugh! Prometo sonar mejor en el escenario.

—¡Eso fue bueno! ¡Grandioso! ¡Encantador! —gritó Murray, acercándose a Everett para darle unas palmaditas en la espalda—. Creo que los fans lo adorarán.

—Gracias.

—¿De dónde sacaste la letra? —dijo Markie, con una media sonrisa sobre los labios y mirada maravillada.

Everett se alzó de hombros. Honestamente, no tenía idea.

Las palabras habían brotado de sus labios como por arte de magia.

—Quizás anoche, quizás hace dos segundos. De todos modos, si no les gusta...

Hizo una pausa. Claro que les gustaría.

—No, no —dijo Cosmo—, ¡es un buen cambio!

—¿Lo hacemos en la próxima tocada? —preguntó Gaby, asintiendo pues coincidía con Cosmo.

Iban a comenzar a discutirlo cuando Murray se entrometió, sonriendo como si tuviera un secreto que les fuera a cambiar la vida.

—Oh, no. Aguarden un segundo. ¿Se olvidan de mi noticia? No dejé mi bonito hotel por puro gusto, ¿saben?

—¿No pudiste decírnoslo por teléfono? —gruñó Gaby.

—Te dije que es demasiado importante como para contárselos por allí.

Tengo que ver sus caras al decirlo.

—Entonces, escúpelo.

Murray los miró por turnos, frotándose las manos.

—Eso es, ¿están listos?

Todos asintieron.

—Esta mañana recibí una llamada muy curiosa —dijo, apenas conteniéndose—. ¿Alguno se acuerda del tan afamado *Glazed Festival* que se celebra aquí todos los años?

Le miraron con ceños fruncidos y ojos desorbitados. La emoción les tensó los músculos.

—Da la casualidad de que una de las bandas que preceden a los cabezas de cartel no podrá tocar más, ¡así que han pedido a *The Mixtape* que los reemplace!

—¿¡Qué?!

—¿Es en serio? Como... En serio, ¿en serio?

—¡Totalmente en serio! —rio Murray—. Bueno, han dicho que es un reemplazo temporal..., pero lo más seguro es que nos den el puesto, ¿qué tal, eh?

Los chicos estallaron en risas y emocionados aplausos, repartiendo abrazos, felicitaciones y gracias a diestra y siniestra, ¡tanta suerte no podía ser verdad! Markie y Gaby intercambiaron una rápida mirada, pero, sin saber por qué, aunque desearon hacerlo, ni se aproximaron al otro.

—No habíamos tocado en un festival desde la secundaria —dijo Markie, girándose hacia Everett, quien se notaba eufórico, pero no sorprendido.

—Espera —dijo Cosmo, congelándose donde estaba—, ¿*Glazed Festival* no se celebra en apenas unos días?

—Justamente, el treinta de octubre —dijo Murray, como si aquel corto plazo para prepararse no fuese problema—; y creo que sería perfecto estrenar esta nueva versión de *Estrellas Fugaces* esa noche. ¿Se imaginan? ¡El mundo entero perderá la cabeza!

—Miles de estrellas cubriendo el firmamento —murmuró Everett—, en la

víspera de Halloween.

—Es medio poético, ¿no? —se rio Murray, sacudiéndose la chaqueta—. Como sea, tengo trabajo que hacer, así como ustedes. ¡Ah! Y no lo arruinen.

Se despidió mientras la banda decidía cuáles canciones de su repertorio serían las mejores para esa noche (inunca habían tocado para tantas personas!), pero Everett no dijo palabra; detuvo a Murray cuando salía ya por la puerta principal.

—¿Podemos hablar? —dijo, mirando por sobre su hombro con una sonrisa. Luego, lo miró con decisión a los ojos—. Solo entre tú y yo.

Murray arqueó una ceja, dejándolo hablar.

—Quiero hacer otro ajuste al legendario ritual de despedida de la banda.

—Soy todo oídos, geniecillo.

La sonrisa de Everett se hizo más grande.

Diez minutos después, se dio cuenta de que convencer a Murray había resultado tan fácil como esperaba. Regresó al garaje sintiendo que todo continuaba cobrando más y más sentido.

—¿A dónde fuiste?

—Por un trago —mintió, pero, tras un parpadeo, una lata de cerveza apareció en su mano.

Nadie dijo nada porque todos sospecharon lo mismo: estaba volviendo a ocurrir.



## Capítulo 10

*22 de octubre de 1989, 9:20 a.m.*

Everett despertó sin una sola preocupación, pues sabía que todo estaba yendo perfectamente.

Cuando levantó su Walkman del suelo y dio *Play* a la cinta que llevaba dentro, se sintió perfecto.

Recordó en un segundo lo que había pasado la primera vez que la escuchó: aquel sueño de tumbas y fuego, y la canción melancólica que lo acompañó hasta el amanecer; pero se dio cuenta de que no había alcanzado a ver lo que la iglesia ocupaba en su altar. Eso le incomodó.

Si no lo sabía, era un poco menos perfecto. Estaba incompleto.

Hizo una mueca sin dejar de escuchar la melodía que ahora parecía diferente, pero, por cómo sus piernas se mecían al ritmo, su subconsciente parecía conocerla de memoria.

Escuchó algo que la última vez no había oído: una voz sin género ni emoción, que tampoco hablaba con palabras, pero que hacía que le dieran ganas de ponerse de pie y salir de la casa para pasear entre los pasadizos y recámaras vacías de los edificios a su alrededor. Allí, relataba la voz, seguro Everett encontraría algo que llevaba tiempo buscando, algo que se escondía entre ladrillos y tablas de madera, entre trozos de basura y paredes de plástico.

Salió de su habitación tras vestirse, bajó las escaleras y se encontró con los demás en la cocina, todos despeinados y ojerosos. Le preguntaron si desayunaría con ellos. Everett parpadeó. Miró por una ventana, sin quitarse los auriculares. Era un día nublado, lo que no sorprendió a nadie, y notó que allá a lo lejos los árboles estaban demasiado tranquilos.

Se encaminó a la puerta trasera.

—¡Ev!

—Daré un paseo.

Cerró la puerta sin detenerse a escuchar réplicas.

La voz le dijo hacia dónde dirigirse y él siguió sus instrucciones sin saber cómo es que las estaba entendiendo, adentrándose entre las habitaciones, siguiendo caminos que no existían, saltando sobre herramientas

abandonadas y asustando al polvo de su sitio.

La mejor manera de describir el complejo de apartamentos y casuchas al que habían venido a parar era como una congregación de hoteles abandonada en plena construcción. *The Mixtape* se hospedaba en la parte más cercana a la autopista, al este, que era la única funcional a la fecha. Sin embargo, mientras uno más avanzaba al oeste, los edificios se volvían más y más descuidados, dejados ahí a medias como esqueletos indefensos. Las paredes estaban despintadas, los umbrales carecían de puertas, las ventanas no tenían cristales, los pisos estaban endeble bajo sus pies, había bolsas de cemento en montones, cables y alambres que Everett no se atrevió a tocar, o había partes de muebles y vidrios rotos por toda la zona. Hojas muertas y raíces ya habían cobrado dominio en gran parte del sitio.

En un punto se sintió perdido y regresó la cinta, y la voz le dio nuevas instrucciones; adelantó la cinta y la voz volvió a pronunciar palabras que nunca había pronunciado. Everett comprobó que la voz nunca decía lo mismo, pero él siempre entendía.

Antes de que se diera cuenta, ya estaba cuanto lejos podía estar: en la última habitación del último apartamento.

Esta estaba conectada por un pasillo medio destruido a la casucha anterior, y era una alcoba de unos ocho metros de largo por siete de ancho, cuyas paredes y techo también habían sido abandonados en plena creación; si se le veía desde fuera, era como si un cuchillo enorme la hubiera cortado en diagonal por la mitad. Enredaderas moribundas se aferraban al ladrillo de las paredes, y raíces y césped crecían desde grietas en el piso.

Everett se detuvo en medio del cuarto, justo ahí donde este conectaba directamente con el bosque; allí el marrón de las hojas era intenso, y los árboles se mecían con lentitud ahora que había llegado, como si le estuvieran esperando. El aire se sentía más frío. Con apenas un vistazo Everett pudo estar seguro de que no había criatura viva cerca.

La voz le dijo que mirara hacia la izquierda y Everett así lo hizo.

¿Cómo no había visto algo así antes?

Justo a dos pasos de distancia, casi pegado a la pared cortada, había un montón de grandes rocas llenas de musgo. Una de ellas era plana y bajita, y a sus lados y detrás se alzaban unas mucho más grandes y alargadas, rodeándola casi por completo. Si uno se acomodaba de manera correcta, podría usar aquel monolito como un trono.

La cinta se detuvo apenas Everett lo miró, sin parpadear.

Quería sentarse ahí, en el centro donde la negligencia de la humanidad y el poder de la naturaleza entrechocaban, pero algo dentro de sí se lo negó. Luego, la cinta volvió a sonar por propia voluntad, esta vez con una canción que estaba llena de sonidos estáticos e industriales sin armonía: caos puro que le dijo a Everett lo que tenía que hacer.

Esperó a que la canción terminara y hasta entonces se movió. Dejó el Walkman sobre el trono y salió corriendo a buscar ramas, rocas, alambres, basura, y el cadáver fresco de un pequeño búho.

## Capítulo 11

*23 de octubre de 1989, 5:11 p.m.*

Joy aprobó el examen para obtener su licencia de conducir. ¡Espectacular!

Lo hubiera sido, sí, hubiera sido algo completamente espectacular si no fuese porque su instructor prefería encender la radio durante el viaje; y hubiese sido aún mejor si la estación que eligió no fuera una que prefería la música pesada.

En general, Joy rehuía la música, pero el *rock* y aquel tan querido *metal* eran géneros que, sencillamente, odiaba. Preferiría apuñalarse los oídos con un bolígrafo antes que tener que soportar aquellas guitarras pesadas y pretenciosas; y había intentado eso mismo varias veces, lo que la dejó casi sorda de un oído, además de ser muy propensa a ataques de pánico al enfrentarse a aquel viejo enemigo. Sin embargo, este era un buen día, y logró controlarse y calmarse a sí misma durante todo su examen al volante, pero ahora no corría con la misma suerte.

*«Lo siento, mi gozo.  
No soy yo  
el que te ha herido.  
No soy yo, por Dios,  
el que te ha mentado.»*

La radio se había quedado encendida y ella no había logrado apagarla cuando comenzó a sonar aquella canción que tenía su mismo nombre. *Joy*. Su cuerpo se tensó y comenzó a tener dificultad para respirar; dentro de sí, un miedo cultivado desde hace mucho tiempo la hizo llorar.

*«Lo siento, mi alegría.  
Ojalá puedas escuchar  
y comprender  
que hasta yo puedo temer.»*

Lo que más odiaba de la melodía era que solamente ella entendía que esta no era una balada de amor, sino una canción acerca de exactamente lo contrario a este; porque el chico que la escribió sabía que Joy jamás había sentido por él otra cosa que fuese rencor. Odio. Joy lo despreciaba por sus propias justas razones, y no era lo suficientemente sabia o madura como para perdonar al que le había arruinado la vida.

*«Lo siento, mi Joy.»*

—¡Claro que no!

De un movimiento apagó la radio y la canción calló, trayéndole paz nuevamente.

Salió del auto secándose las lágrimas y frunciendo el ceño para que nadie fijase su mirada sobre ella más de lo debido.

*“Lo siento, mi Joy.”*

Bufó. ¿De qué servían las disculpas? No, gracias, no las necesito. El resentimiento la mantenía un tanto más cuerda.

Se subió a un autobús para partir de vuelta a su apartamento. Al sentarse, su mirada instintivamente fue a parar al exterior, donde árboles de ramas escuálidas y hojas cobrizas la saludaban al pasar. Sobre las aceras había chiquillos que iban de la mano con sus padres, pisando hojas muertas, y por los vecindarios alcanzaba a ver cómo la gente adornaba sus casas con esqueletos de plástico y fantasmas de tela.

Soltó un suspiro que disparó una sonrisa vacilante. ¡Oh, Halloween, gracias por existir! Era su festividad favorita, mucho más que su propio cumpleaños; pero no porque gustara de pedir golosinas o de disfrazarse para asustar a los incautos. De hecho, odiaba lo terrorífico. No, no amaba Halloween por eso, sino porque era la única fiesta oficial en el mundo en la que no tenías que rendir cuentas a familiares o amigos. Nada de visitar a sus padres para revivir viejas historias ya contadas cien veces, nada de comprar regalos o hacer tarjetas, o de dar abrazos que al final del día no significaban nada. En Halloween había soledad, y Joy la amaba más que a nada en el mundo.

Cuando llegó a casa, un apartamento que apenas podía pagar, rebuscando sus llaves, el estribillo *“Lo siento, mi Joy”*, volvió inconscientemente a su cabeza.

Frunció el ceño y abrió la puerta con un empujón.

Si en verdad lo sentía, ¡que hiciese algo al respecto!

## Capítulo 12

*24 de octubre de 1989, 11:58 a.m.*

Everett volvió a salir de paseo, igual que el día anterior y que el anterior a ese.

Cada vez que salía lo hacía con la mente en blanco y el corazón lleno de emociones; mientras guardaba en un bolsillo de su chaqueta el Walkman con el casete verde siempre tocando a todo volumen.

Esa mañana-casi-tarde Cosmo había salido temprano a comprar algo de comer, mientras Markie y Gaby se quedaban en la cocina esperándolo. No tenían ánimos de acompañarlo, le dijeron. Querían estar solos.

Vieron salir a Everett por la puerta trasera nuevamente, quien ni se dio cuenta de que estaban ahí. Aunque lo más probable era que fingió no verlos.

Gaby soltó un suspiro molesto y por fin rompió el silencio que había caído sobre ellos desde que Cosmo dejó el garaje con la camioneta.

—Se ha dado cuenta.

La mano de Markie que reptaba tontamente para alcanzar la suya por encima de la mesa se detuvo y retrocedió, cayendo de vuelta sobre su propio regazo. La incomodidad en el aire cambió de tono, pero él no pudo encontrar las palabras correctas, ¿qué quería siquiera responder?

—¿No dirás nada?

—¿En verdad crees que está así por esto? —dijo al fin, mirándola y haciendo un rápido señalamiento que abarcaba la presencia de ambos—. Anda, que ni siquiera hay nada entre tú y yo.

Le dolía, pero era la verdad.

Gaby hizo una mueca y apoyó su mejilla contra su puño, ladeando ligeramente la cabeza. A Markie se le aceleró el corazón. Qué patético.

—No, ni nunca lo habrá —dijo Gaby. Sintió un gusto picante en el fondo de la boca y luego meneó la cabeza—. Por eso dejé que Cosmo fuera solo al supermercado. He de decírtelo: entre ambos no existe nada, ni habrá un "nosotros".

Markie abrió la boca seguramente para preguntar algo, pero Gaby

interrumpió.

—No preguntes por qué, ya que ni siquiera yo lo sé.

Markie le gustaba, pero no había cupo disponible en su corazón o su mente justo ahora, ni tampoco cuando lo conoció, ni cuando rompió con su único novio. Ese hueco seguía ocupándolo...

Se sacudió. No quería pensar en él. Aun así, su mirada vagó devuelta a la puerta trasera, justo sobre el punto en el que había visto a la espalda de Everett desaparecer.

—Se comporta como en aquel entonces —murmuró.

—Lo sé —convino Markie, mirando en la misma dirección en que lo hacía Gaby—. Como entonces, la música parece ser su único trágico escape.

—Y esas pesadillas... —dijo Gaby, frunciendo el ceño a nada en particular.

Markie entendía bien a lo que se refería. Si eras amigo de Everett, un amigo cercano como lo eran ellos, tenías que saber cuál era (y cuán horroroso) el contenido de esas pesadillas.

Una vez soñó con que algo parecido al vacío lo engullía; soñó con que su vieja escuela se incendiaba y él obligaba a todos a quedarse dentro mientras se les chamuscaba la carne y los gritos lo maldecían; soñó con que empujaba a sus padres desde un acantilado y poco después ellos lo arrastraban consigo; soñó con que se amputaba brazos y piernas porque había dejado de sentir dolor; soñó con que los posters de su habitación cobraban vida para cazarlo como a un ciervo; soñó con que sus mascotas morían y lo llamaban por su nombre desde la tumba; soñó con que caía a un río, incapaz de ahogarse porque no había fondo que alcanzar.

Gaby se estremeció al recordar que, una vez, Everett le dijo que había tenido una pesadilla donde violaba a una chica muy parecida a ella, cuyo rostro jamás podía recordar.

Se los había contado todo haciéndose el fuerte, pero ellos sabían que Everett quería echarse a llorar porque estaba enloquecido de temor. Creía que perdería la cabeza, mientras ellos sólo podían quedarse ahí, escuchando.

—Después creamos *The Mixtape* y esa tortura terminó.

¿Qué le había empujado a volver lentamente a ese estado? Markie se volvió a mirar a Gaby, alargó una mano para reconfortarla, pero antes de que pudiera tocar apenas su hombro, se detuvo. El cariño que sentía por

ella fue reemplazado por desesperada preocupación hacia Everett.

—Es obvio que no podemos permitir que esto continúe —dijo—; no podemos abandonarlo. Hablaré con él antes de que las pesadillas vuelvan.

Gaby soltó una risa amarga y se levantó para buscar un cigarrillo.

—No temo que las pesadillas vuelvan, porque ya lo hicieron. La otra noche... Juro que lo escuché murmurar entre sueños. Eso solamente lo hacía al tener pesadillas —se recargó por un momento sobre el fregadero y cerró los ojos—. Mierda

*Mierda.*

A las orillas del bosque, Everett levantó la mirada.

Inició el camino de regreso justo cuando Markie prometía a Gaby y a sí mismo que hablaría con Everett por el bien de todos.

—Verás —dijo Markie, ajustándose la chaqueta— que todo quedará en el olvido para la tocada de esta noche.



## Capítulo 13

*12:00 p.m.*

Salió de la cabaña con una sonrisa optimista que mantuvo mientras se adentraba en los edificios, rondando por cuartos solitarios y tomando cuanto atajo creía que le llevaría hasta Everett; pero las comisuras de sus labios temblaron porque su mente se había vuelto demasiado ruidosa como para dejarle estarse tranquilo en una situación así. Su alrededor le hacía sentir particularmente fuera de lugar tan pronto dejó la cocina y a Gaby, como si fuese un forastero que invade tierras santas, siendo observado desde las sombras por miradas desaprobatorias.

Deseó haber traído otro abrigo consigo, ¿o es que era la incomodidad la que lo hacía sentir helado?

Se estremeció y continuó caminando, con la vista fija al frente. Buscó la pista de su amigo por medio de pisadas marcadas sobre la mugre, rasguños en las paredes o ecos en la lejanía, pero no encontró nada fuera de lugar. Casi parecía que Everett se hubiera hecho uno con la brisa.

—¿Everett? —dijo al fin. Había caminado por varios minutos cuando comenzó a llamarlo, cada vez más alterado. Ya no había rastro de su sonrisa—. Hombre, ¿dónde estás? Tengo que hablar contigo.

Hizo una pausa para intentar oír una respuesta. Nada.

—No me digas que te has perdido.

—En absoluto.

Markie se giró en redondo, pero detrás de él no había nadie. Algo se movió entre las tiras de plástico que colgaban del techo más allá y hacia allá fue.

—¡Ev! No juegues.

Escuchó su risa y la sombra que se movía a varios metros delante de él salió corriendo hacia la derecha, Markie sólo alcanzó a seguirle con la vista cuando escuchó la voz de su amigo a sus espaldas.

—¿De qué quieres hablar?

Cuando Markie lo encaró finalmente, sintió que todo su cuerpo se tensaba. Por un segundo creyó ver que el rostro de Everett había desaparecido,

como el de un maniquí.

Quizá la caminata y el estruendoso silencio de los edificios le habían puesto los pelos de punta un poco más de la cuenta, porque Everett estaba ahí; sus ojos celestes, su rubio cabello, y esa sonrisa que tan solo presumía cuando se le había ocurrido una idea brillante: todo estaba ahí. Markie estuvo a punto de suspirar aliviado, cuando notó que las ropas de Everett estaban arrugadas, desgarradas y manchadas, y en sus manos había restos de lodo y sangre.

—¡Mierda! ¿Qué te ha...?

—No es mía —interrumpió—. Por lo menos, la mayor parte no lo es.

—¿Qué diablos estabas haciendo?

—¿Sabes? Creo que este “nuevo mundo” —hizo gesto de comillas con las manos, de forma tan exagerada que casi hizo reír a Markie—, sí, creo que venir acá me ha hecho bien. Al principio creí que todo este aire fresco e insoportable frío me terminarían hartando, pero la verdad es que ya hasta me agrada. Me siento más ligero, más ágil, ¡hasta más guapo! —se rió—. Mis sentidos se han vuelto agudos. Antes siquiera de que pusieras un pie este laberinto de habitaciones, ya podía adivinar que estabas cerca.

—¿Es así? —dijo Markie, intentando quitarle importancia al asunto soltando una risita, pero Everett le ignoró.

—Ahora, mi vista tampoco falla. Ya sabes que puedo ser bastante torpe, ¡jaja! Puedo ser muchas cosas, pero mis ojos son muy buenos —hizo un gesto a los hombros de Markie—. Con un simple vistazo a tu chaqueta pude distinguirme de entre las sombras.

—Tampoco es que aquí haya mucha oscuridad —dijo, fingiendo otra risita—. Como sea, quiero que volvamos, yo...

—Tu olor —dijo Everett. Comenzó a dar vueltas alrededor de Markie, sin despegarle los ojos de encima y sin parpadear—. Markie, tu olor...

—¿Apesto? —retrocedió un paso. Tomó el cuello de su chaqueta y se lo llevó a la nariz, arrancándole una risotada a Everett—. Juro que me he duchado.

—No, no me refería a eso. Es solo que tienes un olor bastante distintivo. También puedo percibirlo; mis ojos son buenos, pero mi olfato lo es aún más —aseguró, dándose unos golpecitos en la punta de la nariz—. Hiedes a ternura, a miedo y vergüenza, como suelen oler los niños pequeños. ¡Curioso! Tu aroma embriaga y repele, y me hace sentir un agujero en el

estómago tanto como hace que me den ganas de abrazarte.

Markie intentó no fruncir el ceño. ¿Desde cuándo Everett tenía la manía de oler a otros? Echó un vistazo a lo lejos, hacia donde debía encontrarse su casucha tras pasar innumerables vueltas y giros, porque creyó oír la camioneta aparcando en el garaje. Cuando se volvió notó que Everett ya estaba detrás suyo otra vez.

—¿Sabes una cosa? —continuó Everett—. ¿Quieres saber una cosa muy curiosa? Hoy estaba dispuesto a quedarme en cama y dormir hasta tarde, y estuve cerca de hacerlo. ¡Pero terminé viniendo! Y luego tú me seguiste, y ahora estamos conversando como en los viejos tiempos, con todo y tu aroma, tus muecas y tu chaqueta negra.

—Ha sido un buen día, entonces.

Everett se alzó de hombros.

—También pudiste haberme ignorado, pudiste enviar a Gaby o a Cosmo, o Murray pudo haber elegido otro lugar para que nos hospedáramos, y entonces nunca habiéramos tenido esta conversación, pero aquí estamos.

—Curioso...

¿A qué había venido?

—¡Sí, curioso! Oye, Markie, ¿tú crees en el destino?

Frunció el ceño al no recordar por qué había seguido a Everett. Su mirada volvió a lo lejos y la respuesta regresó a su cabeza: debía tranquilizarlo. Se le acercó con cuidado para tomarlo y arrastrarlo de vuelta a casa de la manera más civilizada posible.

—Tenemos que volver, Ev. Gaby y yo estamos preocupados.

—El destino —bufó Everett—. Ya no creo más en él, porque todo está en poder del que actúa, consciente o inconscientemente, ¿no lo piensas así?

—Si no crees en él ¿por qué de repente lo sacas a la luz?

—Porque yo actué y entonces las cosas pasan. ¿No ves? ¡En su momento actué y por eso ahora puedo hacer que mi banda de chicos olorosos actúe también!

—Ah, ¿los demás también apestan?

—Escucha, porque quiero decirte una cosa más que curiosa, ¿me dejas? ¡Claro que sí! Yo ya te hablé de mis buenos ojos y mi buen olfato, pero no

te he dicho nada sobre mi buen oído —alzó una mano y se apuntó a la oreja derecha, más que sonriente, como en transe—. Comparado con mis otros sentidos, mi audición es el mejor de todos. Me permite discernir entre las buenas melodías, las mediocres, y las excepcionales.

Aquello hizo reír a Markie genuinamente.

—Pero si nuestra música ni es tan buena.

—Es que no me refiero a la nuestra.

La sonrisa de Markie se borró.

—¿A qué te refieres, entonces?

—Ahora que lo dices, creo que no me gusta estar con ustedes por la música que creamos, vaya, ¿cómo no me di cuenta antes? —ladeó la cabeza—. Por lo menos, no es por lo talentosos que son.

—Es por lo graciosos que somos, ¡ya sabía yo!

—No en realidad. ¡Es por su aroma, Markie! Por esa peste embriagadora, y por la melodía de sus corazones.

—Claro, porque huelo a vergüenza y...

—Vergüenza, ternura, miedo, desesperación, y una extraña pasión. Todos en el grupo tenemos esto último; pero no hablo de una pasión carnal, sino de algo muy dentro nuestro —se inclinó hacia delante, señalando con las palmas abiertas el pecho de Markie—. Oye, tú... ¿Crees en las almas? ¿En que los humanos poseen algo así?

—Almas, ¿eh? Déjame pensarlo.

—Existen, a pesar de que sea igual a creer que cada árbol es especial porque sus surcos y arrugas no se repiten en ningún otro leño; es idiota, sí, pero completamente cierto —agitó los brazos en el aire—. Y sabes lo que conforma a un alma, ¿verdad? Sus aromas y sonidos, porque existen y son fáciles de percibir, y te revelan la verdad de cualquiera sin mucho problema.

—Entonces, al final, ¿nos aprecias por nuestras almas?

Everett sonrió sin decir nada y Markie frunció el ceño, retomando la palabra.

—Pues yo creo...

—No crees en nada, pero quieres algo. Te conozco y sé lo que es, ¿te lo comparto? Tu olor me lo dice; esos ojos, que tan locas vuelven a las chicas, me lo confiesan a gritos.

Markie dio un respingo.

—¿De qué chicas hablas?

—Oigo también tu corazón. *Bum-bum, bum-bum*. Dulce melodía, pero... Carece de algo, necesita una última cosa para encontrarse pleno.

Markie pensó que lo único que necesitaba era que Everett se callara, pero le siguió escuchando. Mejor ponerle fin a su disparatado discurso.

—Ahora tu corazón está tranquilo porque sabe que me tiene que escuchar —dijo Everett, imitando el bombeo del corazón de Markie abriendo y cerrando su puño izquierdo, sonriente—. Sabe que algo está fuera de lugar. No quiero que vivas más sin saber qué es, porque soy tu mejor amigo y tengo el derecho de decírtelo.

—Oh. Quieres hacerme un favor.

—¡Bingo! —aplaudió, y luego su sonrisa se desvaneció al tiempo que se ponía muy atento, viendo a lo lejos—. Aunque... Sería más exacto decir que te quiero dar un obsequio. A ti y a los demás.

Sin decir otra cosa, rodeó a Markie y comenzó a avanzar de vuelta a casa.

Markie le siguió y llegaron en un santiamén, como si todo el camino que había recorrido hubiese desaparecido ante un pestañeo de Everett. Este entró por la puerta trasera, haciendo un escándalo y llamando la atención de todos. Cuando Markie se escurrió hacia la estancia, aún siguiéndolo, Gaby lo cuestionó con la mirada, pero él sólo pudo alzarse de hombros.

Cosmo y Gaby estaban sentados en un sofá de la sala de estar con cajitas humeantes de fideos y arroz con verduras entre las manos. Siguieron a Everett con la mirada, entre bocados, quien sacaba algo de su chaqueta entretanto se dirigía a toda velocidad al estéreo postrado en una esquina, rodeado de latas de cerveza y soda, del que escapaban a todo volumen los éxitos de...

Everett detuvo la cinta e insertó un casete verde brillante en su lugar. Markie sintió escalofríos al verlo.

—¡Ey! —gritó Cosmo—. ¡Estaba oyendo eso!

Gaby tragó el bocado que tenía en la boca a la fuerza, poniéndose pálida.

—¿De qué porquerías estás cubierto?

Everett se giró a verlos, con una mirada que no parecía la suya y que, al mismo tiempo, no podía ser de nadie más.

—Necesito que escuchen esto.

Se miraron los unos a los otros. Nadie replicó. Nadie se quejó. Everett oprimió *Play*.

La estancia se llenó de un silencio expectante mientras todos volvían la vista al estéreo, apenas escuchando cómo la cinta en su interior rotaba. Casi de inmediato Everett se giró para observarlos con atención mientras su cuerpo se dejaba llevar por un ritmo inexistente.

Gaby y Cosmo intercambiaron una mirada, sin entender nada, y no necesitaron pronunciar palabra para darse cuenta de que ninguno de los dos estaba oyendo lo que Everett parecía estar disfrutando tanto. Se volvieron a Markie, cuya vista seguía fija en el estéreo.

Esperaron otro minuto, un par más, hasta que su paciencia se consumió, y luego un poco más.

Nada.

Ni un sonido salía del estéreo, la cinta no contenía música; pero ni siquiera pudieron molestarse con Everett porque su confusión y preocupación no se los permitió.

¿Qué mierda pasaba?

Markie tragó saliva y separó apenas los labios. Se detuvo. Escuchó algo.

Su cuerpo entero deseó hacerse un ovillo hasta desaparecer. Quiso encajarse las uñas en la piel y rasgársela hasta que no quedaran más que sus huesos; lo que sea que le permitiera dejar de escuchar los dolorosos chillidos que provenían de las bocinas.

Aunque apenas perceptibles, estaban ahí, y Markie los sentía: lloriqueos de un ser querido envuelto en una oscuridad infinita donde todo dolía, donde el todo era la nada y la nada lo masticaba vivo.

Le estaba pidiendo algo y Markie no quería hacerse responsable.

Un gemido apagado se le escapó de la garganta. De inmediato todos se volvieron a verlo, pero su mirada se encontró solamente con la de Everett, preciosa y tranquila, y se maldijo a sí mismo.

*"Lo siento"* pensó Markie. *"Sí, lo haré. Me haré responsable"*.

Everett le dio la espalda, oprimió *Stop*, sacó la cinta de su lugar y echó a correr hasta su habitación para encerrarse por el resto de la tarde.

Cuando Gaby corrió a tocar a su puerta para pedir una explicación, Everett no respondió. Cuando Cosmo intentó comprender lo que le había pasado, Markie juró no haber escuchado nada en la cinta.

## Capítulo 14

*11:41 p.m.*

Dos horas antes del concierto de esa noche, Everett salió de su habitación. Estaba limpio, alegre, fresco como una lechuga. Ignoró sin misericordia las preguntas que todos le hicieron.

En el escenario, dio lo mejor de sí, como si la locura de esa misma mañana hubiese sido un acto.

—Se lo ve mejor —susurró Markie a Gaby, cuando el par restante debatía entre risas y amenazas a por quién compraría las cervezas de esa noche, minutos después de terminar el concierto.

Gaby lo observó. Era cierto. La risa de Everett parecía genuina, pero...

—Mi predicción no falló, ¿eh? —dijo Markie, intentando alegrarla.

—Lo seguiré vigilando —dijo Gaby.

Quiso sonreírle a Markie, pero algo no la dejó. En cambio, solo le dio unas palmaditas en el pecho antes de encaminarse al auto, y encendió otro cigarrillo.

Ya había perdido la cuenta de cuántos había fumado esa noche.



## Capítulo 15

*En algún momento, dentro del Santuario*

La estatua a sus pies era apenas un montón de mármol destrozado.

Se dio la media vuelta y vio tres más de ellas, pero estas no estaban hechas pedazos. Todas medían por lo menos tres metros de alto y tenían formas humanas, dispuestas en los puntos cardinales.

La que estaba a su derecha se encontraba sentada, mirando al frente, con las piernas cruzadas y sus manos puestas sobre sus rodillas. Su cuerpo estaba hecho de piel roja, palpitante, sangrante, con ojos donde no debería haber ojos y dientes donde no debería haber dientes, sonrisas donde quedarían mejor lágrimas, y su cabeza era igual a la de un pichón sin plumas con ojos completamente negros.

Justo frente a él otra estatua se cubría la cara con una mano, su vista sobre el suelo, mientras que con la otra parecía estar arrancándose el cabello; su espalda estaba encorvada, su estómago contraído, y sus dedos hechos garras. Esta estatua estaba hecha de basura y alambre de espino.

A su izquierda la estatua restante se encontraba hincada y recta, con ambos brazos a sus costados y el rostro vuelto hacia arriba. La estatua estaba hecha de rosas floreciendo e infinitas ramas con espinas por torso y extremidades. Su cara era en realidad una enorme rosa roja en plena floración.

Everett había tenido un sueño parecido en algún momento, hace mucho y hace muy poco.

Había visto el montículo de mármol y se había sentido triste. Había visto apenas las siluetas de las tres estatuas y se había sentido intimidado, pero, ahora que las tenía ante sí, totalmente claras, aquel montículo no parecía tan malo.

Respiró hondo para avanzar, mirando las estatuas una a una.

La estatua de carne palpitaba, la estatua de basura se estremecía, la estatua de rosas florecía.

Cuando dio un paso, una ráfaga de viento lo empujó hacia atrás y el pétalo de una de las rosas se desprendió del tallo, deslizándose sobre el aire hacia Everett, cuyas manos se abrieron por propia voluntad para atraparla.

Con la ráfaga llegó la calma; luego, el sueño trajo la realidad.

Everett abrió los ojos, con la música de la cinta verde sonando en sus oídos. Todavía tenía visiones de las estatuas detrás de los párpados.

Miró hacia abajo: había un pétalo inmaculado en su palma.

## Capítulo 16

*Primavera de 1980*

Cosmo cursaba el último año de la agridulce escuela secundaria.

La parte dulce venía cuando se sumergía en sus libros y tareas, pasando horas investigando en la biblioteca para obtener la mejor nota de la clase, restregándole luego a sus padres y hermano mayor lo mucho que sabía sólo por haber leído algunas frases de una gruesa enciclopedia; entretanto lo agrio era... todo lo demás.

Desde el primer día de secundaria, parecía como si el mundo entero se hubiese puesto en su contra; todos los chicos eran groseros, crueles, egoístas, y algunos parecían ni siquiera tener edad para estar entre púberes. Cosmo sabía que la vida no iba a ser tan fácil como lo había sido hasta entonces; estaba bastante consciente de que los mayores se aprovecharían de sus diferencias físicas cual buitres sobre un cadáver fresco, pero aquello a lo que llegó a enfrentarse fue demasiado.

Le molestaban por su ceceo al hablar, por sus lentes, por su manera de caminar, por cómo las chicas del curso lo miraban con asco y burla y, cuando llegaron los resultados de las primeras pruebas, con Cosmo al tope de cada clase, todo tan solo empeoró.

Llegaba a casa corriendo para evitar golpizas, tomaba atajos para evadir a los acosadores antes de entrar a la escuela, se deslizaba entre los pasillos de forma que no llamara la atención, y hasta logró hacerse con la complicidad del conserje y varios profesores para tener a alguien que le vigilara la espalda cuando él mismo olvidaba mirar por sobre su hombro.

No había hecho un solo amigo en sus casi tres años en esa escuela, cuyo nombre reprimiría años más tarde, y no creía que fuese justo, pero seguramente había una razón, ¿no es cierto? Seguramente había algo malo con él. Los chicos tenían todo el derecho de odiarlo por ser tan entregado a los estudios. Las chicas estaban en lo cierto al mirar sus defectos con asco.

Cosmo tenía mil imperfecciones, ahora lo entendía.

No merecía ningún amigo.

Hasta debería estar agradecido porque los demás tomaran algo de su tiempo para fastidiarlo.

Mientras atravesaba callejones y pasadizos aquella mañana, decidió tomar un atajo que quedaba cerca de un parque solitario. Apenas lo vislumbró,

en la lejanía escuchó risas que reconoció al momento, pero su mente no quiso aceptar que aquella era la pandilla de Killer hasta que vio sus perfiles y deformadas sonrisas.

Cosmo se congeló a unos pasos de la entrada del parque, observando con ojos como platos cómo los tres se reían a carcajadas mientras lanzaban piedras a las ramas de un árbol y gritaban palabras que no deseaba entender.

Su mirada se deslizó hacia abajo y tuvo ganas de vomitar.

Entre las raíces y zapatos sucios de la pandilla, se encontraba un pichón pisoteado, su piel desgarrada y sus huesos pulverizados hasta volverse una masa uniforme de sangre y plumas. Cerca estaban los cadáveres de tres de sus crías. Habían sufrido el mismo destino.

Hasta ese momento Cosmo no se había dado cuenta de que, entre las risas y gritos, se escuchaba el desesperado pío del pequeño pichón sobreviviente sobre el nido. Las pedradas y manotazos de la pandilla agitaban las ramas a las que la pajarera se aferraba con inexistentes fuerzas.

—¡Baja de ahí, pequeño idiota! —gritó Killer.

—Ven, ven —se rio Eva—, ¡te prometo que volverás a ver a tu madre!

Estallaron en carcajadas y una pedrada dio en el centro del nido. Este y el polluelo se balancearon; Cosmo sintió que le arrancaban el aire de los pulmones.

—¡Cayó! —dijo Thomas.

El cuerpo de Cosmo se movió solo.

Arrojó su mochila y salió disparado hacia el frente, gritando desde lo más hondo de su garganta; empujó a Thomas para apartarlo del frente y se colocó dándole la espalda al polluelo. Extendió los brazos a sus costados como un escudo. Los miró con el ceño fruncido, sintiendo que el tiempo avanzaba demasiado rápido.

Killer frunció el ceño. Entre lo que le tomó hacer eso y sonreír tras reconocer a Cosmo, él sólo alcanzó a concebir que los tres eran horripilantes.

Killer y Eva eran algo parecido a gemelos pues nacieron del mismo embarazo, pero no eran exactamente idénticos y, obviamente, tenían sexos diferentes. Mientras que Eva tenía mejillas rellenas y una barbilla afilada, con la mirada más sombría y llena de maldad que Cosmo jamás

vería; Killer era más delgado y chato, su oscuridad radicaba en que para él no existían reglas irrompibles. Ambos tenían el cabello marrón claro y un lunar bajo el ojo izquierdo; Cosmo encontraba increíblemente patética la manera en que vestían, como fingiendo que sus padres no eran los más adinerados del barrio entero.

Ella era lista y él decidido, mientras que Cosmo era la presa perfecta.

Thomas, por otro lado, era tan solo un simple idiota con miedo a llevarles la contraria. En un principio había hecho todo lo que ellos le pedían para que no se metieran con él, pero pronto la crueldad de los mellizos lo había invadido también, o quizás tan solo había reconocido la malicia que tan resueltamente había decidido guardar en su interior hasta que se encontró con dos dementes igual de depravados que él. Como sea que fuera, Cosmo sabía que Thomas no era más que un par extra de brazos y piernas que pateaban y golpeaban a cualquiera si así Killer o Eva lo querían. Thomas era alto y demasiado fornido para ser un quinceañero; tenía el cabello negro y un rostro muy maduro.

—Uy, pero si es Co-Co-Coshmo —se rio Eva—. Hazte a un lado.

Las piernas de Cosmo quisieron obedecer, pero negó con la cabeza. Sudor frío comenzó a empaparle el cuerpo cuando Eva se puso seria.

—¡Ándate a la mierda o yo mismo te enviaré allí! —gritó Thomas.

Dio un paso hacia delante y Cosmo tuvo un escalofrío, pero Killer lo detuvo con un simple gesto. Luego habló con su tan usual cinismo.

—Escucha bien, engendro. Si te quitas de enfrente y nos dejas terminar el trabajo con ese pequeño chillón a tus espaldas, pasaré por alto tus malos modales —señaló al pichón con un movimiento de su barbilla—. ¿No sabías que esos pajarracos son una plaga? Lo único que hacen es chillar, comer y defecar por la ciudad; igual que tú.

—Le estamos haciendo un favor a todo el mundo, realmente —dijo Eva, meciéndose de un lado al otro como si danzara con un fantasma; su coleta y falda oscilaban en el aire—. Son una plaga, y su madre ya no está, ¿quién va a cuidar de una cría al borde de la muerte? En todo caso, aquí el villano eres tú.

—Ustedes la mataron —dijo Cosmo, con voz temblorosa—. Es... Es su culpa que esté indefenso.

—Ya me hartaste —gruñó Thomas, tomándolo por el hombro para apartarlo.

Cosmo se resistió y logró asestarle un puñetazo en el estómago tan rápido que Thomas apenas lo vio; gimió y sus mejillas enrojecieron. Cosmo retrocedió un paso, alzó los puños y arremetió hacia delante con toda la fuerza con la que disponía, apuntando a la quijada, pero falló por casi un metro cuando Eva le pateó el costado. Cayó sobre la tierra de frente. Eva gritó algo y Thomas se apresuró a recuperarse para levantarlo y sujetarlo por los brazos cual prisionero.

—¡Déjenlo! —chilló Cosmo, lanzando patadas al aire—. ¡No le hagan nada, por favor!

—Vamos, no está tan mal —dijo Killer, sonriendo radiante—. Hasta te dejaré ver cómo lo libero de su miseria.

Killer le dio la espalda para acercarse al nido hecho pedazos entre las raíces del árbol y Eva soltó una risita demasiado dulce.

—No te muevas tanto, ¿vale? —murmuró Eva cerca de su oído. Cosmo se sacudió rabioso—. Ah, ¿es que tengo que hacerte entender? Oye, espera, Jean —dijo, haciendo una seña con la mano a Killer. Era la única que lo llamaba por su nombre sin recibir una paliza a cambio—. Creo que este polluelo merece su castigo primero. Bien, si así lo quiere. Sujétalo bien, Tommy.

Cosmo sintió que el mundo se volvía un estallido de dolor blanco cuando Eva le golpeó de lleno en la mejilla. Su cuerpo dejó de moverse por un segundo que duró demasiado, y volvió al vacío de dolor cuando parpadeó apenas lúcido. A lo lejos escuchó algo entre suspiro y risa, como si Killer estuviera cansado del mal genio de su hermana pero aun así le provocase gracia.

Las mejillas de Cosmo se hincharon, su estómago se llenó de moretones, y sus piernas apenas lo sostenían mientras Eva sonreía. El dolor en sus nudillos no era nada comparado con el dolor que le inyectaba a él.

—¿Estás contenta ahora? —dijo Killer. Eva ya se había separado de Cosmo y ahora agitaba las manos en el aire, mirando las marcas rojas sobre estas como una diva que observa su nueva manicura—. No tenemos todo el día.

Volvió a darles la espalda y Thomas dejó que Cosmo se deslizara fuera de su agarre, estrellándose contra el piso.

Bajo sus ojos hinchados y a través del dolor nauseabundo Cosmo vio la espalda de Killer y supo que no podía dejar las cosas así. Los chillidos del polluelo le taladraban los oídos.

—¡Déjalo en paz! —gritó.

Giró sobre sí y pateó la entrepierna de Thomas desde el suelo; este se dobló por el estómago pálido como muerto y Cosmo estrelló su puño contra su nariz. Thomas cayó de espaldas, sin saber dónde sobarse, y de inmediato Cosmo se levantó. Esquivó apenas el intento de Eva por derribarlo, cuando ella se giró a verlo Cosmo sólo pudo patearla, abriéndole una profunda rajada sobre la ceja derecha, que de inmediato comenzó a sangrar. Eva gritó, dando vueltas por el piso. ¿Cómo pudo no perder la consciencia?

Apenas Killer se giró para ver lo que sucedía vio a Cosmo corriendo hacia él con la cara cubierta de sangre. Cosmo lo tacleó y ambos cayeron; la espalda de Killer crujió cuando chocó contra el árbol, haciéndolo gritar; Cosmo se levantó, haciendo un escudo con su cuerpo para proteger al polluelo justo cuando los demás se levantaban mareados y furiosos.

—Maldito pedazo de mierda —gruñó Eva.

A su lado escuchó un profundo jadeo de boca de Killer. “¡Estás muerto!”

—¡Hazme lo que quieras a mí! —chilló Cosmo, sus labios hinchados, su cabeza palpitando—. Hazme lo que quieras, pero déjalo en paz, idéjalo vivir!

Killer se acuclilló a su lado y lo tomó por el cabello para obligarlo a mirarlo a los ojos. Cosmo soltó un quejido. Todo su cuerpo le pedía que se disculpara y continuara su camino a la escuela mientras inventaba alguna excusa para explicar sus heridas, pero se mordió la lengua.

No sabía por qué, pero quería proteger al pichón, aunque a él le costara su sanidad.

Killer sonrió.

—Trato hecho.

Lo arrastró por los pelos por varios metros hasta el centro del parquecillo, mientras Cosmo gritaba y se retorció.

—Me rompió la nariz —dijo Thomas, con ambas manos sobre la cara. Entre sus dedos caían gotas espesas de sangre—. ¡Killer, me rompió la nariz!

—Mi puto ojo... —murmuró Eva—. No puedo ver nada.

—Oh, mi espalda —dijo Killer, fingiendo un tono de voz adolorido. Soltó a Cosmo y le puso un pie sobre el cuello antes de que pudiera incorporarse,

haciéndolo sentir náuseas cuando vio restos de sangre y plumas en la suela de su zapato—. Nos hiciste cosas horribles, es cierto. ¡Lo justo es que nos las cobremos!

La valentía de Cosmo se volvió terror. Gimió, sintiendo que su alrededor se oscurecía y daba vueltas cuando Killer le encajó el tacón de su bota en el cuello. Un instante después alguien lo tomó por la camisa para levantarlo y lanzarlo de nuevo contra el piso. Intentó arrastrarse fuera de ellos, pero lo pisotearon y golpearon hasta que no pudo moverse.

—Ya empezó a llorar —rio Eva.

—No puede ser, ni siquiera hemos sido tan duros —dijo Killer—. Apenas se viene lo bueno.

Lo tomó por la camiseta y lo forzó a mantenerse en pie, aunque se doblara por las rodillas y tuviese la mirada perdida. Le golpeó la nariz y un salpicón de sangre le manchó las mejillas. Cosmo cayó de espaldas con lloriqueos que ahora parecían profundos sollozos.

A lo lejos alguien gritó.

—¡Eeyyy!

Cosmo apenas escuchó el sonido de un automóvil frenando violentamente, y luego oyó pasos alocados que amenazaban con acercarse.

—¿Qué están haciendo? —la voz sonaba furiosa.

—No te incumbe —gruñó Eva.

—¿Quién es ese? —dijo Thomas.

—Otro que quiere hacerse el héroe —suspiró Killer, sobándose los nudillos—. Aunque no me vendría mal desahogarme con otro pendejo.

Cosmo hizo un esfuerzo para levantar la cabeza, pero no podía ver la cara de quien interrumpía aquella locura. No se hizo muchas esperanzas. Ya se había topado con varios chicos que querían hacer algo para salvarle el pellejo y todos terminaban arrepintiéndose al reconocer a Killer, prometiendo que no le dirían nada a nadie mientras se largaban con el rabo entre las patas.

Sin embargo, los pasos no se detenían a pesar de estar lo suficientemente cerca como para haber reconocido a Killer. ¿Qué estaba haciendo ese santo?



Giró sobre sí mismo para intentar levantarse pero Thomas lo detuvo dándole un pisotón, y los pasos del desconocido se detuvieron sólo cuando chocó contra él. Cosmo sintió que el peso sobre su espalda se desvanecía. Cuando levantó la vista vio a alguien de cabellera rubia sobre Thomas, este apenas podía defenderse de otro más al que le doblaba la estatura.

Escuchó a Killer y Eva maldecir. Él se adelantó, pero cuando Eva iba a hacer lo mismo, Cosmo logró aferrarse a su pierna con un último impulso proveniente de la nada.

—¡Cu...! —gritó, esperando que su salvador le oyese—. ¡Cuidado!

—¡Suéltame, fenómeno!

Eva se giró y lo golpeó en la nuca hasta que Cosmo se desmayó. Lo último que creyó ver fue cómo aquel rubio soltaba a Thomas para arremeter contra el cuello de Killer.

Qué irónico.

## Capítulo 17

*Primavera de 1980*

Se incorporó tras despertar de un salto y al momento todo su cuerpo dolió. Volvió a tumbarse.

—¿Te has despertado al fin? Dime que puedes oírme, por favor.

Cosmo estaba recostado bajo la sombra de un árbol, con su mochila cual almohada y una chaqueta de mezclilla por cobija. El extraño estaba sentado a su lado, pero Cosmo aún no logró ver su cara por la hinchazón que tenía en los ojos. De todas formas, percibía bien las sombras y luces como manchas de jaguar que caían sobre ellos por la luz del sol que se filtraba a través de las hojas. Una sensación cálida lo inundó; era como ser abrazado tras soportar a solas el invierno más cruel de todos.

Inconscientemente volvió a llorar.

—¿Cómo te llamas? —dijo el extraño—. ¿Vas a la misma escuela que esos imbéciles?

Cosmo se encogió e intentó incorporarse, pero el extraño lo detuvo.

—Tranquilo, ya se han ido. Te hacen la vida imposible, ¿verdad?

—Sí. Tú... Yo... Bueno, gracias.

—¡Ni lo menciones! —dijo, con tono alegre, pero Cosmo sabía que no podía haber salido bien parado de una batalla contra la pandilla de Killer. De todas formas, sonaba como si estuviese sonriendo—. Ahuyentarlos no fue tan difícil después de que me deshice del grandote y esquivé todos los puñetazos de la chica. Soy un hueso duro de roer —soltó una risita, luego guardó silencio por un momento—. Desearía haber pasado por aquí antes de que te dejaran así.

El llanto de Cosmo se volvió incontrolable.

—Gracias —dijo, moqueando, gimiendo, y perdiendo el aliento—. Gracias... Muchísimas gracias. Dios, lo siento. Lo siento.

—Nah, no es nada. Aunque, si continúas llorando, me harás llorar a mí también!

Cosmo soltó una risita entre lágrimas.

—Soy Cosmo, por cierto.

—Everett. Un placer.

Cuando se giró para intentar verlo mejor una vez más, Cosmo se dio cuenta a pesar de su visión borrosa de que Everett traía algo entre brazos: un pedazo de tela enrollada alrededor de algo. ¿Se había sacado la camiseta? Entonces escuchó un piar tenue y constante. Abrió mucho los ojos.

No supo cómo, pero se dio cuenta de que Everett le sonreía.

—Lo estabas protegiendo, ¿no es cierto?

Cosmo se estremeció y asintió.

—¿Cómo está?

—Luchando, parece. Le di algo de agua, pero creo que aún tiene hambre. Eso te lo dejo a ti, ¿va? Masticar insectos para luego escupirlos no suena como mi trabajo soñado.

—Oh, y yo creí que tenías tipo de mamá pichón —suspiró.

Sonrió cuando escuchó reír a Everett. Entre quejidos logró sentarse.

—Debo irme ya.

—Esta es una buena excusa para faltar a la escuela, ¿no te parece?

Cosmo gimió, llevándose las manos a las sienes. Su cabeza palpitaba y se sentía pegajoso por la sangre y el sudor.

—Oye, ¿puedes siquiera caminar? —dijo Everett—. ¡Mírate! Pareces un tomate radioactivo.

—Me ha ido peor otras veces.

—De seguro te has roto algo, tienes que ir al hospital.

—¿A pie? El hospital queda lejos.

—Yo puedo llevarte —dijo Everett, poniéndose de pie—. Aunque técnicamente sería mi primer viaje con un pasajero... ¡Pero es mejor que dejarte solo! Vamos, levántate, con cuidado.

—Everett... ¡Ay! Aguarda, ¿qué pasa con el polluelo?

—¡Yo me encargo!

—Pero... El hospital... Bueno, debería avisarles a mis padres y...

—¡Yo me encargo! Vamos, andando, ¿o es que quieres verte como un tomate para siempre? Te cedo el asiento del copiloto, ¿no te emociona?

—No tengo cinco años. Oye, más despacio, más despacio.

—Uy, no grites, estás haciendo llorar al niño —dijo, riendo, haciendo referencia al piar de la avecilla—. Ey, ¿quieres ponerle nombre? Creo que le queda bien Austin, ¿te gusta? Allí, espera, te abro la puerta.

—Creo que me dará una migraña. Oye, ¿Everett?

—¿Sí?

—No le digas a nadie lo que pasó —dijo. Everett guardó silencio, ahora muy serio—. No tengo ánimos de lidiar con las consecuencias.

—Si tú lo dices. Ahora ponte el cinturón, ¡y sostén bien a Austin!

Ya en el hospital, Everett inventó la historia más disparatada para explicar a las recepcionistas por qué traía en brazos a un chico que apenas se podía poner en pie y a un pichón bebé que no dejaba de retorcerse entre sueños, mientras que él estaba desnudo de la cintura para arriba. Las enfermeras no pudieron evitar reír cuando el guardia de seguridad se acercó a ver por qué ese chico loco estaba causando tanto escándalo.

Cosmo fue puesto bajo cuidado de inmediato y veinte minutos más tarde sus padres llegaron, diciendo algo sobre un muchacho en recepción, vendado y sucio, que parecía estar divirtiéndose demasiado con los empleados, como si ya se conocieran.

Tan solo por seguridad, los médicos recomendaron que Cosmo pasara la noche en el hospital. Como Everett no se había venido a despedir, y porque debido a las heridas él faltó a clases una semana, creyó que nunca lo volvería a ver.

Para su sorpresa, el día que volvió a la escuela y tomó el atajo por el parque de la última vez, allí estaba Everett, sentado en el capó de su Cadillac rojo, con el polluelo en una caja de cartón a su lado.

—¡Ey! —dijo Everett, dando un salto para acercarse—. ¿Cómo has estado?

Te ves mejor, menos rojo e hinchado.

Cosmo se miró a sí mismo con una mueca. Llevaba muletas, tenía la mano izquierda vendada y entablada, y tenía banditas y gasas sobre toda la cara y parte del cuello. Se alzó de hombros.

—Sí, creo que he mejorado. Lo peor de todo fueron seis puntos de sutura en la nuca, además de un par de dedos fracturados —hizo un gesto a su mano—. También... ¡Ah! Dijeron que me disloqué la muñeca. ¿Qué tal tú? —se sintió extraño porque nunca había hablado tanto con alguien que apenas conocía, pero Everett se notaba complacido—. ¿Te hirieron mucho?

Everett tenía un parche en el pómulo derecho y su párpado inferior estaba algo hinchado y de color púrpura. Su nariz estaba enrojecida y su labio inferior parecía reventado. Además de eso, sus nudillos se notaban irritados, llenos de costras, y sus dedos parecían demasiado grandes para pertenecer al resto de su cuerpo.

Negó con la cabeza, sonriendo.

—Estoy bien —hizo un gesto a sus espaldas—. Austin también lo está.

—Austin —repitió Cosmo, riéndose.

Se acercó a la caja de cartón donde el polluelo estaba, durmiendo y respirando agitadamente.

—¿En serio lo llamarás así?

—¡Es que suena muy bien! Aunque, para ser justos, no sabemos si es macho o hembra —tomó la caja y se acercó al asiento de conductor mientras hablaba—. Si es hembra, entonces la llamaré Austina.

Cosmo volvió a reír.

Cuando Everett abrió la puerta del auto y sacó las llaves del mismo, Cosmo tragó saliva con fuerza. ¿Qué debía hacer? ¿Qué debía decir? Parte de la razón por la que se había sentido decepcionado al pensar que nunca volvería a ver a Everett era porque jamás tendría la oportunidad de agradecer todo lo que había hecho por él; pero ahora que tenía la chance ante sí, ahora que quizás Everett se despediría para seguir viviendo su vida como el protagonista del mundo, Cosmo no tenía idea de cómo actuar.

No creía que un simple "gracias" sirviera. ¿Y si le daba su dinero para el almuerzo? No, qué idea tan estúpida... ¿Qué tal un abrazo? ¿Un apretón

de manos? ¡Era por esto que no tenía amigos!

Sintió algo raro en la garganta.

Everett había sido su único amigo verdadero y, tan súbitamente como había venido, iba a irse. Escuchó que soltaba un suspiro, con Austin aún bajo su hombro, y Cosmo se precipitó hacia delante para interrumpir la frase que iba a salir de sus labios.

—No quiero que te vayas.

—¿Eh? —gruñó Everett, perplejo.

—No... No te vayas. No tan pronto, por favor —rogó—. No tengo idea de cómo decir esto, pero... Quiero que te quedes, por lo menos hasta que encuentre la manera correcta de agradecerte por todo.

—¿De qué estás hablando? No me voy a ir. En todo caso, tú vendrás conmigo.

—¿Irme?

—Sí, a la escuela. Te llevaré—sonrió, aunque sus ojos reflejaban pura confusión—. A eso te refieres, ¿no?

Cosmo parpadeó lentamente. ¿Qué había hecho? Sintió que su cara ardía de vergüenza.

—Tú... Everett, ¿no te irás del estado o algo parecido? ¿No te irás para nunca volver?

—¿De qué hablas? —se echó a reír—. ¡Si he vivido aquí en Nueva Jersey toda mi vida! Solo me estaba ofreciendo a llevarte a la escuela. Ves muchas películas románticas, ¿eh? ¡Jaja! Vamos, súbete.

—Pero... ¿Por qué? ¡No, no! —Cosmo retrocedió, casi tropezándose—. Ya has hecho demasiado, no puedo aceptar más.

—Y yo no puedo dejar que andes por ahí solo, no después de ver cómo te trata el mundo —dijo Everett. Su sonrisa había desaparecido y su tono de voz había cambiado completamente a uno serio y resuelto—. Déjame hacerlo.

Cosmo no respondió de inmediato, aunque en realidad no habría sabido qué decir incluso si Everett hubiese esperado durante diez vidas más.

—Déjame darte un poco de justicia, ¿sí? —continuó, pero al ver que Cosmo seguía sin responder, soltó un suspiro y luego sonrió—. Dijiste que

querías pagarme por todo lo que hice por ti, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces súbete al auto y déjame llevarte a la escuela —dijo, montándose en el asiento del conductor y abriendo la puerta del copiloto como si ya hubiese ganado la discusión—. ¡Anda! Vas a llegar tarde. Ay, pero no te sientes sobre Austin, ¿va? Ponlo sobre tus piernas.

—Everett...

—¡Vámonos!

Tuvieron que pasar un par de semanas para que Cosmo se acostumbrara a su nueva rutina de ser esperado en el parque de siempre por Everett, para luego ponerse a discutir sobre quién alimentaría a Austin esa noche. Cada vez que lo veía esperando sobre el capó de su auto, mirando al cielo, sonriendo cuando sus miradas se encontraban, Cosmo no podía evitar pensar que, quizás, después de todo, incluso los más raros e idiotas merecían tener amigos.

No transcurrió casi nada de tiempo para que descubrieran lo mucho que tenían en común, y poco después Everett le presentó a Gab y Markie. ¿Podía algo así ser posible? ¡Pues Everett lo había vuelto realidad: ahora ellos también eran sus amigos!

Su vida se volvió pacífica, como si caminase sobre nubes después de haber pasado una eternidad ahogado en llamas.

## Capítulo 18

*Primavera de 1980*

Everett pasaba a recogerlo todas las mañanas, y luego, cuando las clases terminaban, se aparecía con los demás y todos iban a casa de Markie, porque era el único barrio donde no se quejaban de su música ruidosa, sin importar cuán alto fuese el volumen o cuán ruidosas fuesen sus carcajadas.

Pasaron seis semanas desde que conoció a Everett. Cada día Cosmo se había sentido más como uno de ellos. Entonces, ocurrió una tragedia.

Everett le llamó para que se reunieran en el parque de siempre.

—Austin murió.

Lo enterraron bajo el mismo árbol en el que había nacido.

Cosmo no había parado de llorar desde que escuchó la noticia por el auricular del teléfono y, ahora, hincado ante el montón de tierra removida, sentía un agujero en el pecho.

Gab y Markie habían asistido, y estaban de pie a unos metros de él, sin decir nada. Everett apenas si había podido mirarlo a los ojos.

—No... No fue tu culpa —dijo, cuando Everett se acuclilló a su lado. Su voz estaba tan débil que apenas se escuchaba—. Yo... Sabía que no sobreviviría —se limpió la nariz, pero las lágrimas no cesaron—. Vivió todo este tiempo, tan herido, tan solo, sin poder siquiera volar, y todos sabíamos que no lo lograría. Aun así, ¿por qué duele tanto?

Everett no dijo nada.

—¿Por qué no puedo parar de llorar?

Cosmo se giró y se derrumbó en los brazos de su amigo, sollozando tan silenciosamente como podía porque lo único que quería sentir, lo único que quería escuchar, era el corazón tranquilo de Everett haciéndole saber que estaba allí y que no se iría.

—Cosmo —dijo al fin, en un susurro—, ese día, cuando lo salvaste, cuando lo protegiste... Pienso que lo hiciste porque sabías que era lo justo.

—Ahora eso da igual.



—No es verdad, no “da igual”. Una vida nunca ha “dado igual”.

Desde detrás de Gab y Markie se escuchó una risotada que los hizo girarse en redondo a todos, salvo a Everett. Cosmo rompió el abrazo y una mueca de temor le cubrió el rostro: abrió mucho los ojos, apretó los labios, y sus mejillas se tensaron. Era la pandilla de Killer. Se limpió rápidamente las lágrimas porque sabía que se burlarían de él.

—¿De luto por un simple pajarraco? —se rio Eva, mirándolo directamente—. Nos haces demasiado fácil el trabajo, enano.

—Lárguense —gruñó Gaby cuando la pandilla se acercó, pero la atención de los tres estaba fija en Cosmo.

—Ven acá —dijo Killer—. Tenemos un asunto pendiente.

Cosmo estuvo a punto de ponerse de pie y acatar sus órdenes porque no quería más mierda, no quería que Markie ni Gab se vieran involucrados en un castigo que solamente merecía él, pero cuando se incorporó no pudo avanzar ni un paso porque Everett lo tomó por la muñeca.

Killer y los demás debieron no haberlo visto hasta este punto porque, cuando Everett se levantó y emergió desde detrás de Gab y Markie, los tres retrocedieron y dejaron de sonreír, pero aún luchaban por conservar su aire violento y despreocupado a pesar del evidente recelo hacia él.

—Ah —bufó Killer—, el héroe de la última vez.

—Se los dije entonces y se los repetiré una sola vez más —dijo Everett, sombrío—: No vuelvan a aparecerse por aquí.

Cosmo parpadeó, dándose cuenta de que las últimas semanas se habían sentido tan pacíficas porque la pandilla no le había ni prestado atención además de echarle miradas rabiosas desde lejos, como si cada uno de ellos planeara una venganza que lo harían a él y a Everett arrepentirse de vivir tras la masacre de los pichones.

Killer iba a decir algo, pero Eva soltó una risa irritada.

—Eres tú el que debe dejar de darnos órdenes. Haré que te quede claro tarde o temprano —dijo, y de inmediato miró por sobre el hombro de Everett para localizar a Cosmo. Lo señaló con un dedo—. Se te va a acabar la suerte.

Eva giró sobre sus talones y abandonó el parque, seguida de cerca por Thomas. Killer los miró a todos por turnos, pero intercambió la mirada

entre Everett y Cosmo un par de veces. Sonrió.

—Están dando por sentado que valió la pena —dijo, haciendo un gesto a la tumba de Austin—, pero salvar un alma ya perdida es lo mismo que matarla lentamente.

Cosmo se estremeció, y Killer soltó una risotada, dándose la media vuelta.

—Igual que haremos con ustedes.

Nadie dijo nada hasta que el sonido de sus pisadas desapareció en la distancia. Cosmo cayó sobre el suelo y fijó la mirada en el cielo entre anaranjado y rosado, asintiendo cuando le preguntaron si se encontraba bien.

Al parpadear se dio cuenta de que las lágrimas se le habían terminado.

## Capítulo 19

*Verano de 1980*

Toda su clase se había enterado que, al cumplir los dieciocho, los padres de Killer le obsequiaron una casa enorme en la que vivía con su hermana y el mastodonte de Thomas. Era envidiable y, a la vez, a Cosmo no le importaba en lo más mínimo.

Que un montón de idiotas como Killer fuesen consentidos por sus padres al punto en que resultaba gracioso ocupaba tan poco espacio en su mente como debía hacerlo el razonamiento que esos preuniversitarios usaban al continuar molestando a un par de quinceañeros por una pelea sin sentido ocurrida ya hace meses.

Todo mundo sabía de la nueva residencia de Killer, y los vecinos que cuchicheaban a sus espaldas siempre maldecían la mala suerte que había caído sobre ellos con la llegada de la pandilla al barrio. ¿Te diste cuenta? Esos chicos ahora viven frente a mi casa. ¡Qué tragedia! Siempre están escuchando porquerías y despertándome en medio de la noche. Qué hijos de... Juro que vi a uno de ellos hurgar entre mis botes de basura. ¿Crees que se droguen? ¡Seguro que sí!

Apenas una semana después de que la noticia llegase a oídos del pueblo entero, Cosmo oyó un repiqueteo en su ventana.

Eran cerca de las diez de la noche por lo que todo estaba oscuro, salvo los círculos lejanos de luz que las farolas proyectaban sobre la calzada. Había pocos peatones y vehículos yendo y viniendo. ¿Quién lo llamaba a esta hora? Al asomarse vio a Everett, con un montón de piedrecillas que soltó al verlo.

Abrió la ventana.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes dónde vive Killer?

Cosmo parpadeó. ¿Es que Everett era el único en la Tierra que no se había enterado?

Asintió.

—Acompáñame —dijo Everett, con un tono demasiado tranquilo.

Iba a preguntar por qué, pero se limitó a fruncir el ceño cuando le prestó más atención a los ojos de Everett. En lugar de brillar como siempre lo

hacían, ahora se notaban oscuros, vacíos, entretanto una mueca que asemejaba una sonrisa retorcida contenía todo el fulgor con el que Everett siempre resplandecía. Una palabra se formó en la mente de Cosmo, que seguramente era la misma que ahora hacía latir el corazón de Everett: venganza.

Una sola inquietud detuvo a Cosmo de saltar por la ventana para perderse en la lejanía de la noche con él, y no se trataba del posible remordimiento que sentiría cuando todo hubiera acabado, ni de lo decepcionados que estarían sus padres al enterarse de lo bajo que había caído a pesar del dolor constante que aguantó por años, ni mucho menos la imbécil pregunta de si esto era algo moral o inmoral. Lo que le preocupó fue que, por largos momentos, no reconoció a Everett como el mismo que lo había salvado tiempo atrás. Supuso que sus motivos eran los mismos: obrar en nombre de la justicia. De todos modos, algo se sentía diferente.

—¿Cosmo?

Se sacudió al oír su nombre y se apartó las dudas de encima. Podía ignorar aquel pequeño cambio como uno pasa por alto el nuevo peinado de alguien tras darse cuenta de que está allí.

—Me pondré los zapatos.

Un minuto más tarde ya se deslizaba por la acera al lado de Everett, conteniendo risitas nerviosas. Era la primera vez que se escapaba de casa. Miró alrededor y se extrañó al no ver el auto de Everett.

—¿Viniste a pie hasta acá? —dijo, sin saber si se sentía preocupado o sorprendido. Everett vivía a más de veinte minutos de distancia en auto.

—No importa. Ahora, ¿por dónde...?

—Giremos a la izquierda en el siguiente cruce.

Faltaba más de una hora para la medianoche cuando arribaron al vecindario. La casa de Killer era muy parecida a las demás: ancha, de dos pisos, con un pequeño patio delantero y separada del resto por una pequeña barda rodeándola. Estaba en medio de la calle y era una de las pocas que seguía con las luces encendidas; desde dentro había alboroto proporcional a la mala reputación de la pandilla.

Cuando se acercaron, Cosmo logró distinguir que escuchaban a *The Misfits* a todo volumen, e hizo una mueca de desagrado. Sabía que ni a Killer, ni a Eva o a Thomas les agradaba el punk ni ningún tipo de música alternativa o extrema: ¡eran pura pose! La escuchaban para parecer más rudos y para molestar tanto como pudieran a los que no estaban acostumbrados a esa clase de líricas y melodías, si se les podía llamar así,

tan sólo para entonces tener una excusa para pelear con los que se quejaban.

Everett lo tomó por el antebrazo, agachándose para pasar desapercibido, y ambos se escabulleron hasta ocultarse debajo de una de las ventanas que daban a la sala de estar, desde donde se escuchaban las risas y parloteo de los tres. Luz amarillenta se filtraba por el cristal, iluminando vagamente la silueta de Everett y Cosmo.

—¿Ahora qué?

Everett se asomó hacia dentro de la casa, sonrió, y miró por un instante a Cosmo.

—Tan solo disfruta del show.

Le dio unas palmaditas en el hombro y luego rodeó la casa hasta la puerta principal. Tocó el timbre. Cosmo se puso pálido, con la mirada fija sobre el lugar en el que había visto a Everett por última vez.

Nadie atendió así que tocó el timbre una vez más. Esperó. Nada.

Comenzó a golpear la puerta tan fuerte que parecía que la iba a derribar, y por fin la conversación de la pandilla se detuvo.

—¿Quién diablos...?

—Killer —canturreó Everett. Su voz lo suficientemente alta y grave para hacerse escuchar muy por encima de los altoparlantes—... ¿Estás en casa? Eva, tú no eres tan cobarde como tu hermano, ven acá; o puedes enviar a tu perro faldero, cualquier cosa sirve.

—Es ese cabrón —gruñó Eva.

Alguien más soltó una maldición, bajaron el volumen hasta que la música se volvió un susurro, y luego se escuchó que Everett reía. Cosmo tuvo un escalofrío.

—Apestan a miedo.

¿Podía oler algo así? “Coherencia” no era una palabra que Cosmo hubiera siquiera considerado para referirse a ese Everett; “rareza” y “locura” eran más adecuadas, sin embargo, tampoco consideró nunca abandonarlo ahí para volver a casa. Sus pies estaban pegados al suelo, que de pronto parecía estar vibrando.

Escuchó un estruendo y la puerta principal salió volando, partida por la mitad y esparciendo sus partes por un lejano pasillo. Killer maldijo y Eva

gritó. Mientras, Everett se encontraba inexpresivo al entrar en la estancia. La voz en el estéreo cantaba sobre muertos vivientes.

Thomas fue el primero en arrojarle una botella a Everett que este ni se molestó en esquivar. ¿Se volvió fantasma por un segundo? La botella se estrelló contra una pared tras él. Maldiciones, ajetreo, golpes al aire que no conectaban contra nada. Cosmo se preguntó cuánto tardarían los vecinos en levantarse de la cama para llamar a la policía, pero cuando miró hacia atrás todo estaba tranquilo, como si el caos no existiese o cual si la casa de Killer estuviese rodeada por un velo que impedía a terceros oír lo que pasaba dentro.

Cosmo dio un respingo cuando un chorro de sangre cubrió de lado a lado el cristal de la ventana. El temblar del suelo se apoderó de él. Parpadeó. Se incorporó lentamente para mirar hacia dentro, y se quedó congelado.

Hasta entonces había permanecido mirando al vacío, adivinando lo que pasaba por medio de lo que oía, y por eso lo que vio entonces no parecía realidad.

Apenas un flash de la escena quedó impreso en su mente para luego desaparecer cubierta por el humo negro de la incredulidad.

En la estancia tan solo estaba Everett, dando vueltas de un lado al otro, doblado por el estómago mientras se cubría la cara con ambas manos. Había salpicones de sangre sobre el piso y los muebles, y Cosmo podía oír los gritos de la pandilla de Killer proviniendo de algún lugar demasiado cercano, como si los tuviese enfrente pero no lograrse verlos.

No podía distinguirlos, pero estaban ahí: frente a los ojos de Everett, encerrados en sus palmas, aplastados por el terror.

Gritaban tan dolorosamente que Cosmo sintió pena. Estuvo a punto de rogarle a Everett que se detuviera cuando escuchó a Killer gritándole. Luego Eva, y luego Thomas.

—¡Lo lamento!

—Cosmo, lo sentimos.

—Nunca quise hacerte daño.

Cosmo parpadeó y los tres aparecieron ante sus ojos, golpeando la ventana, arañando el cristal, mirándolo con ojos rojos que no paraban de llorar, desorbitados; estaban golpeados, sangrando, sus voces roncas y extrañas, llenas de desesperación, sin dejar de aullar por piedad. Detrás,

Everett continuaba dando vueltas.

Cosmo retrocedió, intercambiando la mirada entre los mellizos y su perro faldero. Con total certeza supo que sus sentimientos eran honestos; por lo menos, la parte en que gritaban con tal vigor y alarma lo era. Lo demás era mentira. No estaban arrepentidos ni lo estarían nunca. Entonces, ¿por qué insistían? Sencillo, por miedo.

Algo peor que la muerte y el lejano espacio donde Dioses violentos esperaban a sus presas para volverlas locas tan solo con una palabra les había orillado a humillarse pidiendo clemencia y perdón a alguien a quien siempre habían tratado peor que a la mugre bajo sus zapatos.

—Perdónanos, por favor.

—¡Jamás volveremos a meternos contigo!

—Hombre, imírame! Cosmo, perdóname.

Se tragó las lágrimas y asintió, pero en realidad no los disculpó; porque una falsa cortesía merece la misma respuesta. Tan solo asintió porque no quería seguir viéndolos así. Una parte de sí sospechaba que, si los continuaba observando y escuchando, también él comenzaría a sumergirse en aquella pena ardiente que los consumía.

Una carcajada como tos se escapó de los labios de Everett. Se dio la media vuelta y salió de la casa. La puerta volvió a su lugar, y Killer, Eva y Thomas continuaron gritando hasta que los dos se perdieron en la distancia.

## Capítulo 20

*Verano de 1980*

Cosmo siempre estuvo demasiado asustado para preguntar qué es lo que Everett les había hecho, pero se conformó con el misterio y latente trauma al notar que la pandilla jamás volvió a cruzarse en su camino.

Dos años más tarde ellos fundaron *The Mixtape*, y el Everett extraño se volvió un recuerdo cada vez más lejano.

Cosmo se enteró de que el temor que por tanto tiempo Killer, Eva y Thomas sintieron por Everett se transformó en puro desprecio cuando estos escucharon hablar de su banda. Como retribución, y demasiado resentimiento, el líder del trío fundó *Killer Nature*. Cosmo estaba seguro de que su ego se inflaba cada vez que sus álbumes tenían más ventas que los propios pero aquello poco le importaba, porque jamás le interesó conocer lo que pasaba en la vida de alguien que mantiene su rencor por casi una década.

¡Que se jodan!



## Capítulo 21

*25 de octubre de 1989, 11:50 p.m.*

Sin duda, aquella noche lejana de gritos y súplicas había sido dura y aterradora pues Cosmo nunca supo qué era lo siguiente que ocurriría. Justo así se sentía ahora.

En aquel entonces había perdido a una mascota que jamás había pensado en resguardar; después creyó desconocer a su salvador, y ahora sentía como si estuviese perdiendo a su mejor amigo.

Se revolvió entre las cobijas, como llevaba haciendo desde que se fue a acostar, con el ceño fruncido y los labios apretados para evitar echarse a llorar.

No quería seguir teniendo la sensación de que Everett se parecía cada vez más a alguien que no conocía. Tenía que hacer algo al respecto.

Cuando el sol despuntara por el horizonte una vez más, faltarían cuatro días para el *Glazed Festival*, y sabía que debía salvar a Everett antes de esa fecha.

Su corazón se lo rogaba.

Lo había dicho él mismo, ¿no es cierto? Era lo justo.

## Capítulo 22

*26 de octubre de 1989, 12:01 a.m.*

¿Musgo?

No.

¿Flores?

No.

¿Rocas?

No.

¿Palabras impresas en papel corriente?

¿Tiras de ropa rasgada?

¿Plástico deformado?

¿Brasas ardientes?

¿Más criaturas muertas o manos cubiertas de llagas?

No, no, no, ¡no!

¡Absolutamente no!

El rostro de su figura de adoración seguía envuelto en el misterio por más que la voz de la cinta le hablara, por más que esos sueños le acosaran por las noches, por más que él mismo intentase descifrar qué era lo que se ocultaba detrás del altar que desaparecía siempre con la llegada del amanecer, igual que en el primer sueño que la cinta le había provocado.

Ya no podía resistir más estos estúpidos juegos y, aun así, sabía que no debía rendirse tan pronto porque las puertas al mundo de la verdad se abrirían apenas supiera a quién debía consagrar su vida.

Sudando y con el aliento entrecortado después de haber deshecho la figura una vez más, se apartó algunos metros y se sentó justo enfrente, entre la gravilla y el césped. Dio *Stop* a la cinta, la rebobinó y volvió a presionar *Play*. La música era diferente.

La mirada de Everett barrió el altar de piedra mientras escuchaba atentamente. Esta ocasión, la voz no apareció, y lo dejó esperando por

alguna otra pista que lo llevara más cerca de la respuesta que tan desesperadamente deseaba encontrar.

Esa maldita cinta le había prometido el ingrediente necesario para terminar de ser el Everett Verdadero, pero ¿por qué no se lo decía y ya? ¿Por qué tenía que guiarlo mediante emociones y corazonadas? No podía desentrañar la verdad de la cinta y eso lo volvía loco, le quitaba el sueño, lo agitaba y le obligaba a seguir luchando. Cuánto la amaba.

Suspiró, sin apartar la mirada del trono donde debía estar su figura de adoración. Así le llamaba a la escultura que había creado a base de cosas vivas y muertas, artificiales y naturales, que iba encontrando en el bosque y los edificios desde la primera vez que se topó con el trono de rocas.

Esta noche había intentado crear una forma humanoide que estuviese sentada de brazos cruzados sobre el trono, creada a base de ramas, hojas, y una manta a rayas deshilachada que había encontrado por pura suerte; todo iba tomando forma, como siempre lo hacía, hasta que Everett tenía que poner algo en el lugar del rostro.

Todo tenía sentido y todo se sentía correcto hasta que llegaba a ese punto: el rostro.

¿Qué apariencia tenía su Dios?

Nada de lo que había colocado sobre los hombros de todas las estatuas anteriores parecía pertenecer ahí realmente, y siempre le sacaba de quicio estar tan cerca para luego ser abandonado a su suerte. Destruía todo con tal rabia que parecía que nunca nada había ocupado lugar en el trono.

Gruñó y se tumbó de espaldas para mirar al techo y las estrellas. El césped bajo su espalda estaba frío y mojado, y rocas afiladas se le incrustaron en la carne, pero Everett decidió ignorarlo todo. Cerró los ojos.

Había venido tantas veces a la orilla del bosque porque, aparte de intentar concebir finalmente a su figura de adoración, acá podía practicar y experimentar con sus sentidos mucho más fácil que al estar confinado en su habitación porque, además de preguntas y promesas, escuchar la cinta le había brindado un asombroso control de su cuerpo, como le había presumido a Markie aquella mañana.

Abandonó todas las sensaciones que impactaban sobre su piel y sentidos para tan solo concentrarse en el olor. Pronto el mundo tomó forma de espirales, puntos y esquinas de colores a lo lejos, que fluctuaban, temblaban, y luego se quedaban quietas por apenas instantes. Distinguió el aroma de depredadores y presas, de animales observándolo y retoños nuevos brotando bajo tierra húmeda, ocultos entre la arboleda, hediondos

a deseo, vida, y esperanza.

Descubrir nuevos olores siempre le traía una extraña paz.

Se quitó los audífonos y dejó que los sonidos de la lejanía lo llevaran a un estado entre la alerta y la despreocupación. Pensó que era curioso lo que uno podía lograr si se dejaba llevar tan solo un poquito; de todos modos, la devoción imposibilitaba el sentido común, por lo que abandonar las limitaciones era tan solo una inevitable consecuencia.

Solía recorrer el bosque de un extremo al otro sin apenas cansarse, no bebía ni comía nada por días, y aun así se sentía listo para luchar contra el mundo entero.

Sí, la cinta era buena para él, a pesar de lo demente que lo volviera y de lo extraña que fuese.

Lentamente, le estaba dando todas las respuestas.

Everett soltó un gemido, abrió los ojos y se incorporó. ¡Eso era! La cinta le obsequiaba esos dones y pistas conforme las iba mereciendo, lo que significaba que aún no estaba totalmente listo para ver a Dios a los ojos. ¡Por supuesto! ¿Qué más, si no?

Se lo había sugerido desde un comienzo: Dios era la clave, como quiera que fuese, donde quiera que se encontrase, si Everett le rendía su vida, no tendría que volver a preocuparse de nada en lo absoluto.

—Ya estás entendiendo.

A un metro de distancia, entre él y su figura de adoración, vio una copia de sí mismo que se encontraba sentado tal cual Everett: era un reflejo que hablaba a voluntad.

—Aún tengo muchas preguntas —se quejó Everett.

—Igual que yo.

—Estoy confundido, pero me siento confiado.

—Tal como yo. ¿De qué te preocupas?

—Todo saldrá de acuerdo al plan, ¿no es cierto? El nuevo ritual... Eso es lo que me preocupa.

—Vigila a Cosmo.

—¿Cosmo?

—Es un chiquillo perdido —la copia se alzó de hombros—. En esta vida no verá a Dios.

—Yo podré hacerlo, ¿verdad?

—Vigila a Cosmo —repitió—. Han de asistir al *Glazed Festival*, muriendo esperanzados y renaciendo desesperados.

—Los demás... ¿Qué hago con los demás?

—Ponlos de tu lado.

—¿Fuiste tú quien me envió la cinta?

—No.

—No, ¿eh?

—Markie... Él escuchó algo en la cinta, ¿no es cierto?

Everett asintió.

—Dijo que no, pero yo lo sentí. Escuchó algo. ¿Podrá él ver a Dios?

—Depende de él.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Porque soy tú.

Entonces Everett entendió que, desde el comienzo, él había tenido todas esas respuestas.

Se puso de pie y su copia desapareció cual vapor.

Everett caminó hacia el trono de rocas y comenzó a limpiarlo, tranquilo y centrado. Cuando terminó captó un olor muy a lo lejos, y lo que lo confundió fue que ella nunca se sentía de esa manera.

Gaby apestaba a nostalgia.

## Capítulo 23

*Otoño de 1977*

Siempre había odiado ser tan perceptiva con esas cosas.

En parte creía que su repudio hacia su propia habilidad “sobrenatural” había nacido de las miradas duras y constantes castigos de los que había sido víctima en el internado, La Mano de la Misericordia, donde pasó la mayor parte de su infancia.

La otra razón era que siempre se veía metida en problemas que, al final del día, no valían la pena. La gente a la que ayudaba nunca se lo agradecía; o terminaban siendo unos egocéntricos que se olvidaban de ella tan pronto tenían la oportunidad, o sucumbían ante la tragedia, solo capaces de volver a verla en el otro mundo.

No es que pudiese mover cosas con la mente o prenderles fuego a las personas con apenas pensarlo, o que tuviese la capacidad de ver fantasmas o dimensiones alternas. La habilidad de Gaby era mucho menos compleja. Quizás, incluso, tan solo se tratase de mala suerte.

Se lo había explicado a sus padres cuando ella estaba en cuarto grado, diciendo que siempre se veía atraída a personas que estaban pasando un mal rato o que estaban a punto de ahogarse en su miseria.

—Igual que si un hilo apareciera entre esa persona y yo, y, aunque no trate de seguirlo, siempre termino al lado de esa persona —había dicho, con las miradas curiosas de sus padres sobre ella.

Aún años después seguiría explicándolo de la misma manera: “un hilo que me acerca hasta el caos, hacia la desdicha”.

Había conocido a Everett gracias a ese hilo.

Tenía catorce años y era ya su cuarto año atrapada entre las garras de La Mano de la Misericordia, donde aprobaba las clases con las notas más bajas, se metía en peleas de palabras (de las cuales siempre salía victoriosa) con otras chicas porque siempre se reían de ella apenas entraba en un salón de clase, y aprovechaba cada oportunidad que tenía para fugarse de la institución.

El internado para señoritas estaba rodeado por una barda de concreto de dos metros de altura y uno y medio de grosor, y tenía un alambre de púas en espiral sobre la misma como si el internado fuese una prisión intentando mantener a sus reas dentro. Las profesoras y supervisoras, todas ellas Hermanas devotas, aseguraban que era para que ningún tipo

raro entrara a la propiedad, pero Gaby sospechaba que las chicas como ella tenían parte de la culpa: siempre molestas, siempre cuestionando, siempre al borde de escaparse y causar un escándalo para el cual la institución no estaba preparada.

Gaby había prestado especial atención a la manera en que la vigilancia se disponía a lo largo de la escuela porque, a pesar de que había ingresado por voluntad propia creyendo que estando más cerca de la bondad y gracia de las Hermanas, su hilo se debilitaría, la verdad es que la educación ahí dentro no era en nada como la había imaginado. Las Hermanas veían a todo lo que no fuese rezar y estudiar con malos ojos.

Gaby sabía que no todas las personas religiosas eran así, pero icómo le enfadaba! Quiso abandonar la escuela tras haber pasado apenas su primer año allí, pero lo único que la mantenía dentro era el programa de música de tan alta calidad que no encontraría nada parecido en ningún otro lugar a kilómetros a la redonda.

Tras estudiarlo por algunas semanas, se dio cuenta de que el lugar donde había menos vigilancia tenía que ser el más obvio: los dormitorios de las Hermanas, ipor supuesto! Nadie custodiaba lo que jamás era sospechoso.

Pasaron otro par de semanas hasta que Gaby tuvo una técnica infalible para salir y volver del instituto sin ser atrapada. Aquella noche helada lo hizo a la perfección.

Se deslizó por una de las paredes posteriores del edificio donde las Hermanas dormitaban tan pacíficamente y, cuando se encontró entre la pared y la barda, buscó los enormes contenedores de basura que le servían para escalar hasta la cima. Tras varios intentos pudo ponerse de pie sobre el muro, sorteando con cuidado el alambre de púas para que este no se atorara con sus pantalones o con la cobija que llevaba atada al cuello cual superheroína.

Caminó unos pasos hasta un árbol y se colgó de una de las ramas. Se balanceó hasta llegar al tronco del árbol y lo usó para deslizarse hasta el suelo. Soltó un quejido al caer y resbalar sobre el césped húmedo. Al levantarse se sacudió la suciedad de encima con ayuda de la luz de la luna, entonces, sus pies siguieron el camino que ya conocía tan bien, sin pensar. Su cobija ondeaba a su espalda y tenía el cabello pegado a la frente entretanto su aliento se le escapaba en forma de densas nubecitas.

Debido a que La Mano de la Misericordia se encontraba sobre una pequeña colina, sus alrededores estaban llenos de arbustos y enredaderas que se atoraban en los tobillos y obligaban a andar con más cuidado. Más de una vez Gaby sintió diminutas patas caminando sobre su cuello, y mosquitos y arañas atacaron su piel expuesta; pero a pesar de haber cruzado aquel camino tantas veces, no se lograba acostumbrar a la hostilidad del aire

libre.

Si uno se adentraba más al sur, justo a una docena de metros de donde Gaby estaba, no había nada más que árboles y oscuridad. Su lugar favorito estaba allí: un punto perfecto entre la barda y la oscuridad, donde la tierra y los arbustos formaban una cueva en donde apenas cabía ella. Así le gustaba.

Era acogedor y le permitía escuchar con total claridad a los autos que pasaban al otro lado del bosque, a los aventureros perdidos en medio de la nada; e imaginar la libertad le daba la energía suficiente para soportar otra larga semana dentro del internado.

Se detuvo al lado del árbol dentro del cual escondía sus cigarrillos (contrabando pagado a uno de los conserjes a cambio de su mesada) y encendió uno mientras se acercaba a la cueva, sonriente. Ya todo estaba mejor, o eso creyó, hasta que vio un par de pies descalzos asomándose desde la cueva. Desde dentro provenían débiles sollozos.

—Mierda... —frunció el ceño.

No quería involucrarse, ¿qué le debía a ese extraño? Se dio la media vuelta para regresar por donde había venido, pero darle la espalda a alguien desmoronándose se sintió peor que luchar por conservar su tranquilidad intacta. Volvió a girarse.

—Mierda.

Se detuvo delante de la cueva y se puso en cuclillas, furiosa.

—¿Qué te pasa?

Dentro de la cueva no se podía ver nada. Gaby apenas podía ver los pantalones rasgados de quien se ocultaba dentro, pero de inmediato escuchó que los sollozos se detenían. Por alguna razón, eso la molestó más.

—¿Qué te pasa? No quiero volver a preguntar.

—Yo... —su voz era tan vacilante que Gaby apenas pudo entender—... tuve un mal sueño.

—¿Un sueño? ¿Acaso tienes seis años? —la posibilidad de haberse encontrado con un niño perdido le hizo tener escalofríos.

Sacó el encendedor de su bolsillo y lo apuntó hacia el fondo de la cueva. Se encontró con un chico sonrojado, con las mejillas, la frente y las palmas de las manos llenas de pequeñas heridas. Sus ojos estaban



inyectados en sangre como si hubiese estado llorando por horas, y el cabello dorado que flotaba detrás de sus oídos estaba vuelto un desastre igual que si alguien le hubiese dado la paliza de su vida. Llevaba puesto un pijama viejo y tiritaba cual perro callejero.

Quizás porque sintió pena, quizás porque no había visto a un chico de su edad en demasiado tiempo, quizás porque se sentía tan sola como ese idiota perdido; quizás por todo eso, Gaby se quedó sin habla. Su cuerpo solo deseaba quedarse ahí, escuchándolo llorar, sin hacer nada más que admirarlo. Un extraño pensamiento le cruzó la mente, asegurando que el ser al que las Hermanas rezaban con tanto fervor debía parecerse en algo a él: mallugado, desesperado, joven y tonto, aterrado de algo tan simple como una pesadilla.

—Me... Me caí —dijo, limpiándose la sangre en sus pantalones. Gaby siguió sus manos con la mirada, dándose cuenta de que sus rodillas también estaban llenas de raspones—. O, bueno, creo que me caí.

—¿Cómo que “crees”?

—Es que no lo recuerdo —volvió a romper en sollozos—. ¿Por qué...? ¿Por qué estoy aquí?

—Sal a la luz.

—No puedo moverme.

—Quiero verte mejor —dijo Gaby, tomándolo por la muñeca y haciéndolo temblar con más fuerza—. Toma mi cobija. Vamos, muévete, sé que puedes.

—No, me duele el cuerpo. No puedo. Por favor...

Gaby continuó tirando de su muñeca para acercarlo al exterior. El cielo esa noche estaba increíblemente despejado y la luz de la luna le permitiría verlo con mucha mejor claridad que con la inestable flama de su encendedor. Aplastó su cigarrillo contra una roca.

—Tranquilo, está bien —dijo, sin dejar de halarlo. Era tan débil como uno esperaría—. ¿Cómo te llamas? ¿Vives por aquí?

—Everett. Soy Everett, pero, por favor... —gritó adolorido—. En verdad no quiero salir de aquí, me duele. Gaby, ¡me duele!

La llama del encendedor se elevó y el cabello de Everett se crispó igual que el de un animal molesto, de sus heridas comenzó a gotear más y más sangre que antes ya se había coagulado, y sus ojos reflejaron una agonía inexplicable. Una ráfaga de viento golpeó a Gaby por el costado,

haciéndola caer sobre su lado izquierdo, llevándose a Everett consigo. El encendedor salió volando, dejándolos en una oscuridad nebulosa.

Everett gritó adolorido, maldiciendo, y se hizo un ovillo bajo la cobija de Gaby entretanto temblaba violentamente cual si le estuviesen quemando vivo; ella se incorporó tras echar un vistazo al cielo: enormes nubes grises habían arribado en compañía del viento que seguía agitándole el cabello y la ropa.

—Oye, ¿qué ocurre? ¿Qué es lo que te pasa? —puso sus manos sobre la espalda de Everett y este aulló con agonía. Gaby retrocedió—. ¡¿Qué te pasa?! ¡Háblame!

—Me duele... ¡Me duele, me duele! —chilló, enterrando el rostro en la tierra, pateando el suelo y enterrándose las uñas en el cuero cabelludo—. Todo duele. Mi cuerpo, mis huesos. Siento que mi sangre hierve y que mi cabeza explotará.

—¡Entonces deja de moverte!

Gaby notó que mientras más se quejaba Everett, el viento y las nubes se volvían más grandes e implacables; las hojas muertas y las ramas de árboles débiles eran arrancadas de tajo, rocas volaban en todas direcciones, y el aire avanzaba tan velozmente que Gaby sentía que no podía respirar.

—Tú... ¿Eres tú el que está haciendo esto? ¡Para! Detente, ¡lo estás empeorando!

—Te dije que no quería salir —gritó entre lágrimas—. Maldita idiota, te lo dije, te lo dije.

Gaby se arrojó sobre la espalda encorvada de Everett y este dejó escapar un grito siniestro, sacudiéndose para apartarla de encima, pero Gaby no cedió.

—Tienes que dejar de moverte.

—¿Qué está pasando?

—¿Cómo mierda voy yo a saberlo? Sólo... Sólo cálmate, ¿sí? Va a dejar de doler, lo prometo.

Everett apretó los labios, sin parar de llorar, pero tras un minuto dejó de azotarse contra la tierra. Sus temblores hacían que Gaby perdiera el balance. Sus sollozos la hacían sentir que tenía que arrancarse los tímpanos. Poco a poco el cuerpo de Everett se destensó. Sus manos soltaron su cabello, sus articulaciones se aflojaron, y sus músculos

perdieron fuerza.

Las violentas ráfagas de viento cesaron y el cielo se despejó, permitiendo al solitario ojo de la luna mirarlos nuevamente.

Gaby se incorporó, arrodillándose al lado del cuerpo tembloroso de Everett, que se daba la vuelta lentamente para descansar de costado. Su rostro volvía a estar enrojecido, y ahora la parte frontal de su pijama estaba llena de lodo.

Tenía muchas cosas en la cabeza, pero Gaby solo pudo hacer una pregunta:

—¿Cómo supiste mi nombre?

Sin abrir los ojos y respirando bocanadas de aire sucio, Everett alzó una mano lentamente. Gaby la siguió con la mirada hasta que tocó su pecho directamente sobre su corazón.

## Capítulo 24

*Otoño de 1977*

Gaby dio un respingo cuando Everett se incorporó violentamente, poniéndose en cuclillas y dirigiéndole una mirada demencial que la atravesaba. Sus ojos eran dos diamantes en medio de la noche.

—¿Qué te...? —las manos de Everett se volvieron garras y Gaby soltó un quejido cuando le rasguñó la piel incluso a través del suéter que traía puesto—. ¡Oye! Quítate de encima.

Los párpados de Everett desaparecieron detrás de las cuencas y de su boca se asomaron caninos afilados cual navajas, bañados de saliva que súbitamente le cubrió hasta la barbilla, cayendo en pegajosas gotas sobre el lodo.

Sin darse cuenta, Gaby comenzó a lagrimear. De su boca salió un gemido apagado.

Everett la lanzó hacia el suelo con una fuerza que no podía ser suya y Gaby creyó que la mataría enterrándole las fauces en la garganta, pero Everett se impulsó hacia delante, saltando sobre ella. Un maullido distante de advertencia le taladró los oídos y de inmediato se escucharon lamentos, seguidos de un sonoro *crack*.

Se quedó viendo las estrellas por demasiado tiempo mientras intentaba entender qué estaba ocurriendo.

Oyó chasquidos, mordidas, cuero desgarrándose, y luego los chillidos se detuvieron.

Parpadeó.

Eso que se escuchaba, ¿eran gruñidos? Alguien estaba comiendo, devorando, teniendo un festín a sus espaldas.

—¿Everett? —murmuró, incorporándose, sin pensar.

No obtuvo respuesta.

Vio su espalda a tres metros de distancia. Estaba encorvado y la cobija había caído a su lado, manchada de un líquido negro.

—¿Qué haces?

Se le acercó dando pasos pausados, insonoros.

Everett se llevaba las manos a la boca constantemente entretanto los chasquidos resonaban en la cabeza de Gaby. Mientras más se aproximaba, más dudas la llenaban.

Esto era una pesadilla, ¿no es cierto? Uno de esos sueños extraños que los más alienados tienen cada que su mente se aburre de lo cotidiano. Deseaba que fuera un sueño, rogaba porque así fuese, pero el frío le susurraba que esto era la realidad; el terror bajo su piel se lo gritaba, y el olor a sangre lo confirmaba. Nena, no estás soñando.

Imposible. Tenía que ser mentira.

Se arrodilló tras Everett y abrió la boca creyendo que entonces sabría qué decir. Silencio.

Chasquidos, mordidas, jadeos.

Alargó una mano hacia Everett sin notar que estaba tiritando y, en cuanto lo tocó, él se congeló como si Gaby hubiese presionado un botón. Todo se detuvo y Everett volvió en sí. Se echó hacia atrás y retrocedió a gatas rápidamente, gritando y llorando tan fuerte como antes.

—¿Qué? ¿Qué es? —dijo Gaby, y entonces lo vio.

El rostro de Everett estaba cubierto de sangre y sus manos sostenían trozos de carne desgarrada que salpicaba por igual su barbilla y mejillas, entre sus dientes había restos de tejido rojo.

Se apartó antes de que Everett le llenara los zapatos de vómito.

—¿Qué diablos...?

La mirada de Gaby volvió hacia el frente, encontrando el cadáver sangriento de un gato de mediano tamaño cuyo pelaje antes blanco ahora estaba completamente manchado de rojo. La piel de su vientre estaba abierta y dejaba ver sus intestinos y estómago. Un charco de sangre le rodeaba. Sus ojos miraban al infinito.

Gaby se dio la media vuelta y cayó de rodillas el momento en el que el vómito le subió por la garganta.

¿Qué mierda estaba pasando?

Al escuchar los lamentos de Everett tuvo más náuseas. ¿Quién era ese jodido chico? De pronto todas las historias de hombres lobo y diablos

sentimentales le parecieron demasiado auténticas.

Se apresuró a ponerse de pie. Solo quería volver a la cama y olvidarse de todo esto.

Cuando comenzó a caminar, apartándose, sintió que Everett la tomaba por el tobillo, de nuevo con un agarre débil y tembloroso.

—Ayúdame —murmuró—. Tengo miedo. Ayúdame, por favor.

—No me toques —gritó Gaby, sacudiéndoselo de encima, y retrocedió hasta donde ya no la pudo alcanzar—. Maldito loco.

—Lo siento —sus lloriqueos eran patéticos—. Lo siento, pero... Por favor... Por favor...

El hilo le rogaba que se quedase, pero Gaby siguió retrocediendo. Logró darse la media vuelta antes de que la mirada de Everett lograra convencerla.

—Gab...

—¡No vuelvas a venir por aquí!

Echó a correr ignorando el vacío en su pecho y la manera en la que Everett repetía sin parar "tengo miedo".

## Capítulo 25

*Otoño de 1977*

Pasó dos días intentando convencerse de que todo había sido producto de su imaginación, pero la tercera noche volvió a salir del internado para ponerle fin a esas escenas de pesadilla que la acosaban cada vez que parpadeaba. Tenía que verlo con sus propios ojos: ver que no encontraría a ningún chico perdido, que no se toparía con ningún gato descuartizado, y entonces tendría la certeza de que nada había sido real.

Caminó hasta la cueva, con la linterna que le había robado a su amigo conserje en mano, y se asomó dentro. Su corazón palpitaba violentamente contra su pecho. Los sonidos del bosque esa noche le parecieron salvajes y temibles; cualquier cosa saldría desde detrás de los árboles para arrastrarla consigo y jamás dejarla volver a ver la luz del día.

No recordaba la última vez que se había sentido aterrada. Ni siquiera creía que alguna vez el mundo la hubiese asustado tanto como para hacer que deseara tener a alguien cuidándole la espalda.

Dentro de la cueva no había nadie.

Al prestar más atención, no escuchó sollozos ni lloriqueos, y comenzó a alegrarse. Todo iba bien.

Se incorporó para echar un vistazo a su alrededor.

Al principio no notó nada fuera de lo común. Estuvo cerca de lograr convencerse de que nada había pasado, cuando, a tres metros de distancia, vio que la tierra estaba removida entre los arbustos. La linterna casi se resbala de entre sus manos.

Sus pies la arrastraron hasta el montón de tierra cubierta sospechosamente con ramas y hojas muertas. Se susurraba a sí misma lo mucho que esto no podía ser verdad porque seguro todo era una coincidencia y ningún chico de nombre Everett había destazado a un gato con sus propios dientes.

—Es mentira —decía, escarbando con las manos—. No vas a encontrar nada ahí abajo.

Lo único que podía hacer era negar con la cabeza y seguir escarbando.

Quiso gritar cuando sus dedos se tocaron con una manta llena de manchas marrones: sangre seca. Envuelto en la cobija estaba el cadáver

del gato. La humedad lo había hinchado, dentro de sus entrañas crecían larvas, e insectos paseaban entre su pelaje sin prestar atención a la chica ante ellos que lagrimeaba por el hedor.

Entre arcadas, Gaby volvió a enterrar el tesoro, deseando que jamás nadie lo fuera a encontrar.

—¿Qué haces?

Gaby gritó y se giró en redondo, creyendo que lo que veía ante sí era un espectro, una ilusión, una criatura que deseaba parecerse a los humanos, todo a la vez, pues una linterna apuntando directo a sus ojos la cegaba.

Al ver con más cuidado, se dio cuenta de que se trataba de una niña rubia, su cabello casi blanco, vestida con su pijama y una chaqueta demasiado grande para ella. Debía tener unos seis años.

—Pequeña —susurró Gaby, con la respiración agitada—, ¿qué haces aquí?

Una niña en medio del bosque. Todo esto era demasiado.

—Tú ¿sabes lo que le pasó? ¿A mi Comandante? —dijo, sus ojos bien abiertos y su voz demasiado aguda.

—¿Perdona? —dijo Gaby, y sacudió la cabeza cuando notó que la niña lloraba—. Acércate un poco. Tú... ¿Puedes volver sola a casa?

—Fue Everett, ¿no es cierto? No puedo encontrar a mi Comandante por su culpa, ¿verdad?

Gaby retrocedió por instinto y negó con la cabeza.

—¿Cómo es que lo conoces?

—Dime lo que le pasó a mi Comandante.

Su mirada era la de una chica adolorida, cansada, dispuesta a rendirse apenas la vida así se lo indicara, y Gaby no pudo armarse de valor para darle las malas noticias.

La voz de una mujer gritó desde la lejanía:

—¡Joy!

Un hombre le siguió:



—¿Dónde te has metido?

La niña frunció el ceño con desilusión y salió corriendo antes de que Gaby pudiese decir nada más. A lo lejos escuchó pasos, voces alegres y preocupadas, y luego el bosque volvió a quedar en silencio.

Gaby soltó un suspiro sin siquiera saber qué era el vacío que sentía detrás de la cabeza, enterrando su rostro en sus manos sucias hasta que el frío insoportable de la medianoche la arrojó devuelta a los brazos del internado. Jamás se había sentido tan a salvo dentro de La Mano de la Misericordia como cuando volvió a su habitación esa noche.

## Capítulo 26

*Otoño de 1977*

Despertó habiendo descansado apenas un par de horas y maldijo la fecha en el calendario: el quinto día de cada mes se daba una conferencia para todas las alumnas del internado, en donde las Hermanas daban noticias, boletas, y anuncios relacionados con el programa de estudios. Hubiera hecho un drama mientras se vestía y caminaba hasta el anfiteatro, pero estaba demasiado ocupada reviviendo los recuerdos de hace varias noches (y de hace unas horas) como para preocuparse por nada más.

—Por favor, niñas, no se levanten de sus asientos —dijo la Hermana que se encontraba en el podio, e hizo una seña a lo lejos, después de dar el cierre a la lección—. Antes de que vuelvan a sus clases, tenemos un anuncio importante. Nuestra invitada apreciaría mucho su atención.

—¿Invitada? —murmuró una chica al lado de Gaby—. ¿Quién crees que sea esta vez?

—¿A quién le importa?

—Ya, pero ¿no te parece raro? Siempre que tenemos invitados las Hermanas hacen un gran alboroto con semanas de anticipación y nos piden que mostremos nuestros mejores modales. Nunca tenemos invitados sorpresa.

Gaby soltó un suspiro, mirando a sus propios zapatos.

—De nuevo: ¿a quién le importa?

—Oh... ¿Qué rayos...?

—¿Ahora qué?

La chica hizo un gesto hacia el podio y Gaby volvió la vista al frente; desde detrás del escenario apareció una Hermana con gesto serio, tomando de la mano a una pequeña que debía tener seis años, tan rubia que su cabello parecía blanco, vestida con ropas color pastel, y sonrojada por el llanto. En su manita libre llevaba un cartel cuyos garabatos Gaby no pudo distinguir, pero eso apenas importaba porque reconoció a la chiquilla.

Era la niña con la que se había topado en el bosque.

Gaby palideció.

—Que me jodan...

—Vamos, está bien —dijo la Hermana, cediéndole el podio a la niña—. No estés nerviosa.

La pequeña se colocó ante el micrófono, decidida a pesar de no poder dejar de llorar. Se hizo el silencio más escalofriante en el teatro. Pánico se formó en el pecho de Gaby.

—... Hola —dijo, y todas las alumnas le respondieron al unísono. Su vocecilla daba tanta pena como ternura—. Mi... Mi nombre es Joy. Hace unos días mi gato se perdió. Como vivo cerca de aquí, mis padres dijeron que podía pedirles a las Hermanas y sus alumnas ayuda para encontrarlo.

Su voz temblaba. Gaby comenzó a negar con la cabeza cuando Joy desdobló el cartel que traía consigo, revelando una foto del gato que Everett había descuartizado, pero ahí estaba vivo, feliz, sentado sobre un sofá con un montón de juguetes a su lado.

El mundo alrededor de Gaby comenzó a dar vueltas. Se puso de pie, tomándose la cabeza con las manos.

—Gabriela, ¿a dónde vas? ¡Oye!

—Su nombre es Comandante Cupcake y en serio lo quiero —continuó Joy—. Y... Yo rezo todos los días. Siempre le pido a Dios que me cuide a mí y a mis padres... Pero, quizá porque olvidé a Comandante Cupcake en mis oraciones, quizá por eso se perdió. Aunque... Si las Hermanas y ustedes me ayudan a encontrarlo, me aseguraré de rezar por él también.

Gaby se apresuró a salir del teatro, mareada y tambaleándose, y siguió escuchando a Joy hasta que se encerró en uno de los sanitarios más lejanos.

—Por favor, ayúdenme —había dicho—. Por favor, tengo miedo de que algo le pase.

*Tengo miedo.*

*Tengo miedo.*

Gaby se encerró en una de las cabinas y vomitó su almuerzo en el excusado, sintiendo cómo su carne ardía contra la cerámica helada. Al irse a lavar la cara notó que se había puesto pálida como un cadáver. Negó con la cabeza, pues en lo último que quería pensar ahora era en la

muerte.

Sentía como si se encontrara en un plano muy lejano al de la realidad a pesar de haberse mojado la cara varias veces. Escuchó que la puerta del baño se abría e intentó cobrar compostura, pero cuando alzó la mirada su corazón comenzó a latir a toda velocidad. Retrocedió hasta chocar con la pared que estaba a sus espaldas.

—Eres tú —dijo él, echando el seguro tras de sí—. No hay nadie más aquí, ¿verdad, Gab?

—¿Everett...? —dijo Gaby, sintiendo un escalofrío. Quiso retroceder aún más cuando notó que él se le acercaba—. ¡Ayuda! ¡Ayu...!

—No, no grites —dijo, cubriéndole la boca con las manos—. Te lo puedo explicar todo.

Gaby lo apartó de un empujón, haciéndolo perder el equilibrio, y le echó un largo vistazo. Lucía enfermo, fuese bajo la luz de la luna o ante las luces artificiales del baño; aunque, por lo menos, esta vez no estaba empapado de sangre. Era algo más alto que ella. Su cabello rubio ahora estaba bien peinado en una coleta. Iba vestido con jeans, zapatillas deportivas blancas, y una camiseta de *Black Sabbath*. Irónico, pensó Gaby, como para haberse colado en un internado religioso.

Lo que más la desconcertó fue que, de pronto, dejó de sentir miedo de él. Su postura encorvada y esquelética figura, sumadas sus profundas ojeras y su piel llena de acné lo hacían ver más vulnerable que peligroso. Y sus ojos, poética y tontamente, habían cautivado a Gaby desde la primera vez.

—Mataste al gato de esa niña —gruñó, volviendo a la realidad—. ¡Te escucho!

—Lo siento —susurró Everett—. Siento que te encontraras conmigo esa noche, lo lamento en verdad.

Gaby guardó silencio. La mirada de Everett subía y bajaba, sin saber si lo hacía por nervios o por entusiasmo; de todos modos, ¿por qué verla le entusiasmaría?

—Sé que no te causé una buena impresión —soltó una risita—. En todo caso, ha sido la peor primera impresión que jamás he dado, pero me hiciste sentir seguro.

—Te abandoné.

—Me abandonaste solo después de lo que le hice al gato, no te juzgo por ello. Antes de eso me quisiste ayudar, y eso me dejó una buena impresión de ti. Sé que eres una buena persona, así como supe tu nombre.

—Sigo sin entender a qué viniste.

—Quiero pedirte un favor.

Gaby abrió mucho los ojos. Lo sabía, pensó, isabía que era mejor darme la vuelta y no entrometerme!

—Sé que no tengo el derecho de pedirte nada en lo absoluto, pero, te lo ruego. Solamente quiero que guardes el secreto, ¿podrías? —dijo Everett, y respiró hondo para armarse de valor. La verdad era que nadie le hacía sentir tan inquieto como Gab—. Verás, Joy es mi hermanita. Comandante Cupcake era el gato de la familia; debió seguirme cuando salí de casa aquella noche. Como fuera, te prometo que arreglaré todo.

—¿Cómo?

—Sé que todo saldrá bien si confías en mí.

—No sé si podré guardármelo.

—¿Crees en Dios?

—¿Eso qué tiene que ver? —dijo Gaby, frunciendo el ceño.

—Si no crees poder guardar el secreto por mí, hazlo por Dios. Si no crees en él, hazlo por mi hermanita —dijo, analizando algo más allá de la mirada perpleja de Gaby—. Ella reza por ese gato todas las noches y Dios no ha hecho nada por él, ¿no te parece triste? Escucho sus plegarias cada noche, igual que ese falso impostor todopoderoso que solo la ignora, pero seré yo el que haga algo al respecto.

Al no escuchar una respuesta, Everett dio un saltito y chasqueó los dedos al tener una idea.

—Dame diez, no; siete, ¡no! Cinco días. Veámonos donde nos vimos por primera vez dentro de cinco noches y, si no he arreglado todo para entonces, puedes dejar de guardar el secreto —dijo, y su voz se volvió un murmullo—. Oye, ¿Gab? Lo logre o no lo logre, prometo que, no importa cómo, o si me toma dos segundos o la vida entera, si me lo pides, haré todo lo que esté en mi poder para que olvides cada detalle de nuestro primer encuentro.

Gaby sintió que se ruborizaba mientras Everett hablaba.

—Con tan solo decirlo, me borraré de tu memoria.

—Guardaré el secreto —dijo Gaby. Tan solo quería dejar de escucharlo decir tonterías, a pesar de lo bien que sonaran—. No por ti, ni por tu hermana o Dios, sino por mí.

La mirada de Everett se iluminó y dio un salto hacia delante para abrazar a Gaby, quien se quedó congelada entre sus brazos.

—Gracias, Gab, ¡gracias!

—Tan solo no me llames Gab.

## Capítulo 27

*Otoño de 1977*

Había olvidado por completo decirle cómo había conocido a Joy, ¿no es cierto? Que su propia hermana sospechara que él era el culpable de una tragedia ya decía mucho.

¿Valía la pena citarse con él en medio del bosque, donde ya lo había visto asesinar a una criatura?

Quizá Joy lo culpaba porque ya había hecho locuras como estas un montón de veces, con un montón de mascotas, mientras sufría un montón de trastornos o como-se-llamaran.

Entre las paredes de la cueva, Gaby se estremeció y maldijo por lo bajo a Everett y a todo lo que tenía que ver con él. Estaba congelándose porque le había roto la única cobija que podía traer consigo a la intemperie, su interior gritaba de nervios, pero la parte más sensible de su mente ignoraba a la lógica diciéndole que Everett no era un mal chico, sino que solamente tenía tropiezos. Ella ayudaba a quienes tenían tropiezos.

—Si no acabo muerta, serás el último al que intente ayudar, imbécil.

Apagó su cigarrillo en la suela del zapato, siempre pensando en él.

Se levantó para estirar las piernas, dando un par de vueltas entre el árbol donde ocultaba el tabaco y la cueva, preguntándose constantemente si había llegado demasiado temprano o si es que Everett se había olvidado por completo de todo ese asunto. Quizás incluso ya estaba muerto y helado, aplastado por algún camión en la autopista; aunque Gaby no estaba segura de si la idea le agradaba o no.

A su espalda escuchó pisadas sobre hojas muertas y de inmediato se giró sobre sus talones, retrocediendo al tiempo que una figura encapuchada y sin brazos se acercaba. Esta noche no había podido conseguir la linterna, por lo que sólo se apoyaba en la luz de la luna para discernir la verdad entre la oscuridad; pero los nervios no la ayudaban.

—Allí estás —dijo el encapuchado. Era Everett, no sin brazos sino con algo entre ellos, envuelto como quien carga a un bebé—. Siento llegar tarde, ¿llevas mucho esperando?

—¿Qué es lo que traes contigo?

Un maullido le respondió. La mirada de Gaby buscó la de Everett, quien

sonreía al borde de las lágrimas.

—Te dije que lo arreglaría. ¡Confiaste en mí y funcionó!

Ahora quien acertó la distancia fue Gaby, hurgando entre la cobija mugrienta, con manchas marrones, solo para encontrarse con un gato idéntico a Comandante Cupcake, lleno de tierra y con zonas en su pelaje que parecían haber sido rapadas a la fuerza. La observaba con grandes ojos, inexpresivos, justo como en la foto que Joy había mostrado a todos.

Lo que la dejó más desconcertada fue el olor: ese maldito gato apestaba a muerte.

Giró sobre sí y buscó con la mirada los arbustos con tierra removida, donde Everett lo había enterrado hace ya una semana. Notó que no había nada raro en la zona: ni ramas rotas, ni césped arrancado u arreglos demasiado obvios que buscaban ocultar su crimen. De todos modos, se acercó, negando con la cabeza.

—Gaby...

—El gato sigue aquí —le interrumpió, escarbando con las manos—. Aquí lo enterraste, junto con una cobija igual a esa. No hay manera de que cuando escarbe no me encuentre con nada, ¿verdad?

Everett guardó silencio y Gaby cavó hasta que sus uñas se llenaron de barro y sus manos se enrojecieron al raspar contra raíces y rocas. Se detuvo y retrocedió, con los ojos bien abiertos. El cadáver no estaba. El gato que Everett traía en brazos era el verdadero Comandante Cupcake.

—¿Qué fue lo que hiciste? —gritó.

Everett dio un respingo.

Gaby se giró hacia él y lo miró, aterrada, sorprendida; tenía todo el derecho de enterarse de lo que había pasado y lo que estaba pasando, pero la verdad era que...

—Yo tampoco sé cómo lo hice —dijo Everett.

—¡Eres un cabrón imbécil si crees que me voy a tragar eso!

Se levantó, lo tomó por el cuello de la chaqueta y lo acercó hasta sí sin apenas pensarlo. La expresión de Everett reflejaba lo molesta que ella estaba, volviéndose sumiso y cauteloso. El gato maulló por lo bajo y Gaby lo mandó callar.



—Vine a este lugar después de que te vi perder la cabeza, después de estar aterrada por tu culpa y después de guardar tu pendejo secreto por lo que pareció una eternidad, ino me voy a ir sin que me expliques lo que pasa!

Everett tartamudeó, pero Gaby aún no terminaba.

—Trajiste de vuelta a la vida a un gato que destripaste con tus propios dientes —continuó, pronunciando cada palabra como si se lo explicase a un niño—. A menos que todo esto sea una broma en la que incluso se vio involucrada la purísima y santísima Mano de la Misericordia, no lo entiendo. Además, tu hermana...

—Mi familia sabe que hay algo raro conmigo, aunque —soltó una risita—, con solo verme uno puede asumir que no estoy del todo cuerdo, ¿no crees?

—No me hagas perder más el tiempo.

Everett se disculpó, miró a Gaby con cuidado y soltó un suspiro mientras se acercaba a la cueva para sentarse ante la entrada. Se acomodó al gato entre las piernas, cuyos ojos seguían todo movimiento pero no reflejaban más que expectación. Everett hizo una seña para que Gaby se sentara a su lado.

—Tienes razón —dijo—. Es una larga historia y no tenemos toda la noche, aunque me gustaría que así fuera.

Esas dulces palabras, pensó Gaby, ahí estaban de nuevo. Gentiles susurros que la hacían sentir débil e impotente, y que probablemente no tendrían ese mismo efecto si alguien además de Everett las hubiese pronunciado. Se sentó a su lado y miró en otra dirección para que no notara que se había sonrojado.

—Tú has tenido pesadillas, ¿no?

—Como cualquier otra persona.

—Sí —sonrió Everett—, es algo demasiado humano: el miedo hacia algo que solo puede ser real en nuestras mentes.

—La noche en que nos conocimos dijiste que tuviste una pesadilla, ¿las tienes a menudo? ¿Por eso eres tan raro?

—Son algo mucho peor que solo un mal sueño —hizo una mueca y miró a su alrededor—. ¿Recuerdas esa sensación, después de que despiertas de una terrible pesadilla? Esa sensación de vacío y desamparo que te recorre

todo el cuerpo y no te permite pensar. ¿La has sentido?

Gaby asintió, sin querer decir que él se la había provocado.

—El mismo sentimiento me acompaña días o incluso semanas después de tener una pesadilla. Despierto sin poder pensar, sospechando que el mundo a mi alrededor sigue siendo un lugar extraño que solo busca atacarme o hacerme daño —explicó, y buscó la mirada de Gaby—. No pienso ni actúo como yo mismo, igual que aquella noche. Terminé haciendo cosas extrañas y, cuando todo acaba, tan solo me percaté de las consecuencias.

—Entonces, ¿ya habías hecho algo como esto? ¿Te perdías en el bosque y devorabas animales?

—Nunca había matado, si a eso te refieres —echó otro vistazo a su alrededor, deteniéndose por varios segundos en el horizonte—. Había venido aquí antes, sí, consciente e inconscientemente; y jamás había importado tanto hasta que te conocí.

—Supongo que tampoco tienes idea de qué causa las pesadillas.

Everett se removió incómodo e intentó tranquilizarse jugueteando con Comandante Cupcake, que respondía a sus provocaciones mecánicamente. Gaby no toleraba mirar al gato por más que un par de segundos.

—Algunos doctores han dicho que puede deberse a ansiedad o estrés, pero... —se alzó de hombros—... Sé que esa no es la razón.

Consideró contarle la historia de su primer ataque; pero al final, solo soltó un suspiro.

—Pareciera que las cosas que hago tras mis malos sueños son aleatorias y sin sentido, pero una parte de mí sabe que pasan por una razón —su mirada se endureció y Gaby notó que su cuerpo dejaba de moverse—. Hay veces en las que mi miedo es tal que el cielo y la tierra se alteran a mi alrededor. He destruido mi hogar, amenazado a mis padres, herido a Joy, y, aun así, sé que todo tiene sentido de una u otra forma.

—El papel del mártir —Gaby rio sin sonreír—. Ahora somos dos.

Pensó en ese hilo que la había terminado atrayendo al bosque aquella noche, y la mirada de Everett volvió a la realidad, iluminándose, con una sonrisa brillante.

—¡Justo así! —dijo, asintiendo. ¿Gaby había dicho algo en voz alta?—. Tal

como instrucciones del destino o una mierda parecida.

—¿Gracias a eso nos conocimos?

—¡Sí!

—Qué asco —rio Gaby.

—En cuanto a Cupcake —continuó Everett—; ni nuestro hilo ni el destino me dieron ninguna pista de cómo arreglar lo que había hecho, y durante los pasados cinco días no pude hacer nada más que preocuparme. De todos modos, sin haber encontrado una solución, me presenté aquí y rogué a su cadáver para que volviera a la vida antes de que tú llegases.

Suspiró y murmuró: “Es todo”.

Gaby tomó su cabeza entre sus manos. El hilo era de nuevo el culpable de todo y ahora había encontrado a alguien también consciente de que algo así guiaba sus vidas: dos jóvenes malditos, destinados por siempre a encontrarse con la miseria, ¡qué vida!

Las almas gemelas, si esa idiotez siquiera existía, ¿no se encontraban siempre de formas similares a esa? Esto no podía ser bueno.

—Por extraña y demente que sea tu confesión —murmuró Gaby—, se siente bien creerte.

Everett sonrió y el esplendor de las estrellas palideció ante él.

Traía a muertos a la vida, alteraba al cielo y la tierra con su humor, la hacía sentir tan tranquila como aterrada, su propia familia lo tachaba de demente; ¿quién diablos era Everett, en realidad? Nadie era normal, pero él estaba en un nivel completamente diferente: incomprendido, abandonado, venerado, temido, querido, igual que...

—Fue magia pura, ¿no crees? —dijo, acariciando la frente de Cupcake—. Volvió del otro lado porque se lo pedí.

—Qué talento —gruñó Gaby.

Ahora Everett podría arreglar las cosas con su hermanita y dejar a Gaby sola, ¡perfecto! Salvo que ella no quería que Everett se fuera de su lado tan fácilmente. Le brindaba calor y compañía física, y sentarse ahí por horas a su lado sonaba tan bien como una bien orquestada cita; pero emocionalmente, y quizás eso era lo más importante, Everett era el único que la comprendía en su totalidad. Gaby admitía que era una sensación que entró a su cabeza a la fuerza, pero, ya que lo pensaba, tener a alguien que fuese un poquito más extraño que ella se sentía bastante

bien. Además, Everett le gustaba. Su locura, su solidaridad, su torpeza y aquella tonta mirada le gustaban; por cómo la vida antes de conocerlo había parecido insignificante Gaby sabía que sus sentimientos eran auténticos. Claro que era estúpido y ridículamente exagerado, pero el corazón nunca mentía, ¿no es cierto? Su amor no podía ser otra cosa que verdadero. ¡Así lo había querido su hilo, su destino!

Oh, Gaby, cuán afortunada.

Oh, Gaby, cuán condenada.

—Me prometiste algo —dijo.

Tomó a Comandante Cupcake y lo depositó con cuidado entre ambos, mientras Everett la miraba con curiosidad.

—Quiero que lo cumplas.

—¿Qué...?

Con el ceño fruncido Gaby lo asió por las mejillas y lo besó, cerrando los ojos porque verlo fijamente la hacía temblar. Al separarse, Everett se inclinó hacia adelante, con una mirada tonta, soñadora.

—¿Gaby?

—No digas nada —dijo, con voz tenue y rasposa—. Me lo prometiste: hazme olvidar esa noche. Dame una buena impresión, tan buena que me haga olvidar todo lo demás sobre ti.

Everett la rodeó con los brazos, sintiendo que flotaba, olvidando todo el temor que alguna vez había residido en su mente. Gaby susurró:

—Demuéstrame que ese hilo no se equivoca.

—No lo hace.

Mientras más lo besaba, más claro era el regusto a sangre en su lengua.

## Capítulo 28

### *Tiempo después*

Meses después de haberse estado viendo a escondidas en el bosque, se volvieron pareja, y las pesadillas, así como los episodios violentos de Everett, disminuyeron.

—El hilo tuvo razón, ¿no? —decía él, su alegría brotando con cada noche de sueño que recuperaba—. Me trajo hasta ti porque eres la única que pudo entenderme, Gaby.

—Gab. Puedes llamarme Gab, está bien.

Y “Gab” estuvo bien durante años porque era la manera en la que su alma gemela la llamaba. Cada vez que escuchaba ese apodo recordaba el amor incondicional que Everett le profesaba y lo segura que ella se sentía estando a su lado. Era la única persona a la que había ayudado que había valido la pena.

Everett había sido el primero en decir “te amo”, pero Gaby estaba segura de que ella lo había amado a él desde mucho antes.

Cuando formaron *The Mixtape*, las pesadillas de Everett desaparecieron por completo pues ahora la paz que le brindaba Gaby se multiplicaba al tener a Markie y Cosmo, creando la única cosa que le había mantenido optimista durante tanto tiempo: la música.

Un año más tarde las cosas dejaron de funcionar entre ambos por la súbita atención que tuvo la banda; debían practicar, componer, grabar, e intentar no hartarse del arte en el proceso. Apenas les quedaba tiempo para verse entre sí de manera romántica, así que Gaby decidió terminar con todo. Le mintió a Everett y a los demás, e incluso a sí misma, diciendo que ya no lo amaba y que había cosas más importantes de las que preocuparse ahora.

Everett dejó de llamarla Gab.

Se sintió a partes iguales tranquila y celosa al ver cómo Everett seguía sin caer en las pesadillas, pero sabía que, tiempo después de que *The Mixtape* muriera y de que el mundo los olvidara, Everett volvería a ella porque así lo dictaba su hilo.

## Capítulo 29

*26 de octubre de 1989, 5:57 a.m., y para siempre*

De pie ante la puerta de la habitación de Everett, Gaby rozó sus labios con la yema de los dedos. Podría haber jurado que el beso que habían compartido hace tantos años había trascendido tiempo y espacio, persiguiéndola hasta el presente.

Tocó el picaporte suavemente, con ojos bien abiertos.

—Everett, pase lo que pase, sigo siendo tu Gab. Haré todo para hacer que el terror desaparezca.

Abrió la puerta en silencio y se quedó petrificada en el umbral al ver un bulto bajo las cobijas: Everett dormía plácidamente, dándole la espalda. Se giró y gimió, abriendo perezosamente un ojo al haberla encarado.

—¿Gaby? —su voz era profunda y sonaba confundido—. ¿Pasa algo?

—Juro que... Juro que escuché cómo salías de la casa hace un rato.

—¿Por qué saldría en medio de la noche a un bosque helado?

Gaby vaciló. ¿Lo había imaginado? ¡Un rayo de esperanza! ¿Everett en realidad estaba bien?

—Estás... —se sacudió—. ¿Has tenido una buena noche?

—Sería mejor si te tuviera conmigo.

El corazón de Gaby comenzó a latir de la misma manera en que lo hacía años atrás, y Everett lo escuchó, alegrándose al oír lo que ella pedía.

—Déjame descansar a tu lado —susurró Gaby, metiéndose bajo las cobijas—. Tan solo por un momento.

La nostalgia de Gaby olía a lodo y ámbar; al abrazarla, su corazón latió con enamoramiento, haciendo que el alma engrandecida de Everett temblara de emoción. Mientras ella se perdía en el sueño, le susurró algo al oído.

—Te quiero, Gab.

Algo que Everett jamás le contó, es que Comandante Cupcake falleció una segunda vez bajo su mano, y entonces nunca lo pudo traer de vuelta.

## Capítulo 30

8:04 a.m.

Después de todo, ¿dónde quedaba Markie?

Sabía que se había enamorado de él en algún momento del año anterior, sin embargo, ahora que estaba acurrucada con Everett, pensar en cualquier otra cosa o persona que no fuese él, se sentía casi doloroso. Aquí, a su lado, el mundo no existía ni merecía hacerlo.

Cada vez que su mente se desviaba a lo que había sentido alguna vez, en algún momento, quizás en un futuro remoto o en otra vida sin sufrimiento, tan inocentemente por Markie, la imagen de Everett aparecía para detenerla de vagar demasiado lejos; y es que Everett era al único al que jamás había amado de esa manera, como si cada latido y lágrima que había producido hubiesen sido gracias de la misericordia del buen Everett, rey de reyes.

"*Sé sincera, Gab*" parecía decir la imagen de él detrás de sus párpados, que gobernaba su corazón. "*¿En verdad me amas?*"

"*Inmensamente*" respondía ella, entre sueños.

"¿Qué pasa con Markie?"

"*No deseo que habite en mi corazón*" rogaba Gab. "*Eclipsa su existencia.*"

Y la conversación se repetía sin detenerse, mientras el amor terso y honesto que sentía hacia Markie se desvanecía bajo la obsesión del destino que uniría para siempre las vidas de ella y Everett.

En el lugar en que batallaban sus corazones, solamente existían sensaciones que imposibilitaban a Gab libre movimiento, apresada con gusto entre los brazos de su primer y único amor.

En el lugar en que batallaban sus corazones, ella no podía hacer más que observar. En el centro de su propio ser, estaban ellos, entretanto Gab los veía desde una distancia, incapaz de acercarse.

Markie, suave y dulce, cual tiernas rosas que no tenían intención de luchar.

Everett, voraz y absoluto, cual llamas que devoraban sin dar tregua al oponente.

Las rosas, junto con sus cálidos pétalos y espinas, se chamuscaron bajo el fuego del verdadero amor. Las llamas se avivaron y quemaron todo a su alrededor y Gab no pudo hacer nada al respecto, porque así eran las cosas entre las almas gemelas.

Parpadeó. Abrió los ojos.

Allí estaba Everett, contenido y limitado, observándola con ojos somnolientos y una tonta sonrisa sobre los labios. Gab le acarició una mejilla.

—¿Quieres bajar a comer algo?

Everett tomó su mano entre las suyas y la besó. Después de un momento asintió.

Al bajar por las escaleras Gab se preguntó por última vez "*¿Qué pasa con Markie?*", antes de olvidarse por completo del asunto.

En su corazón, bajo las llamas, quedaban brillantes raíces que jamás se irían.



## Capítulo 31

*10:03 a.m.*

Una parte de sí no reconocía a quien estaba sentado a la mesa frente a él. La otra, le sonreía desesperadamente.

La noche anterior se había prometido hacerles ver a todos lo mucho que Everett estaba cambiando, pero ahora parecía el mismo de siempre, haciendo chistes, diciendo tonterías, y hablando de lo emocionado que estaba por el *Glazed Festival*.

Algo dentro de sí le decía a Cosmo que llevar a Everett al festival como si no pasara nada sería un grave error, pero sus ojos y oídos lo contradecían. Quizás había exagerado. Esa era la explicación más viable. Ni Markie ni Gab notaban nada raro, e incluso seguían sus conversaciones sin problemas.

Igual que siempre.

Todo estaba igual que siempre y eso le consolaba más que nada. Everett no había cambiado.

## Capítulo 32

*10:04 a.m.*

Everett sonrió mentalmente cuando escuchó cómo las palpitaciones de Cosmo cambiaban de un ritmo alterado a uno constante, de tranquilidad y esperanza. ¡Se lo había tragado! Y no sólo él sino también Gab y Markie. ¿Quién hubiera pensado que unas simples sonrisas harían cambiar de parecer a quienes ya pensaban lo peor de ti? La angustia era verdaderamente un sentimiento insoportable, y los humanos se aferrarían de inmediato a cualquier señal que contradijera la realidad que les disgustaba, por diminuta que fuese.

De cualquier manera, por fácil que hubiera sido, tenía que mantener la fachada por algunos días más para asegurarse de que no se perderían el festival.

## Capítulo 33

*11:05 p.m.*

Momentos antes de comenzar el concierto de esa noche, notó que Cosmo le miraba como si tuviese algo en mente que no sabía cómo decir.

—¿Qué tanto me ves, chaparro?

Cosmo rio y se alzó de hombros. Después de vacilar por unos segundos, habló.

—Verás, anoche... Anoche, por alguna razón, pensé mucho en Austin. Sobre cómo yo lo salvé y tú me salvaste a mí —sonrió—. ¿Tú lo recuerdas? ¿A Austin?

—¡Pero claro que lo recuerdo! Cada vez que te veo, lo veo a él.

*Era muy tarde para Cosmo.*

—Pequeño...

*No podría ver a Dios en esta vida.*

—Gracioso...

*No se había entregado.*

—Valiente.

*Se negaba a la realidad.*

—Y muerto —pensó.

## Capítulo 34

*27 de octubre de 1989, 2:20 p.m.*

Dejó de creer en Dios después de que Comandante Cupcake muriera una segunda vez, y se mudó de casa de sus padres apenas cumplió los dieciséis años porque jamás dejaban de hablar de Everett.

No les guardaba rencor por hacerlo pues, en cierto sentido, lo entendía. Estaban orgullosos de Everett, lo entendía; estaban preocupados por Everett, lo entendía. Sin embargo, por su propia salud, Joy tenía que estar en un lugar donde no hablasen de *The Mixtape* cada dos conversaciones. ¿Es que no podían ver que le hacía mal?

Desde su nacimiento, todo lo que hacía Joy se veía opacado por los problemas de Everett, por las pesadillas de Everett, por los talentos de Everett. Ella era una buena hija, nunca se metía en problemas, rara vez se portaba mal, y aun así toda la atención siempre caía en su hermano.

Creó que eso cambiaría cuando él se mudase a casi el otro lado del país con sus compañeros de banda, pero mamá continuaba llamándolo a cada rato y papá compraba constantemente mercancía de la banda, mientras Joy vivía en silencio a sus espaldas.

Debido a Everett, a lo largo de su infancia tuvo varios incidentes que dañaron su estabilidad emocional, dejándola con secuelas con las que probablemente viviría por el resto de su vida, pero gracias a esto sus padres recordaban que ella también tenía sentimientos. Y, en verdad, ambos eran excelentes padres, pero a veces parecían olvidarse del infierno que vivió por culpa de Everett, lo hubiese hecho él consciente o inconscientemente.

Al no tener pesadillas, seguro, era un gran hermano mayor. Cuando eran niños le gustaba cepillar el cabello de Joy, jugar con sus muñecas, y contarle historias antes de dormir; y, cuando visitaba casa, siempre le traía obsequios costosos y le preguntaba por su vida. ¿Y tus amigos? Nunca tuve, todos creen que soy igual a mi loco hermano. ¿Tienes novio? No juegues. ¿Qué clase de música te gusta? La odio. ¿Irías de viaje conmigo? Antes, muerta.

Claro, Everett lo intentaba, pero los primeros recuerdos que Joy tenía de él eran de dolor y maldad pura. Cuando quería volver a confiar, Everett tenía otro ataque y volvía a lastimarla, y Joy pronto aprendió a no fiarse de su palabra o disculpas. Cuando dejó de tener ataques, ya era muy tarde; era imposible para ella confiar en alguien que la había herido tanto

apenas cruzaban miradas.

No quiso nada que tuviera una relación con él desde que aprendió a pensar por sí misma. Sus "lo siento" no curaban sus heridas ni recuperaban su sanidad.

Aquí y ahora, en su diminuto hogar, el único indicio de que Everett era su hermano era una foto familiar que los Jackson se habían tomado ya hace mucho tiempo. Mamá y papá sonreían dulcemente, en el centro; a la derecha estaba la pequeña Joy de ocho años, con mirada seria y fría. Una calcomanía de girasol cubría el rostro de Everett.

Al ver la foto, Joy frunció el ceño y salió de casa.

## Capítulo 35

9:09 p.m.

Se paseó por el apartamento después de llegar del trabajo, dejó sin revisar su contestador, se dio una ducha, y se fue a la cama no porque tuviera sueño sino porque recostarse se sentía como lo más correcto tras un largo día de siempre hacer lo mismo.

Su habitación estaba desarreglada y, su cama, hecha un desastre como siempre. Sin pensarlo, se recostó y abrazó una almohada. Había días en los que dormía demasiado y noches en las que dormía muy poco, pero un mal horario de sueño era normal para Joy. Muchas veces la idea de que las pesadillas y los Ataques Tipo Everett fuesen algo hereditario la mantenía despierta, pero hasta ahora no había sufrido de nada parecido. ¿La razón? Ella no era en absoluto especial como el gran Everett, y en realidad le gustaba ser una chica promedio pues todo lo extravagante siempre le terminaba recordando a...

No valía la pena darle tantas vueltas a lo mismo.

A lo lejos, en la sala, escuchó cómo una taza se caía y se hacía añicos. Pensó que la había dejado muy cerca de la orilla, pero un maullido le negó esa posibilidad.

Joy se levantó lentamente y caminó a la estancia. Vio que algo saltaba entre las sombras. Se apresuró a presionar el interruptor.

Casi cayó de espaldas al ver al invitado paseándose sobre la mesa de centro, con ojos grandes y perlados.

—¿Comandante?

## Capítulo 36

*28 de octubre de 1989, 8:21 a.m.*

Everett había despertado junto con el sol, pero no había querido abandonar su cálida cama.

Llevaba un rato girando el casete verde entre sus dedos, mirándolo, mientras sus pensamientos estaban demasiado lejos en tiempo y hasta en distancia. ¿Cuándo se había levantado para tomarlo? Tampoco importaba.

Ahora que lo pensaba, una sensación parecida a la que sentía cuando tocaba y escuchaba la cinta se había apoderado de él en un lejano diciembre de su niñez, cuando tenía siete años.

## Capítulo 37

*Invierno de 1971*

Papá lo había dejado solo en casa para ir al hospital y cuidar de mamá, que sufría de complicaciones por el embarazo de Joy, su futura hermanita.

Era la primera vez que Everett se quedaba solo en casa.

Desde que papá cerró la puerta detrás de sí había sentido el cuerpo envuelto por una retorcida libertad; luego, cuando se fue a preparar algo simple de merienda, se preguntó si todo saldría bien con mamá, y entonces el inevitable pensamiento de perderla hizo que se le fuera el apetito.

Cerca del atardecer papá telefoneó a casa para decirle que pasaría la noche en el hospital. ¿Por qué? No es nada grave, aseguraba, con voz temblorosa. Le pidió a Everett que no se preocupara, que fuera a dormirse temprano, y que no olvidara cepillarse los dientes.

Everett pasó largo rato pegado al auricular después de que papá se hubiera despedido y colgado, mirando al vacío, sin pensar. Cuando reaccionó la casa ya estaba cubierta de sombras. Del exterior venían sonidos raros; lejanos motores demasiado ruidosos, voces de vecinos que no tenía, chillar de insectos que seguro invadirían la cocina y se meterían bajo cada mueble y repisa si no corría a cerrar las ventanas ya mismo.

Algo muy parecido a fiebre helada le impidió dormir cuando se metió por fin a la cama, tras haber encendido la radio. Los ruidos de afuera eran tan malos como el silencio de adentro, y la música alegre que tocaban aquellos hippies con guitarras de moda era lo suficientemente buena para acompañarlo hasta el amanecer.

Dio vueltas sobre su cama constantemente, pensando sin concebir nada, hasta que los ruidos del exterior también se volvieron silencio.

Era una noche tan oscura como lo era fría, y Everett estuvo siempre a punto de gritar cuando creía que el reloj había dejado de moverse, tan solo para sorprenderlo siempre transcurridos sesenta segundos, dándole de inmediato otro agonizante plazo para volverse loco.

Pasada la medianoche escuchó algo como uñas rasguñando con delicadeza la madera de su puerta y, entonces, el reloj sí que se detuvo. La música de la radio se volvió estática, ¿o es que llevaba ya horas así?



Un rápido pensamiento le hizo creer que el espíritu de mamá, cuyo cadáver yacía en una cama de hospital, había venido para llevárselo porque el más allá era en realidad increíblemente solitario; pero se dio cuenta justo antes de echarse a llorar de que no había reconocido los pasos de mamá acercándose a la puerta, ni los de papá, así que quien repiqueteaba y rasguñaba no podía ser nadie que conociera. Aun así, la presencia no se le hacía del todo extraña.

Se deslizó fuera de la cama sin parpadear, mirando siempre la puerta. Al abrirla una oleada de familiaridad e inquietud le nubló los sentidos. Tenía ante sí una sombra que le doblaba el tamaño, apenas humana, cuyo contorno temblaba como humo queriendo escapar hacia el cielo. Saludó a Everett y este hizo lo mismo sin pensarlo.

Tuvieron una charla larga sobre nada mientras la sombra se paseaba por la casa y Everett le seguía, mirando todas sus curvas y esquinas, siempre a punto de descubrir su rostro, pero nunca lográndolo.

Al llegar a la sala de estar, pequeña y muy amueblada, la sombra le pidió que se sentara en el sofá con un ademán de lo que parecía su mano, para luego entretenerse jugueteando con los libros de mamá, los vinilos de papá, y los futuros juguetes de Joy. Recordarla le hizo tener un montón de preguntas. Antes que nada, ¿cómo es que sabía su nombre? Papá y mamá ni siquiera sabían el sexo de su segundo bebé, pero ahí estaba Everett, consciente de que sería una niña rubia como él, de mirada fría, tez pálida, risa suave, que odiaría a su hermano mayor tan pronto tuviera conciencia de lo que eran los sentimientos.

Se removió en el sofá, abrazando un cojín.

—¿Por qué sé todo eso? —preguntó al aire, teniendo la sospecha de que la sombra lo sabría.

—Mamá y Joy están bien —contestó, con voz rara, alzando el último vinilo que papá había comprado: *Master of Reality*, de una banda llamada... ¿Intentaba decirle algo con aquello? Luego, lo dejó sobre el cristal del tocadiscos—. Estarán bien, siempre.

—¿Cómo lo sabes?

—No tengo idea —dijo, y se rio.

Everett sintió que se le escapaba el aire. Miró hacia el reloj colgado en la pared, cuyo segundero permanecía estático, y la sombra volvió a hablar.

—¿Quieres quedarte un rato más conmigo?

Las palabras quedaron atoradas en el pecho de Everett que, con el corazón acelerado, vio a la sombra pasar a través de él. De inmediato cayó inconsciente.

Despertó días después, recostado sobre una cama de hospital, con vendas en la cabeza y una migraña y aletargamiento ensordecedores. Cuando estuvo lo suficientemente estable para pedir una explicación, mamá y papá aparecieron, con un bebé en brazos. ¡Joy tenía trece días de haber nacido! Everett se hubiera alegrado de no haber sido por la confesión siguiente: él había estado perdido desde entonces.

## Capítulo 38

*Invierno de 1971*

Sus padres le dijeron que, después de llamarlo varias veces para chequear cómo se encontraba y decirle que todo había ido perfecto con el parto, no había respondido. No era el tipo de niño que dejara en el olvido las atenciones de sus padres por puro capricho, y es por eso que volvieron a casa tan pronto el hospital dio de alta a mamá. Pero a pesar de que la puerta y ventanas estaban cerradas y aseguradas, Everett no estaba en casa. Tras buscarlo y no hallarlo, reportaron el caso, pero tampoco hubo suerte.

Diez días más tarde, Joy, que típicamente dormía sin problemas desde las siete de la tarde hasta el amanecer del próximo día, rompió a llorar a medianoche; gritaba como si algo la estuviese lastimando, su carita roja como una cereza, y pataleaba y manoteaba contra el aire para alejarse de quien sea que le provocase tan amargo sueño.

En cuanto mamá se levantó para atenderla, escuchó golpes viniendo desde la planta baja. Llamó a papá, y cuando este bajó a revisar se encontró con Everett en la sala de estar. Se golpeaba la cabeza contra un muro hasta hacerse sangrar.

—¡Es Everett! —gritó, alterado y aliviado.

Se acercó a él llamándolo por su nombre, preguntando por qué hacía aquello, y fue cuando reparó en que su hijo tenía la mirada perdida como si no lo estuviera escuchando. Llevaba el mismo pijama de siempre, ahora desgarrado. Tenía rasguños por todo el cuerpo, así como moretones. ¿A dónde había ido para terminar así? Le vio las manos desnudas y los pies descalzos, miró una vez más su ropa. Todo él estaba limpio, desgarrado y magullado, sí, pero limpio; como si no hubiera abandonado nunca la casa.

Con un nudo en la garganta lo apartó de la pared. Bajo sus dedos sintió los rígidos músculos de Everett que apenas le permitieron sentarlo sobre el sofá.

—¿Everett? ¿Everett? —dijo papá, tocándole la frente y pasando su mano frente a sus ojos, sin obtener reacción alguna—. ¿Me oyes?

Mamá ahogó un grito al ver a Everett enrojecido, casi inconsciente, y muy quieto. Ese no era su Everett. Traía a Joy entre brazos, quien no había dejado de llorar. Se colocó al lado de su marido, en cuclillas, y le bastó un

vistazo para decir:

—Trae el auto.

Lo llevaron al hospital. Everett nunca reaccionó, pero cerca de la mañana siguiente pudo moverse y hablar por voluntad, aunque no decía nada lógico ni actuaba como solía hacerlo. Intentar hacer que entrara en razón era imposible pues siempre contestaba con frases entrecortadas, se ponía violento sin razón, o lloraba entre sueños que nunca explicaba a nadie. Era como si luchara por tomar posesión de su propio cuerpo después de haberlo perdido por accidente.

Los médicos explicaron a sus padres que todo aquel espectáculo, desde escaparse de casa hasta herirse a sí mismo, podía estar relacionado con el shock de tener una hermana menor, pero toda aquella palabrería no los convenció. Conocían a Everett lo suficiente como para darse cuenta de que lo que sea que había pasado con él no tenía que ver con nervios o envidia hacia Joy, pero tampoco podían explicarlo de manera que tuviera sentido.

Al treceavo día ya volvía a ser el mismo de siempre, sin consciencia de lo que había pasado.

Dejaron el hospital tras numerosos exámenes y con igual número de futuras citas médicas para verificar su progreso.

No mencionó la sombra a nadie. ¿Por miedo? ¿Por vergüenza? Jamás estuvo seguro. De todas maneras, desde esa visita que desencadenó las pesadillas que le marcarían de por vida, la sombra le siguió desde entonces en sueños y visiones, acosándolo y aterrorizándolo, siempre lo suficientemente lejos para que Everett no pudiese ponerle rostro a su torturador. De igual manera, la sombra jamás volvió a hablarle.

## Capítulo 39

*28 de octubre de 1989, 8:22 a.m.*

Años después, se fue, pero ahora la sombra volvía.

Giró el casete sobre sus dedos una vez más.

La sombra, ¿seguía siendo una sombra? ¿Le seguía dando miedo? Sí, claro que sí, y absolutamente no.

Lo único que Everett quería era hallar una respuesta, cada vez más clara y difusa con cada canción que la cinta verde tocaba.

Se colocó los auriculares y presionó *Play*.

## Capítulo 40

5: 05 p.m.

Murray siempre había creído que Everett era especial, no porque fuese divertido y fascinante, sino porque tenía talento. Al final del día, eso era lo que siempre importaba por encima de cualquier otra cosa en un gran artista; más que el esfuerzo o la disciplina, uno tenía que haber nacido con la chispa del virtuoso.

¡Oh, Everett, gran Creador!

Pero, de nuevo, Murray jamás había creado nada más que soporte monetario para *The Mixtape* desde las figuras de barro que hacía en sus clases de Arte en la secundaria. Reprobó esa materia, a sorpresa de nadie.

Durante su juventud, no se preocupó mucho por lo que vendría en un futuro, como ningún chico lo hace. Durante su adultez, creyó que algo pronto se le ocurriría. Entonces, cuando cumplió treinta y siguió envejeciendo sin parar, la imagen de él muriendo sin dejar una huella memorable en el mundo comenzó a aterrarle. ¿Qué había plantado en su pasado que pudiera cosechar ahora? La realización de que tenía una existencia vacía comenzó a consumirlo vivo.

En 1984, sin embargo, por coincidencia o debido a la gracia del máximo Creador, Murray se topó con un álbum EP titulado *Goodbye*, de una banda que lo cautivó al minuto: *The Mixtape*. Apenas cinco canciones más tarde, con la aguja del tocadiscos volando sobre el disco de vinilo, Murray corrió a llamar al sujeto que le vendió el álbum; y una semana más tarde ya estaba charlando con los integrantes de la banda cual fanático con una gran visión para su futuro. ¡Tenían que tenerlo a su lado!

Murray aceptó su oferta de ser el "mánager provisional" de la banda hasta que estos encontraran a alguien "perfectamente apropiado". Con esfuerzo y talento, Murray se convirtió en ese mánager perfecto que los chicos necesitaban, y rápidamente se transformó en el quinto miembro de *The Mixtape*: aquel que se encargaba de usar el cerebro en lugar del corazón.

Desde que escuchó la primera canción, Murray quiso dedicarle su vida entera a la banda así que cuando el primer álbum, *Set it on Fire*, en el 85', fue lanzado al público, Murray supo que esperar tanto tiempo por su rol en la vida no había sido una pérdida de tiempo, pues él había hecho posible aquella publicación.

Un año más tarde se enteró de que *Killer Nature*, aquella banda para los que no tenían ni buen gusto ni mucho criterio, fue fundada. Rápidamente

superaron el éxito que *The Mixtape* tenía en la escena del *thrash metal* con creces, aunque eso no les afectó demasiado a Everett y los demás, lo que le sorprendió, porque sabía lo mucho que Cosmo había sufrido por el mismísimo Killer.

Murray era el único que no creía que se merecieran tan poco aprecio por parte del mundo, y ahora, como un nuevo hombre renacido bajo las líricas de *Goodbye*, Murray se decidió a hacer que *The Mixtape* superara hasta a los más grandes en el género, no importaba cuánto tiempo le tomase.

Tuvieron un tour de dos años con el primer álbum, mayormente acompañados de otras bandas poco conocidas, y en 1988 lanzaron el segundo: *Dead doG*, una maravilla compleja y brutal que voló de los anaqueles europeos cual pan caliente. Murray se dio cuenta de inmediato que allí estaba su público, así que sugirió a Everett y el resto que el tour del siguiente álbum (que ya estaba en proceso por la enorme cantidad de ideas que tenía la banda) se centrara en Europa y sus gélidos países.

Así nació el *Rotten Hearts Tour*, del álbum *Rotten Hearts*, tercera obra de la banda y, en humilde opinión de Murray, su absoluta obra maestra.

—¡Qué maravilla! —había dicho al oírlo, y todo el que lo escuchaba (y que tenía un poquito de buen gusto) no podía más que estar de acuerdo.

Murray planeó un sencillo pero estratégico recorrido para *Rotten Hearts Tour*, en donde la banda se presentaría noche por noche en grandes estadios tan solo para continuar en locales reducidos con el fin de complacer a oyentes veteranos tanto como a los nuevos.

Había intentado hacerlos entrar al *Glazed Festival* desde el lanzamiento del primer álbum, pero siempre los rechazaban porque “ya tenían bandas suficientes”. Era una injusticia, sí, pero no había nada que él pudiera hacer al respecto más que resignarse y volver a intentarlo el año próximo; por lo que la llamada de Lidia cayó a sus pies como un pedazo de estrella fugaz.

—No he podido localizar a Killer o Eva desde hace días —había dicho, después de un cordial pero agitado saludo—, y he de confirmar su participación en el festival con su presencia en la ciudad.

Murray había guardado silencio.

—¿Puede *The Mixtape* reemplazarnos mientras tanto?

—¡Claro que podemos!

Eso había pasado hace ya más de una semana, y hoy Lidia volvía a llamarlo tan solo para confirmar que *Killer Nature* se echaba para atrás

definitivamente.

Lidia era una de esas chicas que todo mundo conocía desde la preparatoria, hábil con las palabras y dura con sus propuestas; consideraba a Murray como un amigo y rival, pero parecía que ni ella soportaba por mucho tiempo a los músicos a los que manejaba. A veces decía que les conseguiría a alguien más como mánager, pero Killer siempre respondía a esta amenaza aumentándole el sueldo y comportándose como un chico bueno por algunos días. Murray se había enterado de boca de la misma Lidia de algunos chismes jugosos de Eva o Thomas, e historias que más bien parecían inventadas sobre Killer.

Pero, a final de cuentas, era una mujer que se tomaba en serio su trabajo, y Murray confiaba en ella más que en nadie en la industria.

—He llamado a los jefazos encargados del festival —dijo Lidia—. Esperan con ansias la participación de *The Mixtape*, así que no lo arruinen.

—Nos amarán, ya lo verás —dijo Murray, pero pausó al escuchar un suspiro apagado del otro lado de la línea—. ¿Alguna señal de tus chicos?

—Nada.

—Quizás están de viaje.

—Hables de drogas o de carreteras, no se me escaparán —gruñó—. Apenas los encuentre presentaré mi renuncia.

Murray rio, le deseó suerte, y se despidió. Si se quedaba demasiado tiempo en la línea, el secreto sobre el nuevo ritual probablemente se le terminaría escapando como un chisme más que contar. Esto tenía que guardarlo muy bien en nombre de la banda, en nombre de Everett, pues una oportunidad así jamás volvería a aparecer, y era seguro que con esto el éxito de *The Mixtape* opacaría el de cualquier otro artista durante muchos años por venir.

Colgó y descolgó el teléfono y marcó a uno de esos jefecillos que movían hilos en el festival, mientras revisaba con cuidado el pronóstico del clima en la televisión.



## Capítulo 41

10:52 p.m.

Salió a pasear en bata y pantuflas, pues una caminata ligera antes de acostarse siempre lo hacía dormir como un bebé.

Abandonó el lobby del pequeño hotel y anduvo con paso tranquilo por la acera, observando los edificios, los peatones, y a los perros callejeros que iban y venían. Tenía la suficiente carne sobre los huesos para no preocuparse por el frío hasta que fuese insoportable, pero sí que le divertían las miradas de los locales que, con gruesas chaquetas y mitones, apenas podían dejar de temblar, mientras que él iba casi en pijama y sin ninguna molestia.

Cruzó miradas con un hombre grande, grueso y barbudo, tan poco arropado como él mismo, y Murray de inmediato notó la camiseta de *The Mixtape* bajo su chaqueta de cuero. La señaló, sonriente.

—Buena banda, ¿no?

—¡Excelente banda! —exclamó el sujeto, con fuerte acento—. Estuve en uno de sus conciertos —parpadeó—, aunque, el cantante actuó extrañamente.

—Típico de los músicos —rio Murray.

—Parecía traer algo entre manos.

—¿Algo como un plan?

—¡Oh, sí! Un plan misterioso.

Murray rio entre dientes, ¿es que Everett tenía planeado un nuevo ritual desde el comienzo de este tour? Como un genio artístico, seguro tenía todo calculado inconscientemente. ¡Con mayor razón su presentación en el *Glazed Festival* debía ser impecable!

—¿Usted qué piensa? —dijo el sujeto.

—Yo creo —dijo Murray, dándole unas palmaditas en el hombro—, que *The Mixtape* pronto nos sorprenderá.

Sonriendo, se dio media vuelta y volvió al hotel, donde tuvo una noche de sueño estupenda.

## Capítulo 42

*29 de octubre de 1989, 6:57 a.m.*

*«El Jurado grita  
"¡es lo que mereces!"  
El Jurado grita,  
mientras tú...»*

Pensar más allá del miedo se le hizo imposible cuando escuchó el timbre del teléfono. Miró a la derecha y vio el aparato empotrado en la pared. Con eso su casa volvió a la Tierra, los pasillos retornaron a su lugar, las habitaciones dejaron de moverse, y la radio enmudeció, pero *El Jurado* seguía gritando desde el fondo de su cabeza como un veneno que ya era parte de su sistema tal como el oxígeno que le inflaba los pulmones.

Eva detuvo su carrera en seco, casi tropezando con el cuerpo de Thomas tirado en el piso en posición fetal, pues se había negado a volver a moverse desde...

Killer vio hacia una ventana. Ahí estaba el cielo, anaranjado, brillante, cálido, normal. Su mirada retornó al teléfono entre pausas y lo descolgó un momento antes de que la otra línea colgara.

—¿Killer? —chilló el auricular—. ¡¿Killer?! ¿Eres tú?

—Soy... yo.

—¿Dónde diablos se han metido? Llevo días buscándolos sin cesar como una idiota sin que ustedes siquiera me den una señal de vida aunque sea por pura cortesía, ¿qué carajos pasa?

Killer parpadeó.

—¿Quién habla?

—¿Me estás jodiendo? —gruñó. El auricular se alejó de la boca del interlocutor y se escuchó un suspiro, luego volvió a hablar—. Soy Lidia, tu mánager —hizo énfasis en esta palabra—. ¿Estás drogado?

—No... No sé.

—Como sea. La han cagado, y la han cagado en grande. ¿Alguno de ustedes imbéciles recuerda el festival al que debían asistir?

¿Festival? ¿Música? Se encogió sobre sí mismo y se apartó del teléfono. Eva y Thomas se colocaron a sus lados, como hipnotizados, e igual de

temerosos, para escuchar el enfurecido regaño de Lidia.

—¿Ni siquiera vas a responderme? ¡Cabrón! Por su desaparición he tenido que cancelar esa presentación, y ahora los reemplazará *The Mixtape*. ¿Están felices?

No escuchó nada claramente además del nombre de aquella banda endemoniada que en una vida lejana había despreciado, pero a la que ahora temía más que a nada en el mundo.

En un segundo vio a Eva, cuyos ojos habían recuperado su color natural y cuyas ampollas y llagas habían sido borradas de su piel, y se dio cuenta de que detrás de su mirada no existía nada; su hermana ahora era igual a una muñeca vacía, rota. Thomas no tenía ya marcas en pies ni manos, pero continuaba temblando, observando el infinito con arrebatada intensidad, entretanto sus labios se esforzaban por formular disculpas que la sombra acosadora mantenía atadas al fondo de su garganta. Y se vio a sí mismo y quiso morir. Tenía manchas de sangre, lágrimas secas pegadas a las mejillas, restos de carne muerta bajo sus uñas después de intentar arrancarse el pellejo porque no soportaba seguir pagando el sufrimiento que había causado a otros con la misma moneda.

—¿Killer? —gritó Lidia otra vez—. Renuncio, ¿me escuchas? Y de esto no hay vuelta atrás.

Killer colgó el teléfono con tal fuerza que este se resquebrajó bajo su puño.

Apenas el trío se miró entre sí estuvo de acuerdo en una cosa: no querían nada que ver con la fama, la fortuna o, en especial, la música. Nunca más.

Corrieron hasta la salida con la idea de ir al hospital, de mudarse, de cambiar de identidad y luego ver a un loquero que explicase la pesadilla que habían vivido, y esta vez la puerta se abrió. El mundo que conocían estaba allí, tan solo a unos pasos de distancia, pero apenas pusieron un pie fuera dejaron de existir.

Ningún vecino vio a nadie salir de la propiedad de ese gamberro Killer, pero sí que habían visto a Thomas y Eva entrar; y después, durante meses que jamás llegarían, la prensa y sus familiares, y el mundo del rock en el que habían dejado su inmundicia los buscaron para nunca encontrarlos.

Solo la sombra sabía que *Killer Nature* había sido tragada por la parte más atroz del Gran Vacío.

## Capítulo 43

*30 de octubre de 1989, 7:15 a.m.*

Despertó unos segundos antes de que sonara la alarma y, cuando esta lo hizo, la apagó con una sonrisa. Rara vez despertaba con una mala noche de sueño, y hoy no era diferente.

—¿Qué tal dormiste, mi Comandante? —preguntó al ver a su gato estirándose entre las cobijas.

Rio cuando Comandante Cupcake maulló, y lo bajó de la cama para arreglarla, pues detestaba que su apartamento estuviera sucio. Poco después salieron a dar un paseo y, al llegar, atendió al teléfono tan pronto lo escuchó. Dejar que la contestadora tomara los mensajes no era su estilo.

—¿Mamá? —dijo Joy, sonriente—. No tienes que llamarme todos los días.

—Sabes que adoro hacerlo —dijo—. Por cierto, tu padre quiere saber si prefieres pollo o pavo para la reunión de mañana.

—¿En verdad quieren visitarme en Halloween?

—¡Siempre dices que no nos vemos lo suficiente!

Joy rio. Alargó la mano para encender la radio; la música por las mañanas siempre le venía bien.

—Tienes razón. Dile a papá que prefiero el pavo, no sé cómo puede olvidarlo. Como sea, tengo que irme.

Comandante maulló cuando Joy colgó el teléfono tras despedirse.

—Oh, ¿te gusta esa canción? —preguntó, subiendo el volumen.

*«Lo siento, mi Joy.»*

Era una buena canción. ¿Quién era el artista? Como fuera, pronto tenía un almuerzo con sus amigas que no podía perderse por nada del mundo y, más tarde, tendría una cita especial con su prometido.

Antes de dejar la casa, vio el retrato de su familia y se preguntó por qué había puesto ahí una calcomanía. Al quitarla, detrás no había nada.

*«Lo siento, mi Joy.»*

*Espero poder compensártelo algún día.»*

Se alzó de hombros.

—¡Volveré por la tarde, mi Comandante!

Cerró la puerta tras de sí sin darse nunca cuenta de que detrás de los ojos del gato no había vida.

## Capítulo 44

### SEGUNDA PARTE: EL ROSTRO DE DIOS

*30 de octubre de 1989, 11:02 p.m.*

Varias bandas habían tocado covers de canciones demasiado perfectas para la ocasión: *Massacre*, *Sweet Danger*, *Don't Fear The Reaper*, *Nasty*, e incluso *Twist of Cain* de una banda que poco tenía que ver con el ambiente caótico, desenfrenado y anárquico que caracterizaba al *Glazed Festival*.

Este se había fundado en 1979. Entonces invitaban a bandas con influencias *punk* y *rockabilly* que no tenían oportunidad de firmar contratos con grandes disqueras o de tener un público mayor a una docena de espectadores. Todos los años se armaba una cartelera de treinta o hasta casi cuarenta bandas, y el público, que se multiplicó de las decenas a los cientos y luego a los miles conforme pasaron los años, siempre los esperaba desde el mediodía para pasar un buen rato hasta las altas horas de la madrugada.

Actualmente las bandas invitadas, tanto reconocidas como olvidadas, tendían a considerarse *speed* y *thrash metal*, creando un ambiente tanto agresivo como revolucionario.

*Glazed Festival* siempre prometía dejar helado a todo el que se atreviera a ser parte del evento, de ahí su (no tan) ingenioso nombre.

Everett estaba tan emocionado como los demás; ninguno podía hablar más que a gritos, sus piernas temblaban, no paraban de sonreír. Parecía que el universo, las estrellas y los planetas se habían alineado solamente para darles esta oportunidad, y ninguno quería arruinarlo para el resto, ¡no podían querer más que todo les saliera perfecto!

Esta vez, Everett no fingía: la felicidad era real.

El mundo estaba a los pies de *The Mixtape*, listo para alabarlos hasta que sus gargantas se desgarraran y el suelo bajo sus pies temblara para resquebrajarse y traer el infierno a la tierra.

Por arrogancia y porque podían, cada uno de ellos se vistió con su mercancía, haciendo referencia a los cuatro álbumes de su autoría. Everett llevaba una camiseta con el título de su EP en letras grandes y blancas: *Goodbye*. Markie se había puesto su chaqueta con estampado del álbum *Set it on Fire* a lo largo de toda la espalda. Cosmo portaba un suéter (con bermudas) en el cual brillaba la portada del álbum *Dead doG*.

Y Gab, sin vergüenza, había bordado el título *Rotten Hearts* en la pechera de su holgada camiseta.

—Serán los próximos —dijo Murray, gritando por sobre el sonido del público y la cacofonía de instrumentos en el escenario—. Los estaré viendo desde allá afuera. ¡Enorgullézcanme!

Se despidió de todos con abrazos que les sacaron el aire. El último al que se acercó fue a Everett, susurrándole una rápida frase al oído.

—Todo está preparado.

Le revolvió el cabello y no esperó respuesta para perderse entre el personal que iba de un lado al otro cargando instrumentos, cables, y cientos de cosas más que no valía la pena reconocer.

—¿Listos? —dijo Markie.

La banda previa a ellos ya dejaba el escenario, deseándoles suerte a los temblorosos integrantes de *The Mixtape*.

Gab inhaló una profunda bocanada de aire y asintió, mirando hacia la nada con ojos bien abiertos. Su mano tiritó cuando intentó alcanzar un cigarrillo.

—Sí, claro.

—No me digas que tienes miedo —rio Everett, dando un salto y apuntando hacia el escenario con cómica exageración—. ¡Ahora no es momento de acobardarse, soldados! Vamos, ¡uno, dos! ¡Uno, dos!

Se alejó sin mirar atrás hasta que estuvo ante el micrófono, riendo melodiosamente cuando la multitud lo recibió chillando y aplaudiendo.

—Ya es muy tarde para volver a casa, ¿verdad? —suspiró Gab. Sacudió la cabeza y siguió a Everett.

—¡Andando! —gritaron al unísono Cosmo y Markie.

## Capítulo 45

11:44 a.m.

El aire sobre las cabezas del público ya estaba caliente y húmedo, como si su humor alocado hubiese tomado forma, batallando contra el frío sofocante que la luna presionaba sobre ellos.

Cuando las primeras notas emanaron de la guitarra de Gab, la noche entera se prendió en llamas y el repertorio de *The Mixtape* se filtró sin problemas en las mentes y los corazones de cada atento espectador, cada cual más cautivado que el anterior igual que si los acordes y líricas que escuchaban fuesen una clase de magia que solo unos pocos bendecidos podían presenciar. ¡Gracias al cielo que todos ellos habían tenido aquella suerte! Una enorme puerta que comunicaba este mundo con uno lleno de maravillas se abrió e hizo añicos ante sus cuerpos carnales, arrancando de estos sus almas, que nunca querrían volver a mirar atrás después del espectáculo.

El escenario sobre el que tocaba la banda era el más grande sobre el que habían estado, con más de veinte metros de largo, otro tanto de ancho, y que se alzaba sobre el suelo por unos cuatro metros. A los extremos se alzaban torres de amplificadores monstruosos, mismos que creaban una pared sólida detrás de Cosmo.

Frente al escenario, por debajo y a varios metros de distancia, había una barda que separaba al público de los músicos. Había miles de personas, y era la mayor cantidad de espectadores que *Glazed Festival* había tenido nunca. La barda era la única división que ponían a los oyentes, que de todas maneras se empujaban hacia adelante y formaban un círculo casi perfecto alrededor del escenario. Más de una vez Markie creyó que la barda terminaría cediendo bajo el peso de los fanáticos que se azotaban contra esta y que la movían al ritmo de la música mientras agitaban sus cabelleras en el aire, pero la bardilla resistió.

Bajo los pies de la multitud había gravilla, césped muerto, y tierra húmeda, pues *Glazed Festival* se celebraba al aire libre; sin embargo, apenas minutos después de que *The Mixtape* se apoderara del escenario, comenzó a nevar, y Murray hizo su trabajo esparciendo instrucciones a la muchedumbre. Era una nieve mansa, pero constante y pesada, que pronto cubrió el piso sobre el que todos se tambaleaban; por suerte nadie hizo nada para parar el concierto.

Había puños golpeando el aire, bocas cantando al unísono, piernas pateando el suelo, ojos lagrimeando y corazones enloquecidos que correspondían y reciprocaban la energía de Gab, Markie, Cosmo y Everett en el escenario; el público se había vuelto una masa uniforme del caos



más perfecto para darle la bienvenida a la canción que todos querían escuchar, pero para la cual nadie estaba listo.

Sudor empapaba la frente de Everett y hacía que su cabello se le pegara al rostro mientras saltaba de un lado al otro, tan inmensamente feliz como jamás lo había estado.

Tan lleno de energía.

Tan insuperable.

Tan capaz de cualquier cosa.

La penúltima canción llegó a su fin en un parpadeo y el público estalló en aplausos y gritos inentendibles, que sólo podían significar una cosa: amor ciego. Devoción pura.

Everett se apartó del lado de Markie, ignorando cómo este secaba su frente y sonreía orgulloso. También ignoró la mirada flechada que Gab le dedicaba, e hizo caso omiso a los gritos alegres que los labios de Cosmo formaban.

Ignoró absolutamente todo lo que no eran ovaciones mientras su mirada viajaba a un lugar tan lejano que ni siquiera él podía comenzar a comprender, pero que, un segundo más tarde, se volvió tan familiar como rondar por la Tierra usando el nombre y el cuerpo de Everett Wyatt Jackson.

Sí, porque ese era él.

Everett, el chico acosado por pesadillas.

Everett, el que no entendía su propia existencia.

Everett, el maldito.

Everett, el incompleto.

Everett, el que, de pronto, se dio cuenta de que todo lo podía.

*Estrellas Fugaces* comenzó a sonar, tan claramente que el sonido parecía estar viniendo desde el propio cielo igual que lluvia fresca tras un día perfecto.

Al colocarse ante el micrófono por última vez, la voz de Everett fue lo único a lo que el universo le prestó atención.

*«Alza la mirada,  
echa las manos al aire  
y toma una estrella.»*

Su cuerpo flotaba.

*«Atrapa otra.  
Trepa al cielo,  
y baja mil más para mí.»*

Su alma antes insignificante se alimentaba de las alabanzas del público.

*«Si queman sabrás cuán reales son.»*

Sus ojos se cerraron y una sonrisa monstruosa oscureció su rostro.

*«¡LÁNZALAS HACIA MÍ!»*

El cielo se pintó de blanco.

## Capítulo 46

11:59 p.m.

Un centellar de estrellas relucientes siempre cubría el firmamento, golpeándolos y partiéndose en mil pedazos al chocar contra el suelo; de su interior se deslizaban intestinos negros y ligeros como papel, y crujían al ser pisadas. Segundos más tarde, el escenario sobre el que se encontraba la banda quedaba cubierto de blanco y negro.

*The Mixtape* escuchaba las ovaciones finales del público entretanto observaba los mensajes escritos en las estrellas falsas: agradecimientos, confesiones de amor, y frases tontas de gente ahogada en su fanatismo.

Las estrellas, en realidad, eran casetes pintados de blanco con pintura fluorescente. Esa era la forma en que *The Mixtape* daba cierre a sus conciertos: ¡el ritual de la banda!

Se había transformado en una tradición desde que un chico ebrio y enfurecido, muchos años atrás, había lanzado un casete directo a la frente de Markie porque consideraba que su parte instrumental en *Estrellas Fugaces* no era nada memorable.

—¡Ahí está tu maldita estrella fugaz! —había chillado, apenas capaz de articular—. A ver si con ella te cae algo de talento.

La banda lo había encontrado tan hilarante que decidieron hacer algo al respecto solo para volver cada concierto así de memorable. De esta forma, en su tocada siguiente, habían pedido a Murray que obsequiara casetes al público para que estos los arrojaran al escenario tan pronto llegara el final de *Estrellas Fugaces*. Pronto, la historia fue de boca en boca, y la cómica exhibición de rebelión se convirtió en la manera de comunicarse con la banda, simplemente porque podían. Embadurnar los casetes con pintura brillante había sido invención de los fans europeos tiempo atrás.

Como fuera y, contrario a lo que muchos creían, el nombre de la banda no tenía nada que ver con el ritual; ¡había sido todo una feliz coincidencia!

Murray siempre creyó que el ritual era ya un clásico desde su creación, pero no había cuestionado mucho a Everett cuando este decidió hacer un violento cambio en medio de su debut en el *Glazed Festival*. Lo había escuchado y había seguido su plan al pie de la letra, tan emocionado como siempre lo estaba al enterarse de cualquier novedad que tenía que ver con *The Mixtape*... Hasta que una duda surgió en su mente.

Un escalofrío le arañó la espalda, haciendo que se congelara en su lugar rodeado de fanáticos que lo empujaban de un lado al otro igual que un pez muerto a contracorriente.

¿Había estado bien escuchar a Everett?

Esa sugerencia tan extraña... ¿En verdad tenía tanta genialidad como todo lo que antes se le había ocurrido?

No. Al ver la expresión de Everett en cuanto cantó su última línea con un grito más brillante que el mismo sol, Murray se dio cuenta de que eso no era lo que le aterraba.

Tenía miedo porque nadie sabía del nuevo ritual más que él y Everett.

—¡Bajen del escenario! —aulló, pero su voz fue tragada por el escándalo a su alrededor—. ¡Todos! Markie, Gabriela... ¡Bajen de allí!

Se impulsó hacia delante solo para ser repelido por espaldas inmóviles, y comenzó a sudar violentamente, lleno de remordimiento.

—Salgan de ahí —alzó las manos al aire y las agitó para intentar llamar su atención, pero las miradas de los chicos se encontraban puestas sobre las estrellas que se precipitaban impasibles hacia ellos—. ¡Bajen del escenario, por favor!

Sin que se diera cuenta, lágrimas hirviendo le cubrieron las mejillas mientras intentaba abrirse paso hasta la banda; empujó a todo el que se cruzaba en su camino, repitiendo las mismas frases y mirando siempre a los cuatro en los que había depositado todo su orgullo y esperanzas.

—Salgan de ahí, ¡bajen del escenario!

Su mantra no alcanzaba los oídos de los sacrificios del maldito nuevo ritual.

—Salgan de ahí, ¡bajen del escenario!

La voz de Murray era rasposa y su garganta ardía, pero no dejaba de moverse, empujando, maldiciendo, llorando, gritando incesablemente.

—Salgan de ahí, ¡bajen del escenario!

No le dejaban moverse, ¡no paraba de empujar y maldecir! Aun así, sus pies no se movían más allá de la misma zona.

Una fuerza extraña lo había envuelto en una ilusión que no le permitía acercarse más de lo necesario a *The Mixtape*, la banda maldita. Miró a su

alrededor y tomó por los hombros a cuanto estaba a su alcance mientras gritaba como un demente.

—¡Por favor! Van a morir, ¿no me oyen? ¡Van a morir!

Las miradas le atravesaban como si no existiese.

Un segundo antes de la medianoche el tiempo pareció detenerse; el mundo y todos los movimientos de este quedaron suspendidos en el aire como los últimos rayos de sol que los enamorados contemplan con romántica desesperación.

Murray creyó por un instante, un fugaz momento en el que su corazón palpitó con esperanza, que podría moverse y salvarlos a todos. Su voluntad había logrado que el universo se detuviera por lo que dura un suspiro para impedir que la tragedia continuara persiguiendo a *The Mixtape* y que quienes la conformaban no fueran sepultados bajo pilas de nieve endurecida y trozos de hielo afilados cual estacas. Las estrellas esta noche habían cambiado: eran letales.

La sombra de una sonrisa asomó por las comisuras de sus labios al tiempo que daba un paso hacia delante, pero entonces toda su esperanza se extinguió al ver a Everett a los ojos, igual que lo hace una granada tras explotar.

Solo quedó humo gris en su pecho, porque aquellos ojos brillantes y sombríos no podían ser los de Everett.

“Pero, ¿de quién más, si no?” le susurró su conciencia, y Murray no pudo estar más de acuerdo.

Everett hizo un gesto imperceptible que Murray apenas pudo procesar, y el humo que persistía en su pecho le arrancó el aire de los pulmones y estrujó su corazón con garras inhumanas que se multiplicaron espantosamente rápido, escalando hasta su garganta, propagándose hasta sus brazos y espalda; y, mientras Murray se llevaba una mano al cuello, gimiendo, el mundo volvió a girar.

Cayó de rodillas presa de un mareo que le hacía creer que era tragado por la tierra entretanto hombres y mujeres volvían a corear y gritar, y a precipitarse hacia delante sin importar a quién empujaran o a quién pisotearan. Sus tobillos crujieron bajo las botas de algún mastodonte y, después de perder el balance, su espina y costillas fueron hechas papilla por otra docena de tacones.

Mientras escupía sangre y su mente era consumida por acelerados recuerdos de la vida que alguna vez despreció y adoró, escuchó a la nieve caer. Las estrellas alcanzaron, golpearon, mallugaron, iluminaron, y

arrinconaron a sus sacrificios.

Remordimiento lo entumeció.

A la media noche, con Halloween dominando toda dimensión y cosmos conocido, Murray falleció.

## Capítulo 47

*31 de octubre de 1989, 12:00 a.m.*

A la medianoche, el universo verdaderamente se detuvo.

A la medianoche, el planeta al que llamamos hogar dejó de girar.

A la medianoche, las risas, el llanto, los gritos y los susurros de todo humano enmudecieron.

A la medianoche, todo ser y objeto pausó su vida y movimiento a voluntad del cantante de una banda que a pocos importaba.

Porque, como seguro ya habrás de haber sospechado e incluso previsto, tú, tan audaz e insignificante; tú, que lee y cuestiona, ya sabías que, a media noche, Everett se dio cuenta de su realidad.

Everett entendió que era Dios.

## Capítulo 48

*En todos lados y en todo momento*

Su mirada de ojos abiertos como platos estaba fija en algún punto entre todas las estrellas tendidas en el cielo, al tiempo que cientos y luego miles de millones de ideas y palabras viajaban de su mente inconsciente a la consciente, un flujo incomprensible de anárquica poesía que a cualquier otro hubiera hecho vomitar en el acto.

La inmensidad de la verdad empapó todo lo que Everett había sido, era, y sería.

Honesta y cruel, dulce e impasible. Encantadora verdad que lo sacudió por un segundo inexistente para luego brindarle una clase de paz intranquila que se apoderó de su ser. Lágrimas y risas se le escaparon al tiempo, entretanto su mente seguía andando a toda velocidad.

Everett, el repugnante.

Everett, el bendito.

Everett, la encarnación de todo oxímoron jamás ideado, pues su sangre era amargamente dulce; su piel, suavemente áspera; su sonrisa, repulsivamente encantadora; su mirada, llena de perversa bondad; y su vida, oh, su vida, para siempre una anécdota de angustiosas alegrías.

Así era Dios: responsable de todo bien y de todo mal. Un ser que jamás podría ser encasillado porque nunca sería una sola cosa, igual que la vida nunca es totalmente blanca, ni totalmente negra, y ni siquiera totalmente gris.

Lo era todo y lo era nada, y era tan merecedor de todos los insultos y desprecios como lo era de las más devotas ovaciones que el público estático a sus pies le dedicaba.

Parpadeó varias veces al razonar que ya no había duda en su mente. Ya todo era claro, se dijo, cuando bajó la vista hacia las caras de desconocidos cuyos ojos perlados solamente lo contemplaban a él; y era gracias a cada una de esas personas que la chispa del estallido de la verdad había iniciado, cuando coreaban el nombre de la banda y se dejaban la piel y los cabellos en el campo de batalla que era la pista frente al escenario.

Se dio cuenta de que *The Mixtape* jamás hubiera existido de no haber sido por él: un Everett miedoso y estúpidamente positivo cuyo único refugio eran las melodías pesadas conjunto de líricas capaces de inducirlo en un



estado meditabundo durante horas que se terminaban demasiado pronto.

Durante su tardía infancia y la mayor parte de su adolescencia había encontrado cobijo bajo los techos imaginarios que canciones y bandas poco aceptadas por la normativa le proporcionaban, pero, al fin y al cabo, siempre era un huésped, jamás el patrono. Y Everett necesitaba un lugar propio para olvidarse de todo lo que tenía que ver con la realidad, porque su realidad estaba llena de sufrimiento que no merecía: esas pesadillas y el Everett Falso que poseía al Verdadero tras tenerlas.

Por eso decidió aprender piano y guitarra, y aprovechar cada segundo de las lecciones de canto en las que sus profesores tanto le alababan. Entonces los cimientos de su propio refugio (su castillo, su fortaleza!) se establecieron, mientras poemas que había escrito hace tiempo servían de flores salvajes y enredaderas viejas que salpicaban el vasto campo de su propiedad.

No mucho después, por obra del destino que Dios Everett había creado ya en este presente y en muchos pasados, conoció a Markie, con quien encontraría una conexión especial igual que la que todo chiquillo forma con el primer verdadero amigo que tiene. Escribieron varias barbáricas canciones juntos y vieron pasar infinidad de tardes cuando jugaban a perseguirse e intercambiaban discos de vinil cual tarjetas de béisbol.

Los cimientos ya eran una construcción que tomaba forma, una forma artísticamente brusca y carente de toda suavidad, que solamente pudo ser agregada cuando conoció a Gaby, su Gab, que con su sola presencia pintaba los cielos de cálidos púrpuras y anaranjados, y que hacía crecer arbustos de jacinto, lirio, y maltrechos tulipanes.

El líder entre los tres era Everett, porque a pesar de su naturaleza habladora y torpeza notoria, había algo en él que los cautivaba a ambos igual que mosquitos atraídos por instinto a una vena palpitante.

Tuvieron una docena de proyectos musicales para cuando llegó Cosmo a tomar la batuta (o las baquetas, en su caso...) del puesto faltante, y apenas dos años más tarde se fundó lo que ahora el mundo entero conocía como *The Mixtape*.

Su fortaleza estaba completa, amueblada con los más exquisitos sofás y candelabros, con una cama más cómoda que cualquiera que hubiera podido desear, con un techo y paredes que lo abrazaban cálidamente, y con una puerta que dejaba por completo fuera a las pesadillas y al Everett Falso, sin darles siquiera oportunidad de tocar el picaporte o asomarse por la mirilla.

Estuvo tranquilo e increíblemente feliz en su hogar, dentro de *The Mixtape*, donde la mayoría de las líricas, ideas y arreglos musicales le

pertenecían, y que solamente habían sido impulsados o inspirados por sus compañeros. No quería ser presuntuoso, diablos, nunca lo había sido, pero sin él *The Mixtape* no existiría. Si él hubiera muerto de un momento a otro por un accidente aparatoso o en una noche silenciosa, la banda misma y todo lo que esta significaba, se habrían ido con él a la morgue.

Murray lo sabía. Cosmo lo sabía. Gab lo sabía. Markie, quizá, por sobre todos, lo sabía; pero irónicamente Everett jamás se había dado cuenta. No hasta esa noche, hasta hace un instante, cuando cada garganta en la arena glorificaba su música. Para ellos, ante esos ojos mortales desesperados de algo a lo que aferrarse para no volverse locos, *The Mixtape* se transformó en la divinidad a la que siempre habían soñado en entregarse, cuerpo y alma.

*The Mixtape* era Everett, y Everett era Dios: capaz de crear con esfuerzo e inmortales lágrimas las espinas de una rosa a la vez que podía, de así desearlo, parpadear para borrar la historia del hombre.

Las puertas de su fortaleza se abrieron, y allí estaba el Everett Falso, encarándolo, haciéndolo darse cuenta de que nunca había sido el Falso, sino el Verdadero, pero hasta entonces no había estado listo para aceptarlo.

Con cuidado y bajo un orden metódico, la cinta lo había preparado para este momento.

—Acéptame —dijo el Everett Verdadero, y el Everett Verdadero también era la sombra que lo perseguía—. Soy Dios. Y tú eres lo que soy.

Asintió, suspendido en un lugar desconocido.

—Nuestras manos, las que asesinaron a un gato inocente...

—... son las mismas que salvaron a un pichón indefenso —completó, aceptando al Everett Verdadero, a la sombra, en su interior.

Ya no había divisiones, ya no había que ocultarse de las pesadillas.

Se rio una sola vez antes de reanudar el tiempo, y tan solo tres cosas significativas ocurrieron cuando los estímulos del *Glazed Festival* detonaron a su alrededor. Primero, el frío que le caló hasta los huesos por la nieve azotando sobre el escenario; después, el terror en la mirada de los presentes.

Por último, los aullidos adoloridos de Cosmo.

## Capítulo 49

*31 de octubre de 1989, 12:01 a.m.*

Markie había logrado cubrirse el rostro con los antebrazos una fracción de segundo antes de que los pedazos de hielo y nieve endurecida chocaran contra su carne blanda, desgarrando su chaqueta y abriendo rasguños profundos en su piel; de inmediato un ardor y agudo dolor, a la par que molestia, emanó de sí igual que los chorros de sangre que le escurrieron por las muñecas al bajar los brazos.

Un pitido constante era todo lo que escuchaba.

Vio hacia el frente en un borrón, y luego su mirada se detuvo sobre el suelo cubierto de nieve gris y carámbanos filosos cual navajas salpicados por igual. Un río pegajoso de líquido carmesí se deslizó hasta crear un charco cerca de sus talones; crecía y crecía, y Markie solo lo contemplaba entre tontos parpadeos.

—¡Apártate! —ladró Gab, haciendo que su alrededor recuperara el sonido.

Los ánimos del público se habían transformado en gritos asustadizos y pisadas masivas que se alejaban cual estampida, mientras que de los instrumentos surgían agudos chillidos y estática que le erizaba la piel.

Markie fue apartado de un empujón y cayó de espaldas al Gab avanzar delante de él, con gesto de indudable preocupación. Gritos monstruosos llegaron hasta sus oídos desde el fondo del escenario: hacia donde se dirigía ella y donde se encontraba Cosmo.

Dio traspies al intentar ponerse de pie, pero lo logró finalmente, precipitándose hacia donde Gab se encontraba, ésta ahora dándole la espalda y hablando a voz de cuello cosas que no tenían sentido. ¿Llamar a una ambulancia? ¿Llamar a la policía? ¿Poner presión en las heridas? Con un nudo en la garganta se acercó, pasando a un lado de la batería destrozada. Ahogó un grito cuando vio a Cosmo, tumbado de su banquillo y despatarrado contra la pared de fondo. Lloriqueaba por la docena de afiladas puntas de hielo que le atravesaban brazos y piernas cual estacas; su pecho vuelto una masa deforme de tela y pedazos de carne y hueso, con el título *Dead doG* irónicamente intacto. Opaca sangre emanaba de la carne reventada y de sus músculos hechos papilla, envueltos de grisácea nieve.

Era como si una avalancha le hubiese caído encima.

Sus ojos enrojecidos escrutaban su alrededor igual que quien no entiende lo que está pasando, entretanto su brazo izquierdo, que apenas podía

moverse del codo hacia abajo, buscaba la mano de Gab, aferrándose fuertemente a esta cuando la encontró.

—¿Gaby...?

—¡No te muevas! —gritó, intentando cubrir sus sollozos con gruñidos de molestia.

—¿Estoy...? ¿Estoy...?

¡Aplastado, pulverizado!

El charco de sangre bajo los restos de su cuerpo empapó las rodillas de Markie cuando él se arrodilló a su lado, intentando así ignorar las voces en su mente que gritaban la cruel realidad. Cosmo lloraba sin reservas.

—¿Voy a...?

—Cállate, no lo digas.

—Gaby...

—¡Cierra el pico! —se limpió la nariz y las mejillas con un rápido movimiento—. La ambulancia debe estar en camino, alguien debió llamarla. Solo tienes que aguantar. Espera, y cierra la boca.

Cosmo gimió intentando articular algo cuando tosió un torrente de sangre. Gruñó entre repentinos espasmos y sus uñas se enterraron en la piel de Gab.

Se sumergió en un silencio carente también de cualquier movimiento.

Muerto.

—¿Cosmo? —solo Gab se atrevió a hablar—. ¿Cosmo?

Estaba muerto.

Se zafó de su ahora insignificante agarre y lo tomó por la barbilla para mirarlo a los ojos, vacíos de toda chispa que hubiera podido indicar que la Parca se había equivocado de víctima.

—¡Por...! Por la mierda —descargó sus puños sobre el bulto de nieve, salpicando su alrededor de una brisa blanca con gotas carmesí—. Te dije que te callaras, maldito idiota.

—Gabriela, tranquilízate —murmuró Markie.

Una parte de sí creía que nada de esto era real, lo que le hacía hablar como un mal actor intentando expresar pena. Sus movimientos estaban a la par.

Gab apartó de un manotazo el brazo de Markie que hizo ademán de rodearla y se volvió hacia él, con el cabello hecho un desastre, el maquillaje corrido y las mejillas y frente llenas de raspones con escarcha pegada a coágulos de sangre; todo resaltado por una profunda mueca de rabia.

—¿Por qué diablos no hiciste nada? Te... Te quedaste ahí viéndolo morir, y no pudiste mover ni un dedo, o siquiera consolarlo para que no se fuera con ese gesto de tristeza al otro mundo. ¡Y quita esa cara de indiferencia! Cabrón —se sobó las sienes—. ¿Cómo pasó esto?

La noche pasó como un centelleo ante los ojos de Markie, fijos en Gab, y solamente pudo responderle con otra pregunta:

—¿Dónde está Everett?

Gab se enderezó como impulsada por un resorte apenas escuchó aquel nombre, olvidando momentáneamente cualquier otro sentimiento que no fuese provocado por el joven al que siempre había amado. Cuando habló, su voz sonó esperanzada.

—Debe estar cerca.

Los dos se pusieron de pie tambaleantes, mirando con grandes ojos el cuerpo de Cosmo por si este volvía a parpadear o respirar. Pasó demasiado tiempo cuando cayeron en cuenta de que no lo haría.

Volvieron al frente del escenario, donde ya no había nadie. Otro chillido los hizo vibrar cuando Gab pateó su guitarra tirada en el piso mientras buscaba y llamaba a Everett, hasta que ambos localizaron, entre la multitud que abandonaba el lugar a toda prisa, una cabellera rubia sobre un torso que vestía una camiseta que rezaba *Set it on Fire*.

—¡Allí! —gritaron al unísono.

Everett pareció escucharlos porque, a pesar de estar casi a sesenta metros de distancia, echó un vistazo por sobre su hombro para mirarlos directamente a ellos. Les dedicó una sonrisa reluciente; cuán trágico, pero, oh, ¡qué divertido!

—¿A dónde crees que vas? —gritó Gab.

Dejó el escenario atrás con un salto, trastabilló, recuperó el balance, y echó a correr tras Everett, que rápidamente desapareció de entre la multitud como un espejismo. Gab se detuvo como si hubiese chocado contra una pared invisible.

—Everett, ¡regresa aquí!

—Se fue al bosque.

—¿Qué?

A regañadientes, Gab volvió la mirada a Markie, que se había postrado a su lado tras perseguirla. Respiraba agitado y Gab solo pudo mirarlo con fastidio. ¿De qué estaba hablando? Entre las sensaciones que burbujeaban bajo su pecho y en el fondo de su mente, surcando como electricidad las yemas de sus dedos, más que nada odiaba ver a Markie tan sereno y tranquilo. ¿Es que sabía lo que estaba pasando? ¿Lo entendía todo a fondo y por eso nada le preocupaba?

Tuvo ganas de patearlo en la entrepierna y abofetearlo hasta que sus mejillas se hincharan, y estuvo segura de que lo habría hecho de no ser por los ojos perlados de lágrimas con los que Markie la observó tras analizar el horizonte. Le tendió una mano. Una extraña calma la cobijó.

—Volveremos después. Ahora, tenemos que apresurarnos —dijo Markie, cuando Gab entrelazó sus dedos con los de él.

Juntos echaron a correr hasta el estacionamiento, mirando en todo momento, de soslayo, el escenario donde sangre y nieve se confundían.

Ya en la carretera, andando tan rápido como el tráfico y las calles resbaladizas lo permitían, Markie pensó que el auto estaba demasiado vacío sin Cosmo y se echó a llorar.

## Capítulo 50

### *Cerca del Santuario*

Cuando Cosmo murió en la Tierra, Frágil renació en la encrucijada perdida, allá, en un sitio entre el Santuario y el Gran vacío, para esperar a Dios una vez más.

## Capítulo 51

*31 de octubre de 1989, 12:04 a.m.*

Tras desvanecerse entre la multitud que escapaba, Everett reapareció a unos pasos del trono entre el bosque y los edificios. Los copos de nieve lo acariciaban al caer.

Sin dejar de caminar se acercó hasta el trono y alzó las manos para materializar un espejo ovalado que reflejaba su imagen a la perfección, entretanto, bajo su mando, ramas y raíces, pedazos de piedra y ladrillo, formaron la silueta de un cuerpo humano sentado ante el trono de rocas. Cuando estuvo completa, solamente había espacio para poner el rostro adecuado en la cara.

Allí colocó el espejo y, por fin, se vio a los ojos tal como era. Tal como lo conoces.

Las facciones en su semblante ya no existían debido a que habían sido reemplazadas por un trozo liso de carne donde, a su vez, había cientos de ojos contemplando su reflejo y cientos de sonrisas mostrando afilados dientes. Incomprensible, pues lloraba y reía a la vez.

Dios.

El mundo y la existencia fuera de lo que enmarcaba el espejo desaparecieron sin que Everett se percatara, dejándolo caer hacia un Vacío en donde la luz y la oscuridad batallaban por el dominio violenta pero silenciosamente. No había estrellas o planetas, ni mucho menos nebulosas coloridas expandiéndose en la distancia; solo estaban Everett y su reflejo, hundidos en el Gran Vacío sin sentido de orientación ni dirección. Pero eso tampoco importaba.

Después de mil años de muda contemplación donde sus sentidos se pausaron, Everett al fin parpadeó y cuando lo hizo el espejo y su recuerdo del mismo desaparecieron. Se sumió en un sueño profundo hasta que incluso el tiempo fue incapaz de seguirle el ritmo.



## Capítulo 52

### *En el Gran Vacío*

Ningún pensamiento y ninguna sensación lo alteraron en ese estado, a pesar de que ahora podía experimentarlo todo incluso donde no había nada. Su mente, o la parte de sí que ahora la representaba pues su cuerpo físico también había desaparecido a causa de que era inapropiado para contener su nueva infinita existencia, era presa continua de preocupaciones y alegrías, capaz de sentir dolor y placer al mismo tiempo, sin llegar a cruzar la línea que confundía una cosa con la otra.

El Gran Vacío también estaba plagado de olores, sabores y sonidos que provenían de ningún lugar. Gratificación, molestia, cariño, locura, reposo, lucidez, confusión, hostilidad, dicha, serenidad, miedo, pánico, ansiedad, orgullo. Everett lo juzgaba todo en completo silencio e inconsciencia.

Aquí el hombre nunca existió y las estrellas nunca se formaron; nadie provenía del Gran Vacío. Por eso Everett se quedó, para siempre.

Nada lo despertó de su sueño.

El Gran Vacío le arropó como a un recién nacido que merecía grato descanso.

Mientras, Dios comprendía en un plano alterno de su mente la realidad de su ser.

## Capítulo 53

*En el Gran Vacío*

Aceptación máxima.

En sencillas palabras, eso es lo que Everett había hecho para convertirse en Dios: examinarse de forma tan absoluta e intensa que terminaría devastándose espiritual y mentalmente, para luego aceptar y aprobar como verdad innegable todo lo que lo hacía ser él. Desde sus pequeñas cicatrices externas hasta las creaciones de su autoría que marcarían la historia y a otras vidas para siempre; igual que una catarsis hipócrita porque, cuando se hubo percatado de los fallos y las crueldades obradas por su mano, no deseó purificarse o limpiarse sino reconocerlas, adorándolas tanto como había hecho con sus actos impecables. Todo él era glorioso y todo él era desagradable, y Everett lo aceptó.

El detonante final ocurrió cuando se supo capaz de todo pues ya había trascendido frente a demasiadas vidas en el *Glazed Festival* como para no darse cuenta.

Era capaz.

Él podía hacerlo todo.

Everett, el aterrado.

Everett, el poeta.

Everett, el monstruo.

Everett, el optimista.

¡Ese mismo! ¡El Everett Verdadero que había negado por mucho tiempo!

Everett, el que lo hacía porque podía y, porque podía, era Dios.

Demasiada emoción, agitación, orgullo e impresión lo acompañaron durante su realización; tanto que todo ya no podía ser comprendido así que dio un paso más hacia donde lo entendería todo con claridad, convirtiéndose en lo que siempre había sido: algo más que un ser humano.

Sobre el escalón final de la evolución, allí estaba. Más allá de la cima de la comprensión, allí retozaba.

## Capítulo 54

*Profundo en el Gran Vacío*

¿Lo había aceptado todo? ¿Absolutamente todo?

Creyó que así era hasta que despertó de su sueño eterno y tomó la forma de una sombra vagamente antropomorfa que caminaba dando pisadas lentas e insonoras. El Gran Vacío continuaba escurriéndose hacia todos lados. Luz y oscuridad yendo y viniendo cual humo y tinta a merced de un viento inexistente.

Aquel lugar era todo lo que Everett esperaba de un sitio al que Dios debía pertenecer, pero, mientras más miraba... más sentía que algo faltaba.

Emprendió un viaje silencioso por el Gran Vacío, andando de arriba abajo, de izquierda a derecha, si es que esas palabras podían describir los alrededores siempre estáticos y siempre cambiantes que lo saludaban al pasar.

Al tomar su verdadera forma, vio pasados y escenas a sus lados, sintiendo pena e indiferencia.

Vio a un pequeño Everett que lo seguía por toda la casa de su infancia, charlando sobre nada; luego, llegaron a la sala de estar, donde Everett se sentó en el sofá y la sombra se entretuvo jugueteando con los libros de mamá, los vinilos de papá, y los futuros juguetes de Joy. Everett se removió en el sofá, abrazando un cojín.

—¿Por qué sé todo esto? —preguntó, refiriéndose a la existencia de la hermanita a la que no debía conocer.

—Mamá y Joy están bien —respondió la sombra, pues el joven Everett no entendería la realidad aunque el Verdadero tardara una eternidad explicándola. Jugueteó con un vinilo adecuado, *Master of Reality*, y luego lo dejó sobre el cristal del tocadiscos—. Estarán bien, siempre.

—¿Cómo lo sabes?

—No tengo idea —mintió, y se rio.

Everett soltó un gemido, y la sombra lo miró.

—¿Quieres quedarte un rato más conmigo?

Pasó a través de él, y el pequeño Everett cayó inconsciente, despertando a su lado en el Gran Vacío, donde pasaron juntos diez días en cuerpo y

mente, y trece hasta que el pequeño Everett volvió a casa por completo. Durante ese tiempo el pequeño Everett acompañó a su verdadero yo, sin percatarse, mientras la sombra aparecía y desaparecía frente a personas que en un futuro conocería y que, a otras, olvidaría.

En el verano de 1976, se apareció en los sueños de Molly y Mina, junto a las costas de Connecticut.

Durante la infancia de Joy, se divirtió con sus lágrimas; en su adultez, la obligó a vivir sin él.

Observó de cerca a Killer y los suyos, torturándolos hasta que sus mentes se consumieron. Luego, los dejó ir tan solo para despedirse del mundo, y de inmediato dejó que el Gran Vacío se volviera su infierno.

En el otoño de 1977, hizo que el hilo de Gab se uniera a él.

El cuerpo del pequeño Everett, sumado su inmaduro entendimiento, no aguantó más, y la sombra lo dejó irse, pero permaneció cerca desde entonces, recordándole cada cierto tiempo su destino, su realidad.

Así, el Everett Verdadero, continuó adentrándose en el Gran Vacío, solo, sin volver a hablar.

## Capítulo 55

### *Profundo en el Gran Vacío*

Cuando caminó lo suficiente, se topó con un mar basto en cuya superficie solo reinaba una isla ardiente. Alguien había cavado un agujero para salir de allí.

Más lejos, descubrió un campo podrido, salpicado de basura. En un extremo había una pequeña cueva de la cual alguien había escapado.

Aún más distante, encontró una encrucijada, sobre la que había apenas un par de gotas de sangre y plumas que alguien había olvidado.

Demasiado tiempo pasó para siquiera ser capaz de comprenderlo cuando, en la lejanía, vio a otras figuras, más sólidas, con forma humanoide.

Al acercarse lo suficiente, un recuerdo borroso le susurró el nombre del espacio que las cuatro estatuas habitaban: *Santuario*. Un aguijonazo de curiosidad le hizo quedarse allí, observando a las estatuas que estaban sentadas de piernas cruzadas en un círculo donde ya no había lugar para nadie más.

Había una estatua conformada por espejos sobre un montón de mármol hecho pedazos. Frente a esta se encontraba otra, cuya silueta y extremidades estaban formadas por alambre de espinos, mientras que su torso estaba lleno de basura y colillas aún humeantes. A la izquierda de esta, había una hecha de algo parecido a piel roja, como sangre sólida, que tenía demasiadas facciones por todos lados; su cabeza era la de un búho sin plumas. La última era una estatua de rosas y tallos con afiladas espinas.

Las cuatro se encontraban en la misma posición: piernas cruzadas y manos sobre las rodillas, pero había leves diferencias entre ellas. Una estaba un poco más inclinada hacia delante, otra ladeaba la cabeza, la siguiente parecía querer estirar las piernas. Aquellas cosas tenían cierta voluntad propia.

Allí estaban: esos eran los habitantes de la playa, la cueva, y la encrucijada. Habían crecido en el Gran Vacío y se abrieron paso hasta el Santuario.

¿Era posible sentir nostalgia debido a esencias y ambientes que jamás había conocido?

Sus olores, su aspecto, las leves diferencias entre sus posturas... Algo sobre esas estatuas le revolvía el alma a Everett, como si le provocaran

vértigo.

¿Qué eran?

Por más incómodo que lo pusieran, Everett no deseaba alejarse de allí hasta entender lo que pasaba. Hundirse de vuelta en el Gran Vacío ya no se sentía como su destino inalterable.

Una voz emanó desde Everett, que daba vueltas alrededor de las estatuas.

—¿Tú lo sabes?

Silencio.

Everett se detuvo.

—¿Sabes lo que son?

No respondiste.

—¡Ahora no es el momento de quedarse callado! Si lo sabes, tan solo dilo.

¿Nada?

—No seas cobarde.

Díselo.

—Si quieres que ruegue, lo haré. Te lo pido, dime qué son estas estatuas. ¿Qué es este Santuario?

El hogar de tus amigos.

Díselo.

—¿Me puedes oír?

Esos son Markie, Gab, y Cosmo. Díselo.

—¡Por favor!

Olvídalo.

—Ya puedes irte.

Continuó dando vueltas entretanto recuerdos de recuerdos formaron burbujas en el fondo del infinito océano que era su mente hasta que lograron emerger a la superficie. Sonrisas, miradas, caricias, roces, golpes, y luego claras visiones de rostros familiares cuyos nombres sabía demasiado bien. Pero, ¿quiénes eran? ¿Cómo se vocalizaban esas letras?

El Gran Vacío no daba respuestas, y el Santuario le arrancaba las palabras cuando estaba a punto de lograr pronunciarlas.

Vio la estatua de espejos y se observó a sí mismo. Everett, sí, ese era él, y los espejos replicaban todos sus movimientos. Reflejaban también al resto de las estatuas. ¿Esa era la clave? Everett y... tres otras estatuas. Tres otros Dioses. Everett y los suyos.

Su sombra fluctuó, vibró, y gritó desde todas sus partes:

—¡The Mixtape!

Las estatuas se contrajeron una sola vez como si se quitasen el polvo de encima, y de inmediato volvieron a endurecerse.

—Cosmo.

La estatua de carne cobró vida, palpitando.

—Gab.

La estatua de basura cobró vida, temblando.

—Markie.

La estatua de rosas cobró vida, floreciendo.

—Everett.

La estatua de espejos cobró vida, imitando.

Anonadado, con una sonrisa imposible que enloquecería a cualquier espectador, Everett observó a las estatuas levantarse y actuar igual a como sus amigos lo hacían en un día a día; durante cientos de milenios.

## Capítulo 56

### *En el Gran Vacío*

Sin embargo, toda su felicidad se consumió y el Gran Vacío se inundó con las lágrimas de Dios cuando este entendió que, incluso con esas estatuas cual réplicas de lo mejor que le había ocurrido como humano, algo seguía desaparecido.



## Capítulo 57

*En el Gran Vacío*

Ellos no eran los suyos.

Ellos no eran *The Mixtape*, por más que su olor fuese similar, por más que sus cuerpos estuviesen formados a imagen de sus musas, por más que sus voces tuvieran el mismo timbre y rieran de las mismas formas desastrosas y melodiosas; por más que lo intentaran, ino eran ellos!

Tenía que hacer algo al respecto, pero, mientras las estatuas avanzaban y se divertían cual chiquillos en busca de una aventura, ignorándolo a él y al Gran Vacío como si no existiesen, Everett solamente podía observarlos; estudiándolos, adorándolos y odiándolos tanto como a los verdaderos. Era confuso y no podía pasarlo por alto.

Los acompañó en incontables travesías como un espía divino, sin interferir sobre ellos.

Como ya lo sabía, esas estatuas traídas a la vida no eran quienes pretendían imitar, y era por eso que Everett no podía usar los nombres de los verdaderos para referirse a ellas; entre charlas que solo oía y acciones que apenas veía, Everett recordó que en todo el repertorio de *The Mixtape* solamente existían tres canciones en las que él no había contribuido en lo absoluto.

«*Vandálico*» fue creada por Gab. Relataba con palabras explícitas las consecuencias de marginar a quien no lo merece.

«*Frágil Destello*» fue creada por Cosmo. Una canción acerca de cómo la más tenue luz puede guiar a través de la oscuridad más opresora.

«*Otro Otoño Putrefacto*» fue creada por Markie. Hacía poéticos cuestionamientos a la manera en la que pasan los años sin que se pueda hacer nada al respecto.

Esos nombres parecían adecuados.

Frágil, Vandálico, y Putrefacto; y claro, el Everett Impostor, lo acompañaban en el ahora demasiado concurrido Gran Vacío.

## Capítulo 58

### *En el Gran Vacío*

Con el poder que le confería su posición divina (es al revés, ¿no es cierto?) comenzó a hacer cambios a Frágil, Vandálico, y Putrefacto, pero dejó en el olvido a Impostor porque acá ya estaba el Everett que importaba.

Transformó el alambre de púas de Vandálico por largos mechones de una cabellera anaranjada brillante, piel manchada de pecas, ojos de un verde cautivador, y un suéter beige holgado con pantalones desgarrados y tenis viejos; hizo que la carne carmesí de Frágil entrara en metamorfosis hasta ser tostada por el sol de Su grandeza, con un rostro amigable cuyos labios tenían una cicatriz que lo hacía hablar de manera graciosa, y una camiseta del álbum "*Fly by Night*", con pantaloncillos y sandalias; las rosas de Putrefacto cayeron, siendo reemplazadas por piel oscura, perforaciones de joyería simple, una sonrisa perfecta, y ropas de piel cual matón de manual.

Los examinó durante otra eternidad y continuó insatisfecho.

Modificó detalles minúsculos en su manera de andar, de hablar, de observar hacia el horizonte y sonreír con la llegada de cada nuevo día a lo largo de milenios, y ellos seguían siendo meras copias por más que Everett se esforzara.

Comenzó a despreciarlos porque no podían ser perfectos, pero los seguía queriendo debido a que eran lo más cercano a una compañía genuina que iba a encontrar en el Gran Vacío.

¿Por qué? ¿Por qué nada funcionaba?

La misma duda surgía tras cada metamorfosis, notándose cada vez más lejano de aquellos a quienes conocía mejor que nadie a pesar de que pudiera fundirse con su interior. Si le comandaba a Putrefacto contarle una vieja historia, las palabras lo atravesaban y los recuerdos se sentían triviales e intrascendentes; si le rogaba a Frágil por un abrazo, su agarre se sentía helado y pesado, como cadenas en lugar de suaves mantas; y si le pedía entre lloriqueos a Vandálico por un beso, este carecía de dulzura.

Se sentía abandonado.

No sabía si era justo que el único y verdadero Dios estuviera solo, pero no se lo parecía. ¿Los ángeles y los discípulos eran creados por esta razón? No; aunque así fuera, eso no era lo que Everett necesitaba para reemplazar a Putrefacto, Frágil y Vandálico. Necesitaba a otros Dioses:

humanos que alcanzaran la cima, humanos que perdieran la integridad y la sanidad, humanos que lo dieran todo para ser algo incomprensible fuera de ellos mismos. Esos humanos eran Markie, Cosmo y Gab.

Lleno de la más grande tristeza, capaz de hacer que el Gran Vacío se consumiera sobre sí mismo, Everett emprendió el infinito viaje de vuelta al Santuario, donde abandonó a las estatuas.

## Capítulo 59

*31 de octubre de 1989, 12:05 a.m.*

Pasada la eternidad, Everett estuvo de regreso en el bosque, ante su trono, aplastado cual insecto bajo el desconsuelo abominable de ser Dios.

Su rostro de nuevo humano se deformó en una mueca de dolor.

Cayó de rodillas con las manos sobre el pecho y ahuyentó a todo ser vivo a kilómetros a la redonda cuando se echó a llorar.

## Capítulo 60

*12:06 a.m.*

El largo de la carretera aumentaba tras cada bache y placa de hielo que intentaban cruzar, con tanta diligencia como velocidad les fuese posible. Las luces delanteras alumbraron un montón de tierra con motes blancos que salió volando tras Markie hacer una maniobra brusca para que el auto no chocara de frente contra una montaña de nieve.

Vio de reojo que el gesto molesto de Gab se acentuaba, abriendo la boca para quejarse. Markie se adelantó.

—Lo hago con tanto cuidado como puedo.

—Como un idiota, querrás decir.

—Si tú estuvieras al volante, ya ambos estaríamos enterrados bajo la nieve o aplastados por la camioneta, ¡o ambas cosas!

—¿Intentas bromear en un momento así? —refunfuñó Gab.

Se giró hacia la ventana que había venido observando durante casi todo el camino, buscando a Everett entre las sombras.

—No pretendía ser gracioso —dijo Markie, en un susurro.

Dio una vuelta cerrada hacia la derecha creyendo que esta era la que los llevaba de vuelta a su casucha, pero la carretera simplemente continuó, perdiéndose en la lejanía de la medianoche. Cada vez que creían estar a un par de minutos de arribar, el mundo a su alrededor se deformaba igual que una reprogramación cuya única meta era alejarlos de su destino.

Gab soltó un gruñido y se masajeó las sienes. Markie permaneció mirándola de reojo, intentando mantener la calma en aquel universo donde ya todo estaba perdido. El camino seguía extendiéndose y los árboles, multiplicándose. La luna y sus camaradas estelares los acompañaban como cadáveres atados al parachoques.

La duda que se había sembrado en el corazón de Markie ya había echado raíces hasta volverse insufrible, atenazando sus sentimientos con espinas que le hacían sangrar desánimo. Aquella sangre salpicó a Gab cuando la llamó por su nombre, mirándola luego con una emoción inconfundible brotando de cada poro: tenía un terrible presentimiento que los involucraba a ambos. Ella no supo si molestarse más o preocuparse hasta

llegar a las lágrimas.

—¿Qué pasa?

—¿En serio me quisiste? —dijo Markie, nervioso y firme—. ¿Tan siquiera un momento?

—Es inútil hablar de eso ahora.

—Puede que después no tengamos oportunidad.

—¿Dices que esta puede ser nuestra última noche con vida?

—No evadas mi pregunta —dijo. Una sonrisa triste logró formarse sobre sus labios, y alargó la mano para tomar la de Gab cálidamente, entretanto se tragaba el llanto para formular sus siguientes palabras—. Sé honesta. Podré con ello.

Gab desvió la mirada y se apartó de su caricia.

Mentira, gritó el interior de Markie. No podría con ello.

—Alguna vez, quizá —dijo Gab—. Sí, en definitiva, llegué a quererte.

—Pero no por mucho, ¿no?

Gab asintió. Markie sabía que la siguiente pregunta era inevitable, pero, aun así, ambos se estremecieron.

—¿Amas a Everett, aún después de todo?

A Gab le fue imposible responder.

—No me enfadaría si lo hicieras; estaría deprimido, por supuesto, pero eventualmente lo superaría. Después de algunos tragos y un par de años —dijo Markie, riendo para no llorar—. Pero, ¿sabes por qué no me enfadaría?

—¿Porque eres muy maduro?

—Porque yo también lo quiero de regreso.

Una necesidad desastrosa de reptar de nuevo hacia sus caricias, de tomar su mano entre las suyas y besar su palma porque no podía articular los pensamientos que le aceleraban el corazón inundó el cuerpo de Gab, pero se detuvo un segundo antes de hacerlo, sin saber por qué.

—Tras lo que ocurrió en el festival... —Markie sacudió la cabeza—. Mierda, tras todo lo que ha sucedido desde siempre, no quiero perderlo, sea ante esas pesadillas o ante cosas que ni tú ni yo entendemos.

Gab asintió, sin decir nada.

—Everett no puede estar solo —concluyó Markie—. No puedo dejarlo desamparado.

El camino dejó de ser pavimento, transformándose en uno de nieve, y el complejo de edificios se hizo visible a los pocos segundos. Markie se estacionó.

Se apearon del auto conteniendo la respiración; sus pasos eran ruidosos al acercarse a la puerta entreabierta de la casucha, esperándolos, como las puertas del Infierno. Se detuvieron a unos pasos del umbral apenas un segundo.

—No podemos entrar así como así, deberíamos... —comenzó Markie, pero Gab se adelantó.

—¡Gabriela!

Ella se adentró en la casa y desapareció antes de que Markie pudiese rogar que no se apartase de su lado.

## Capítulo 61

*Verano de 1976*

La familia de Markie emprendería un viaje vacacional a una playa cercana a New Haven, en Connecticut, donde acamparían por un par de días hasta mudarse de manera definitiva a Atlantic City. La malcriada de Molly, su hermana mayor (cuyo cumpleaños ya se acercaba, ¡no te olvides!), no pudo esperar ni siquiera un par de días para probar las playas de Atlantic City, por lo que obligó a papá y mamá a organizar todo aquel circo a pesar de que fuese una total pérdida de tiempo.

—¡Nunca he visitado una playa en toda mi vida! —había dicho, sentada a la mesa cual reina que comanda a sus fieles, pero idiotas, vasallos—. Cumpliré los diecisiete en un mes, ¡y nunca he visitado una playa! Quiero ir a New Haven, para nadar y jugar antes de que quede en ridículo con los nuevos amigos que haga en Atlantic City cuando les confiese que jamás he podido sumergirme en altamar. Papito, me comprarás un bañador, ¿verdad?

—Bueno, nena...

—No te entrometas, mamá, no me convencerás de cambiar de opinión. ¿O es acaso que no crees que lo valga? ¿Es por mis calificaciones? Prometí que mejoraría al entrar a esa nueva escuela. Oh, oh, ¡ya sé! ¿Puede ser este viaje mi regalo de cumpleaños?

—A todo esto, ¿por qué importa tanto? —refunfuñó Markie, picando con desdén las verduras en su plato.

—Ya te lo dije, quiero visitar una playa —se cruzó de brazos y se giró a ver a su hermana menor—. Además, Mina me dijo que a ella también le gustaría ir.

—Tuve un sueño acerca de ese lugar —dijo Mina, viéndolos a todos con infantil fascinación.

—Sí, sí, ¡igual que yo! —retomó Molly—. ¿O es que lo leí en una revista...? Como sea, ¡tenemos que ir! Papá, por favor, ¡prometo que no volveré a pedir otra cosa nunca!

—También quiero ir. Vamos, vamos —canturreó Mina, sentándose de rodillas sobre su silla y juntando las manos sobre su cabeza cual plegaria—. ¡A la playa! ¡A la playa!

Markie enterró la cabeza entre las manos, dando ya por sentado que estaba decidido: harían ese viaje. Cuando Molly y Mina unían fuerzas para



ponerse a rogar de esa manera, no había nada que las detuviera hasta que papá cedía, lo cual, de todas formas, nunca tomaba mucho tiempo.

Apenas dos días después, ya todo estaba planeado. Dieron instrucciones a la compañía de mudanzas para que viajaran directamente desde su hogar en Vermont hasta Atlantic City, donde la abuela (implacable cuando se trataba de dar órdenes) se encargaría de que todo estuviera en forma para cuando ellos arribaran. Así, la familia de Markie, manejó en su camioneta rumbo a la playa en New Haven, tan solo para callar a las pequeñas mimadas.

Con el puño contra su mejilla y el codo sobre la ventanilla abierta en el asiento posterior, Markie suspiró. ¿Qué se le iba a hacer? Fuese o no una decisión turbada, no iba a pasársela malhumorado con una aventura tan al alcance de la mano; la verdad era que, a sus catorce años, él tampoco había visitado nunca una playa, y la idea de construir castillos de arena y tomarse un helado mientras chicas lindas se paseaban por ahí con sus grandes sombreros y pequeños bikinis no se le hacía para nada desagradable.

Podría agradecerse a sus hermanas, pero los cumplidos se les subían fácilmente a la cabeza, así que permaneció callado, sonriéndole al paisaje que desfilaba frente a ellos.

Una clara mezcla de tristeza y emoción llenó el pecho de Markie al darse cuenta de que, probablemente, jamás regresaría a aquel pueblecillo. Hizo un puchero, sacando todo el cuerpo que podía sacar por la ventanilla con el cinturón puesto, cuando el auto se acercó a la autopista y comenzó a tomar velocidad. El viento le revolvió la ropa y los rizos. Se volteó hacia atrás, buscando su vieja casa ya desaparecida en la distancia.

—Adiós, Vermont —murmuró.

—¡Hola, New Haven! —chilló Molly.

Lo había hecho al ver el letrero de bienvenida kilómetros atrás, al llegar a una gasolinera para descansar, y lo había hecho sin parar mientras arrastraba a papá hacia las interminables tiendas en un supermercado donde todo era demasiado costoso. Ahora lo hacía al precipitarse fuera del auto cuando este por fin aparcó cerca de la tan implorada playa.

Molly de inmediato se acercó a papá para abrazarlo tan fuerte que el color en sus mejillas palideció.

—¡Oh, papi, muchas gracias! Te prometo que jamás volveré a reprobar otra clase, y jamás meteré a más chicos a escondidas a mi habitación, ni

tampoco me robaré la mesada de Markie...

—¡Oye!

—... Y hasta leeré todos esos libros aburridos que me compraste hace tanto.

Papá le dio unas palmaditas en la espalda, sonriendo apacible.

—No ha sido nada, cariño. ¿Ya le agradeciste a mamá?

—¡Mamita! —dijo Molly, soltándolo a él y arremetiendo contra mamá, cuya espalda casi se rompió bajo el fuerte abrazo. Repitió su monólogo de promesas—. ¡Ven, Mina! Agradécele a papá y mamá.

Markie se limitó a sonreírles (lo que sus padres parecieron agradecer), y se adelantó a sacar del maletero el asador, la hielera, y la gran sombrilla a colores que, según decía mamá, eran vitales para pasársela en grande a las orillas del mar.

## Capítulo 62

*Verano de 1976*

¿Cómo describir una playa? ¡Como absolutamente maravillosa, justo así!

Arena brillante que quema las plantas de los pies, sol abrasador del que no puedes ocultarte, mar celeste, esmeralda, e incluso negro en la lejanía, con olas que sacudían a los más atrevidos y que acariciaban los talones de los románticos; personas de todas edades yendo y viniendo con prisa y con calma, sombrillas y toallas esparcidas por doquier, piel bronceada, olor salado y vibrante, y vendedores ambulantes que aparecían siempre en el momento más oportuno. Desde el cielo, la muchedumbre lucía como un montón de hormigas chaladas, cuyas risas hasta podían ser oídas por las nubes.

Markie apenas podía apartar la mirada del distante horizonte azulado mientras caminaba detrás de Molly, que llevaba a Mina por la mano y que, a su vez, seguía a papá, que seguía a mamá, pues ella era la única con la confianza suficiente para navegar con libertad por la divertida multitud que apenas se giraba a verlos.

En definitiva, Markie adoraba las playas y a todo lo que tenía que ver con ellas. El mar era intimidante tanto como cautivador. Su creador seguro le había puesto un hechizo al cual apenas un puñado de criaturas eran inmunes, y Markie no era una de estas.

Sonreía como nunca.

La familia se equipó con sus bañadores en un vestidor público, y cada uno se enfrascó en sus actividades. Mamá y Mina anduvieron hasta una costa en donde había rocas lisas ideales para recolectar conchas y caracolas, mientras Molly sorteaba sus chances en el mar, y papá instalaba su pequeño campamento en un rincón apartado para después ponerse a cocinar unos filetes a la parrilla.

Markie no se había decidido a hacer nada así que se sentó en medio de todo, sobre su toalla, para ver pasar a cualquiera que fuese a pasar y dejar que su mente alcanzara a registrar todo lo que gritaban sus aceleradas emociones.

Pasó un rato y compró una bolsa de palomitas. Se la terminó sin apenas moverse y se puso de pie para estirarse, mientras, miraba a todas las chicas guapas, mucho mayores que él, que podía alcanzar a ver. Les sonreía con vergüenza cuando lo pescaban mirando, pero ninguna de ellas

parecía estar molesta en serio.

Soltó una risita al ver a papá moviendo las pinzas para la carne en su dirección, diciendo algo como "¡Te vigilo, muchacho!", y le dio la espalda.

Entre las personas que había frente a él cuando lo hizo, una en particular le llamó la atención porque no parecía pertenecer al sitio en el que se encontraba. Se trataba de un chico, ¿o era una chica?, vestido con pantalones de mezclilla y zapatos que no iban con la playa, además de llevar una chaqueta gruesa. Estaba sentado contra una pendiente a unos cincuenta metros de donde estaba Markie, se abrazaba las rodillas contra el pecho y parecía no parpadear, viendo en dirección al océano. Markie siguió su mirada.

Se percató de que el chico estaba contemplando una isla en dirección al oeste, a la que uno llegaría con facilidad en una lancha o incluso en un bote a remos. Se preguntó si la vigilaba con tanto recelo porque deseaba visitarla, así que volvió su atención a él.

Markie dio un paso atrás cuando notó que el chico ahora lo observaba fijamente. El chico ladeó un poco la cabeza, como un animal que estudia algo que no entiende, y luego las comisuras de sus labios comenzaron a temblar grotescamente, curvándose hacia arriba como si parodiara la sonrisa de un monstruo.

A pesar del calor, Markie comenzó a temblar.

—¿Quién eres? —dijo en un murmullo, esperando que el otro le leyera los labios, pero no obtuvo respuesta.

Avanzó varios pasos en su dirección sin prestarle atención al alrededor que lo había hechizado con su belleza hace apenas unos minutos, cuando algo lo golpeó en la nuca, arrojándolo hacia delante y haciéndolo caer de frente sobre un castillo de arena a medio construir.

—¡Oye! Fíjate por dónde vas —chilló una joven.

—Oh, mierda —gritó un tipo—. Enano, ¿estás bien? ¡Lo lamento!

Gruñendo y sobándose la nuca, se sentó sobre las ruinas del castillo. A su lado una chica con palas de plástico en las manos se quejaba, mientras que a su izquierda un tipo con una pelota de vóleibol bajo el brazo pedía disculpas repetidamente. A lo lejos, podía oír la risa escandalosa de Molly.

—¡Te dieron de lleno, tarado! ¡Bah-jajaja!

Se zafó de la situación rápidamente, sorprendiéndose cuando no volvió a

ver al chico, ni bajo la pendiente ni por ningún lado.

La noche descendió sobre New Haven con rapidez, ahuyentando a la mayoría de los visitantes de la playa. La familia de Markie, tostada por el sol de la tarde y exhausta por la juerga del día entero, trajo la casa de campaña del auto. Tuvieron una competencia para ver a quién le tocaba dormir afuera, puesto que la casita solamente podía contener a tres personas en su interior. Aunque a Mina, claro, se le otorgaba un lugar dentro por defecto, y por su tamaño, podía dormir sobre alguien más sin problema.

Tras una rápida humillación en el piedra, papel o tijeras, Markie perdió.

—Si quieres puedo intercambiar lugares contigo —había dicho papá, como no queriendo.

—No, estaré bie...

—Hecho —le interrumpió, entrando a la casita sin pensárselo dos veces—. Eres un buen hijo.

Mamá rio y giró los ojos.

—Tan solo no te apartes de la fogata —dijo, y depositó un beso en su frente—. Buenas noches.

—Descansa, mamá.

Ella entró y cerró el zipper de la puertilla tras de sí. Markie se tumbó sobre su bolsa de dormir. Ya se había puesto el pijama, sobre el cual llevaba una sudadera vieja de papá, por lo que no se apresuró a cobijarse.

Mientras escuchaba la última conversación procedente de la casita, volvió la vista al cielo desde donde la luna parecía sangrar su brillo sobre la arena blanca y los cristalinos reflejos refractados en el mar completamente negro; este se había transformado en un vacío que te condenaba porque, si caías en sus profundidades, jamás regresarías. Su magia cautivadora había deformado en una que atemorizaba, y Markie tampoco era inmune a esta.

Recordó al chico de esa tarde y se preguntó dónde se encontraría ahora, pero agridulce cansancio interrumpió sus pensamientos, arrastrándolo consigo con ayuda del dueto que cantaban las olas y el crepitar de las llamas.

Cayó dormido apenas cerró los ojos.

Horas más tarde, dos pálidas manos le cobijaron, y un cuerpo vestido de negro se recostó a su lado sin hacer un sonido.

## Capítulo 63

*Verano de 1976*

—¿...conmigo?

Markie gruñó, frunció el ceño, y se giró sobre sí mismo.

¡Un momento! ¿De quién era esa voz?

Abrió los ojos y volvió a girarse, topándose con un rostro fantasmal que no parpadeaba.

—¡Tú...! —gritó.

Era el chico de antes, y estaba acostado apenas a cuarenta centímetros de él, serio como un muerto. Frío anormal le caló hasta los huesos.

—¿Quién eres?

—Everett —dijo, sin emoción—. ¿Tú?

—Markie —dijo, y lo observó de arriba abajo—. ¿Qué haces aquí? ¿Y tus padres?

—En casa —suspiró—. Necesito que me ayudes, como estaba diciendo, creo que perdí algo y no quiero buscarlo solo. ¿Lo harías conmigo?

—¿Cómo que “crees”?

Everett lo ignoró. Alzó una mano con el dedo índice apuntando hacia el oeste. Markie siguió su señal con la mirada, encontrándose con la isla.

—Espera a la mañana. Nadie te llevará ahí ahora.

Everett bufó y se levantó sin apartarle la mirada de encima, haciendo que Markie tuviera un extraño presentimiento. Aunque hablara y se moviera, Everett no parecía encontrarse lúcido.

—Sé que no me dejarás ir solo.

—¿Qué? —dijo Markie, pero Everett ya había pasado sobre él para ir a toda velocidad a la orilla del mar mientras se sacaba la ropa de encima—. ¡Oye, espera!

Chapoteo lejano le respondió, y pronto el cuerpo desnudo de Everett se

alejó, brillando como otra estrella contra las olas.

Markie soltó una palabrota. Corrió hacia la orilla, gritó una docena de veces para que Everett se detuviera, pero él continuaba alejándose. Se giró para llamar a papá y mamá, luego, silencio. Sus gritos eran tragados por la noche.

Casi perdió el rastro de Everett cuando, entre maldiciones, se quitó el pijama y se quedó en calzoncillos. Se zambulló en el agua de un salto. Estaba helada y pronto sus pies dejaron de sentir el fondo; sintió que el corazón se le subía hasta la garganta, pero no dejó de nadar, siguiendo la espalda apenas visible de Everett, a quien las olas y las corrientes no molestaban pues seguía en camino recto sin mirar atrás, sin inmutarse, como un loco protegido por su determinación.

—¡Aguarda! —gritó Markie, tragándose un chorro de agua salada. Dio una voltereta, su hundió y emergió, y siguió andando—. ¡Everett...! Espera, maldito seas...

Ese infeliz estaba chiflado, y él mismo era un imbécil por seguirlo.

Llegar a la isla fue como pelear contra un ejército violento. El aliento le faltaba y todo su cuerpo palpitaba con dolor ácido cuando arribó a la orilla, gateando.

Le tomó varios segundos darse cuenta de que la arena... ¿estaba tibia? Tomó un puñado entre sus manos y los guijarros se sintieron calientes contra sus palmas y dedos al deslizarse entre estas. Su boca estaba abierta en gesto incrédulo.

Levantó la mirada.

La isla estaba silenciosa y Everett no se veía por ningún lado. En la isla había un par de palmeras, trozos de madera regados aquí y allá, algunas matas de hojas verdes y alargadas y, al otro lado de donde se encontraba Markie, había una canoa con un solo remo. Había tan poca vegetación que nadie podría ocultarse aunque lo intentase.

Se puso de pie lanzando una patada al suelo. ¿Qué diablos podría haber perdido alguien en un lugar como este?

—¿Eve...? ¡Umpf!

Un brazo delgado le rodeó por la cintura al tiempo que una mano le cubrió la boca. Markie dio un codazo hacia atrás; Everett se dobló y gimió, pero no lo soltó, haciendo que los dos fueran a parar contra las olas de la



costa. ¡Splash! Markie pataleó y se removió sin conseguir nada.

—¡No lo hagas, no lo hagas! —gritó Everett, en un susurro—. No lo llames. No quiero que nos oiga.

—¿Qué...? ¡Auch! ¿Qué es lo que estás diciendo?

—No llames a Everett.

Su forcejeo se detuvo por un segundo para luego volverse más violento que antes. ¿No llamarlo? ¡Pero si tú eres Everett! La arena comenzó a echar humo, enrojecida, mientras que las olas a sus espaldas estaban frías como gaseosa que pasa la semana entera en el congelador.

—¡Suéltame!

—Nosotros somos amigos, ¿no? —murmuró—. Estaremos bien sin él.

Entender tan poco como lo hacía tan solo lo inquietaba más.

Markie lo tomó por la muñeca con ambas manos y lo mordió, pero, aunque lo hizo sangrar, Everett no lo soltó.

Siseos y humo cubrían su alrededor mientras Markie sentía el sabor metálico entre los dientes y ardor en las piernas; hacía frío, ¡tanto frío! Se le chamuscaban los vellos del cuerpo, y Everett continuaba callándolo, ahora con una voz temblorosa que delataba lo mucho que quería echarse a llorar.

—Está bien —consiguió decir Markie—. No lo llamaré.

Se arrastró de espaldas fuera de su alcance tan pronto Everett lo soltó. Al estar frente a él, un grito involuntario se escapó de sus labios. Se precipitó sobre el agua, pero esta se transformó en hielo sólido bajo sus pies. Resbaló y se estrelló de frente con un golpe sordo; su cabeza se llenó de extraña neblina con forma de espirales, los oídos le retumbaron, y de inmediato algo pegajoso y caliente le bajó por entre las cejas, proveniente de una zanja abierta en su frente.

Se deslizó como halado por un hilo de vuelta a la arena hirviendo, y el hielo volvió a transformarse en agua salada cuando llegó a la isla una vez más.

Everett se acuclilló a su lado, sosteniéndolo contra la arena.

—Mierda, ¿estás bien?

—No.

—Déjame ayudarte.

—¿Tú hiciste esto?

Everett le dedicó una sonrisa nerviosa y se alzó de hombros. Acarició su herida con la yema del pulgar, y esta se cerró bajo su toque, eliminando el dolor.

—¿Mejor?

Markie se tocó la frente sin entender nada; sin embargo, sí que se encontraba mejor.

—Gracias.

—No es nada.

Por la manera en que aquellos ojos muertos le miraban, irse no era una opción. Markie se sentó de piernas cruzadas entre el agua y la arena.

—¿Qué era lo que buscabas?

—Ya te lo dije.

—Sólo dijiste que creías haber perdido algo.

—Así es.

—Por lo tanto, ni siquiera sabes lo que es.

—En absoluto —dijo Everett, y chupó la sangre de su dedo y de la herida en su muñeca, que ya estaba cerrada, con un ruidoso chasquido—. Quizá tan solo quería compañía.

—Venir hasta acá no era necesario.

—Lo fue para estar a solas.

—¿Me harás daño?

Everett se echó a reír, negando con la cabeza.

—¡Por supuesto que no!

—Tienes... Tienes algo raro. Eres muy extraño.

—Ya lo sé. Pero, ¿te molesta?

—Creo que no —dijo Markie, alzándose de hombros.

Seguramente era el shock o el cansancio, pero en realidad lo raro que fuese Everett no le perturbaba. ¿El grito de antes? Un mero reflejo.

—En ese caso, supongo que encontré lo que buscaba.

Por primera vez Everett le dedicó una sonrisa completamente sincera y, desde aquel segundo, Markie tuvo la necesidad de jamás apartarse de su lado.

—Ocurrió desde antes, ¿no lo crees? —dijo Everett, leyéndole los pensamientos.

—Desde que nos vimos, imagino.

—¿Tienes hambre? Por algún lado vi una caña rota.

Cuando Markie se puso de pie para adentrarse en la isla, la temperatura de la arena se tornó tibia, curándole al tacto las ampollas en los pies. El aire se volvió denso y cómodo, impidiéndoles volver a sentir frío sin importar su semidesnudez y cuerpos humedecidos.

No se lo quiso preguntar porque probablemente ni siquiera Everett supera que estaba controlando todo aquello; por lo menos, no conscientemente.

—Yo encenderé el fuego —dijo, sentándose a unos metros de la orilla mientras Everett buscaba gusanos que harían de carnada—. ¿Siquiera hay lombrices aquí?

—Podría encontrar algunas si te callaras, ¡las asustas!

—Lo que las ahuyenta es esa cara que te cargas.

—Tú tampoco eres un Adonis, Markie —dijo, sonriendo tontamente—. ¡Ah, tengo uno! Oye, ¿seguro que prefieres el pescado? Prueba uno de estos, a ver, abre graaaaande...

—¡Aléjate de mí!

Everett rio escandalosamente y, aunque Markie lo encontró divertido, estuvo seguro de haber visto a Everett devorar algún insecto de tanto en

tanto, con una mirada vacía en los ojos.

Cenaron pescado quemado y charlaron por toda la noche, con Everett siempre llorando, siempre riendo, siempre susurrando, siempre gritando; y se montaron en el pequeño bote cuando comenzó a amanecer. En la playa les esperaban unos padres histéricos, un par de hermanas aun cabeceando, y los restos de una fogata consumida igual que las memorias de misterio y terror de la noche pasada.

—Estoy bien, mamá, en serio... Sí, eso es sangre, pero... ¡No, no me rompí la cabeza...! Mi ropa está por allá... Es que sí los llamé, pero no me escucharon. Sí, Sí... Lo siento. Espera, ¿cómo que una semana de castigo? ¡No! ¿¡Cómo que un mes de castigo?!—

—No discutas —dijo papá, arrojándolo con un cobertor después de hacer lo mismo con el chico a su lado—. ¿Quién es tu amigo, Marcus?

Los ojos de Everett se agrandaron mientras Markie respondía, pero no pudo detenerlo.

—Él es Everett.

Y Everett cayó de bruces a unos centímetros de las brasas, noqueado como la princesa que se pinchó el dedo con la aguja maldita.

## Capítulo 64

*Verano de 1976*

—¿Me escuchas? —dijo Markie, moviéndolo de un lado al otro para intentar despertarlo—. Everett, ¿me oyes? Despierta, por favor.

Mamá y papá habían corrido con las llaves del auto para ir a alguna farmacia cercana después de haber intentado despertar a Everett por varios minutos sin tener suerte. Molly se había quedado a cargo, ahora completamente despierta.

Los tres hermanos rodeaban el cuerpo inerte de Everett, cuya palidez y pesada respiración asustaban.

—Despierta, despierta, despierta —canturreó Mina, golpeándole la frente con las palmas abiertas.

—No hagas eso —regañó Molly, pero su mirada seguía fija en el rostro de Everett, y habló sin dirigirse a nadie en particular—. Juro... Juro que he visto a este chico antes.

—En pesadillas —dijo Mina.

Markie las miró con el ceño fruncido, pero ninguna de las dos dijo nada más.

Comenzó a pensar que hubiera sido mejor idea ir directamente al hospital hasta que su tren de pensamiento se vio interrumpido al notar que Everett arrugó la frente, tosió, y abrió los ojos tras largos parpadeos. Markie se inclinó hacia delante con un gemido de alivio.

—¿Estás bien?

Lo encaró y, temiendo que volviera a perder la conciencia, dijo su nombre en un susurro:

—¿Everett...?

Sus ojos, de un azul fantasmal, recorrieron rápidamente los tres rostros de quienes se alzaban sobre él. Jadeó y retrocedió a gatas mientras temblaba. Cuando miró hacia abajo y notó que iba vestido solo con sus calzoncillos al igual que el chico que lo veía con tanta preocupación, agarró con fuerza las orillas del cobertor para cubrirse por completo.

Dejó de apartarse tan solo cuando escuchó su nombre una vez más. Miró

a Markie.

—¿Cómo...? ¿Por qué sabes mi nombre? —dijo, sin aliento.

Everett se miró las manos y se toqueteó el pecho, sin saber si sentirse aliviado o incluso más confundido al comprobar que estaba bien.

—Tú me lo dijiste —dijo Markie.

—Yo no... No sé quién eres.

Molly hizo una seña para que Mina se colocara detrás de ella cuando Everett comenzó a mirar a su alrededor con el ceño fruncido y lágrimas perlándole los ojos. Se puso de pie torpemente, disculpándose, y se dirigió al montón de ropa tirada junto a la tienda de acampar.

—Esto es mío, ¿verdad? —dijo—. Lo siento. Debería volver a casa antes de que... Lo siento. Disculpen las molestias.

—¿Qué le pasa? —murmuró Mina.

Mientras Everett se vestía, Markie notó cómo las cicatrices y magulladuras de la noche anterior aparecían sobre su piel en cuestión de segundos, como si su cuerpo, hasta que despertó, le hubiera pertenecido a alguien más. Un moretón púrpura y amarillo se materializó en su costado, allí donde Markie le había golpeado, y en su espalda se marcaron rasguños y ampollas por la arena hirviendo.

—No te puedes ir, imírate! —dijo Markie, tras ponerse de pie a su lado—. Estuvimos despiertos toda la noche, estás solo, y no puedes dar ni tres pasos sin tambalearte. Imposible que te encuentres bien.

—No importa —dijo Everett, con una risilla—. Puedo llegar a casa andando, no te preocupes.

—¿Vives aquí, en New Haven? —terció Molly, y los ojos de Everett se abrieron tanto que daba risa—. Seguro que nosotros te podemos llevar si no vives muy lejos.

—¿New...? No. Te refieres a Nueva Jersey, ¿verdad? —corrigió Everett, mirándolos a todos por turnos—. Estamos en una de las playas de Nueva Jersey, a unos kilómetros de mi casa... ¿Verdad?

Molly y Markie intercambiaron una mirada.

—Estamos en Connecticut.

Everett se desplomó sobre la arena como si fuera a desmayarse otra vez, murmurando para sí una sola frase:

—¿Cómo llegué aquí?

Everett se cubrió el rostro con las manos cuando el llanto le venció. Markie se sentó a su lado sin decir nada.

Tras unos segundos comenzó a contarle lo que habían hecho la noche pasada, con Molly y Mina escuchando sin creer una palabra; pero Everett le creyó, absolutamente todo, aunque luego, al mirar al océano, no hubiera ninguna isla.

Las chicas ya se habían puesto los bañadores y la playa comenzaba a recibir a los visitantes mañaneros, dejándolos solos entre la creciente multitud. Veían el cielo sin nubes con un silencio extraño rodeándolos. A lo lejos Markie escuchó llamados asustados de papá y mamá, y solo hizo un gesto para asegurarles que todo estaba bien.

—Tú... —murmuró Everett—. ¿Markie? Gracias por ser a quien buscaba, al parecer —se rio, limpiándose los últimos restos de lágrimas de las mejillas.

Markie simplemente asintió, aunque no estuvo seguro de si le había vuelto a decir su nombre desde la noche anterior.

## Capítulo 65

*Verano de 1976*

Pesadillas. Estados alterados de la mente.

Esa era la mejor explicación que le pudo dar a los padres de Markie, porque ni siquiera Everett sabía con certeza lo que le ocurría.

Por suerte o por compasión, ellos lo aceptaron sin hacer demasiadas preguntas, y luego se centraron en descubrir su trasfondo. ¿Por qué había llegado a New Haven si decía haber vivido toda su vida en un pueblito remoto de Jersey? Aunque, en realidad, para los adultos, no era tan importante el por qué lo había hecho, sino el cómo iba a volver. Lo discutieron por un rato mientras los chicos se relajaban persiguiendo las olas.

El padre de Markie le había prestado un bañador a Everett, que le quedaba cómicamente grande, y que había tenido que atarse a la cintura con un trozo de cuerda; pero los cuatro rápidamente empezaron a reír y jugar a las orillas del mar en infantil camaradería. ¡Oh, pero, Molly, cuida bien de Mina! ¡Ya lo sé, mamá...!

Lo llamaron tras tener una respuesta y, aunque apenado cuando se reunió con los adultos, después de muchas risas y tropiezos, Everett se veía como un chico completamente diferente al que habían conocido por primera vez. Estaba sonrojado, era ruidoso, y tenía un encanto extraño que hacía que los demás no quisieran dejar de seguirlo a pesar de todo.

Como fuese, la solución era simple: se quedaría con ellos mientras viajaban al sur.

—De todos modos —había dicho papá—, nos queda de camino, y sería demasiado peligroso dejarte ir solo en autobús, ¡además de increíblemente aburrido!

Everett soltó una risita.

—Gracias, pero...

—Nada de peros —dijo mamá—. Nos acompañarás y fin de la discusión.

Markie, Molly y Mina soltaron un “*iYeeiii!*” colectivo, y mamá se dio la media vuelta.



—Ahora, ¿quién tiene hambre?

Entonces toda la familia, y Everett, vitoreó.

—Oye, oye, Markie, ¿me das tu porción?

—¡Hazte a un lado! Ya llevas tres platos.

—Oye, Mollyyy. Las chicas como tú están a dieta, ¿no? ¡Dame un poco de tu almuerzo!

—Ni aunque me lo pidieras de rodillas.

—No me retes.

—Yo ya no tengo hambre, Everett. ¿Quieres mis sobras?

—Eres un ángel, Mina.

—Sabes que, si tienes hambre, basta con pedir más, ¿no es cierto?

—¡Es que no le quería molestar, señor!

—Eres todo un caso, Everett.

—También lo dice mi madre, señora.

Después de pasar el día en la playa como cualquier otra familia numerosa, cerca del atardecer llevaron a Everett al centro comercial para buscarle algunas ropas limpias (iunas que no apestaran!, según Mina). Por suerte la familia de Markie era algo adinerada, por lo que pudieron darse rienda suelta en elegirle algo de buena calidad. Mamá le recogió el cabello tras cepillárselo concienzudamente.

—Si te esfuerzas mucho y entrecierras los ojos así —dijo Molly, tras verlo aparecerse con su nuevo vestuario—, hasta podría decir que eres apuesto. Lástima, eres demasiado joven para mí.

—¿Y para mí?

—Muy mayor, Mina.

Se detuvieron en una cabina telefónica al lado de la calle principal, y allí Everett marcó a sus padres. Intercambió por largo rato el auricular entre sí y los padres de Markie, con expresiones cambiantes entre culpa y alegría, y por fin le dejaron hablar a solas un momento.

—Oye, mamá —le susurró al teléfono—, ¿te acuerdas de aquél álbum que me diste hace unas Navidades? Sí, *Look at Yourself*, ¡ese mismo! Resulta que Markie también lo tiene. Y, a que no sabes qué... ¡Su padre sabe tocar un montón de instrumentos de orquesta! ¿Te lo puedes creer? Markie dice que le gusta el chelo y que, si se porta bien, con su mesada y un dinerillo extra, podría comprarse un bajo eléctrico.

Pausó por un momento, sonriendo, y jugueteó con el cordón del auricular cuando la otra línea le hizo una pregunta.

—¿Amigos? Sí, creo que sí. ¿Qué...? ¡No, papá, no hablo de una chica!

Era bastante ridículo que se sintiera apenado por algo como eso. No es que no tuviera amigos allá en casa, pero la verdad es que se sentía diferente con Markie; era un tanto más especial que cualquier otra amistad que había tenido hasta entonces. Pudiera ser por la manera tan bizarra en que se conocieron o por la forma en que su familia le acogió sin preocuparse demasiado, pero Everett, junto a Markie, se sentía bien. ¡Estaba a salvo!

Su amistad era genuina.

Por fin se despidió, asegurándoles que estaría en casa muy pronto y que no tenían por qué preocuparse.

Colgó y luego se montó en la camioneta para iniciar su viaje.

Apenas pasaron algunas calles, desembocaron nuevamente en la carretera; la conversación era avivada entre chicos y grandes, y la radio les acompañó hasta altas horas de la noche con música *blues* a alto volumen, cuyas letras siempre eran entonadas con clase por la madre de Markie mientras los dedos del padre tamborileaban sobre el volante. Los pequeños pronto se quedaron dormidos en una revoltura de brazos, piernas, y rostros enrojecidos.

Almorzaron en un restaurante de paso, se contaron secretos, volvieron a la pista gritando canciones, merendaron en otro buffet en el camino, se quejaron del calor, y volvieron a la carretera una vez más, escuchando el programa de chismes que Molly no podía perderse por nada del mundo.

Al llegar a Nueva Jersey, siguieron hasta desviarse a las afueras de Smithville, donde Everett vivía.

El auto familiar de los Jackson esperaba cerca de un camino de tierra pues habían acordado encontrarse allí durante su llamada. Los rostros preocupados de sus padres deformaron en alivio cuando lo vieron emerger de la camioneta, entre avergonzado y satisfecho. Ambos se apearon rápidamente mientras una tercera figura, pequeñita, agazapada en el

asiento trasero, simplemente miró a Everett con un puchero.

Everett le saludó, pero la figura no lo imitó. Sus padres, por otro lado, no sabían si reprenderlo o echarse a llorar, por lo que se limitaron a abrazarlo mientras agradecían repetidas veces a los padres de Markie. Solamente ellos, y Markie, habían bajado de la camioneta pues Molly y Mina habían vuelto a quedarse dormidas.

—Está de más agradecernos, Everett fue un gran pasajero.

—De cualquier forma, bondad como la de ustedes no se encuentra en cualquier lado.

Markie y Everett se alejaron de los adultos mientras estos se enfrascaban en una conversación demasiado aburrida y demasiado repetitiva.

—Avísame cuando estés libre y te presentaré a mis amigos.

—Vaya, ¿otros locos como tú? Con uno tengo suficiente.

—Entonces púdrete con tu soledad, Marcus —se burló Everett.

—En cuanto termine de desempacar, te invitaré a mi casa —dijo Markie—. Tengo un montón de vinilos que quiero mostrarte.

—¿Tienes tocadiscos? ¡Llevaré algunos de los míos!

Everett le mostró el terreno mientras ambos pateaban piedras y jugueteaban con ramas tiradas a la orilla del camino. Quizá así Markie se atreviera a visitarlo sin necesidad de una invitación. Luego de un rato, fue hora de que su familia continuara con la mudanza para por fin completarla.

Los chicos se despidieron tranquilamente pues no tenían miedo de que esta fuera la última vez que se vieran.

## Capítulo 66

### *Verano de 1977*

Seguramente jamás se hubiesen conocido de no ser por la aventura noctámbula que emprendió Everett, y por la increíble coincidencia de haber visitado en el momento preciso aquella playa por un capricho bobo de Molly.

Everett y Markie iban a escuelas distintas, su brecha de edad era de un par de años, vivían casi a treinta minutos de distancia uno del otro, y tenían rutinas muy diferentes. No es que fuesen polos opuestos; más bien eran algo así como evoluciones distintas de la misma célula. ¡Eso era! Dos bichos raros que apartados vivían a plenitud, pero que juntos lo superaban todo.

Aquel verano, Markie y Molly tuvieron una conversación curiosa tras este haber pasado la tarde entera practicando una canción que él y Everett adoraban en (¡sí, se lo había comprado!) su bajo eléctrico.

Everett se montó en su bicicleta con su guitarra acústica atada a la espalda y se despidió con un gesto para luego desaparecer girando en una intersección. Markie se sentó en el césped del patio trasero de su casa hasta que lo vio desaparecer. Luego, volvió su atención a las gruesas cuerdas de su instrumento. Cigarras habían comenzado a cantar a lo lejos mientras un manto rosado estaba tendido en el horizonte; un par de luciérnagas volaron por encima de sus rodillas para luego alejarse hasta los columpios en la calle paralela.

Molly soltó un suspiro cansado al sentarse a su lado, luciendo un bonito vestido púrpura.

—Por fin se fue, ¿eh?

—Lo dices como si te alegrara —Markie ladeó la cabeza, mirándola—. Creí que te caía bien.

—Es un buen tipo, pero...

—¿Te desagrada?

—Cuando está ahí sentado como una estatua, cuando se queda mirando al vacío y dice cosas raras, y cuando te pones a escuchar lo que algunas personas saben de él; sí, me desagrada entonces. Me inquieta tanto...

Markie no dijo nada.

—A Mina también, y creo que a nuestros padres por igual, pero ellos lo ocultan muy bien.

—Cualquier adulto sabe mentir.

—¿Te imaginas una vida sin Everett, ahora que lo conoces?

—No — Markie se alzó de hombros, restándole importancia y seriedad al asunto.

—Es que tú eres igual de lunático.

Molly gruñó, se levantó, y caminó de vuelta a casa sin esperar respuesta. Escuchó que Markie se reía y ella se molestó porque había hablado completamente en serio. Lo miró por sobre su hombro. Una parte de sí, quizá su instinto de hermana mayor o su paranoia bien justificada, la hicieron pensar que la amistad entre esos dos sería demasiado: demasiado buena y demasiado mala. Demasiado de todo.

Nunca se los dijo porque eran felices.

## Capítulo 67

*31 de octubre, 12:08 a.m.*

Ahora, más de una década después, los sentimientos de Molly lo arrinconaron como si un fantasma lo hubiera atravesado, haciéndole ver todos los recuerdos de una vida pasada.

Markie parpadeó, dando traspiés, y tomó una bocanada de aire.

Alzó la mirada hacia los techos, las ventanas, los pinos y los árboles que se habían tragado a Gab. La entrada al complejo estaba ahí, a unos metros de distancia, pero cuando seguía el contorno del umbral con la mirada, este se alargaba hasta perderse en el infinito más allá del cielo.

Se iba a enfrentar a lo peor que el mundo tenía por ofrecer solo, sin armas. ¡Mala idea! Susurró su mente. Miró a su alrededor, se giró en redondo, y vio el auto. Dentro debía haber algo útil.

Abrió la puerta del conductor y se inclinó hacia adentro con tal rapidez que casi chocó de cara contra el asiento; buscó en la guantera, salió, abrió el maletero, se asomó a los asientos posteriores, y no encontró nada útil. Incluso hubiera tomado su bajo como un arma si tan solo lo hubiese traído consigo, pero no había nada.

Un brillo plateado le alumbró los ojos y Markie, confundido y esperanzado, lo siguió. En el tablero había un par de pequeñas tijeras que Gab había olvidado ahí la noche en que todo empezó. Tijeras. No era perfecto, pero era suficiente.

Siguió su camino una última vez hasta el complejo, deteniéndose ante el porche tras guardarse las tijeras en el bolsillo de la chaqueta. Abría y cerraba los puños lentamente, pero su respiración era muy rápida.

Recordó que, poco después de conocerse, Everett ya no tuvo más amigos que los que pertenecían a *The Mixtape*; lo abandonaron, pero él no podía ser como el resto.

*Demasiado de todo.*

Cruzó el umbral cerrando los ojos.

Molly no se había equivocado, pero ahora Markie estaba muy ocupado preguntándose lo mismo una y otra vez como para preocuparse de sus errores o aciertos pasados.

¿Ahora, como en la isla que nunca existió, bastaría con que estuviera al lado de Everett para salvarlo y traerlo de vuelta?

¿Bastaría con decir su nombre?

## Capítulo 68

*12:11 a.m.*

Gab, oh, Gab, ¿por qué?

El viento a su alrededor se transformó en voces y todas pertenecían a Everett. Había querido girarse y correr para volver por donde había entrado, pero cada vez que se movía su alrededor lo hacía con ella, llevándola solamente a donde el edificio quería que fuese.

Gab, oh, Gab, te extrañé tanto.

Se desvió hacia la derecha y continuó andando; su alrededor olía como polvo espacial, mientras sus botas se hundían en lodo que aparecía y desaparecía a voluntad. Subió escaleras en espiral y desembocó en un piso vacío, sin pared de fondo, donde tan solo había vacío cuando miraba hacia abajo. Al volver a mirar, a sus espaldas se abría un laberinto.

Gab, oh, Gab, por fin has llegado.

—¡Everett! —gritó al fin—. No te escondas, imaldito cobarde!

—Estoy justo aquí.

Justo allí, frente a Gab; con su cabello despeinado, su camiseta a blanco y negro, y una mirada que la hacía sentir que no había nadie más en el universo.

Fuego volátil incendió su mente mientras una bruma de adoración delirante le envolvía la conciencia. Batallando contra esta, ignoró los brazos abiertos de Everett y lo golpeó en la quijada, lanzándolo hacia la entrada del laberinto.

Everett cayó sobre su trasero, gruñendo, pero su expresión apenas había cambiado a una de curiosidad.

—Mataste a Cosmo —dijo Gab. Un nudo en su garganta hizo que sus palabras sonasen como deformados ladridos.

—Tenía que hacerlo.

—Eres un imbécil.

—Seré lo que tú quieres que sea —dijo Everett, tendiéndole ambas



manos, aún sentado sobre musgo y polvo.

Gaby quiso acercarse, pero negó con la cabeza y dio un paso hacia atrás, al vacío, a pesar de que sintiera que, rechazando apenas un simple gesto como aquel, cientos de agujas le pinchaban el cuerpo.

—No digas estupideces.

—He vuelto por ti —dijo, dejando caer sus manos a sus costados tras hincarse, sin apartar la vista de los ojos verdes de que amaba tan cándidamente—. Aún tienes la oportunidad de ver a Dios. ¡No! No es eso. Porque lo que necesitas es estar conmigo, volverte Dios, y acompañarme en el Vacío hasta que el tiempo se consuma, y luego un poco más. Porque nunca te hartarías de mí, ¿verdad? Siempre me querrás tan locamente como yo a ti, ¿no es cierto, mi Gab? Igual que los humanos y sus maldades necesitan del sol para florecer y perecer, y repetir su ciclo, yo te daré todo y tú así me corresponderás en mi Gran Vacío; ahora nuestro. Deja que sea nuestro.

Un “*no entiendo*” murió en su pecho. Un “*estás loco*” jamás fue siquiera pensado. Un grito iracundo se ahogó entre lágrimas silenciosas cuando Gab vio todo como en una proyección cuyo único público era su propia alma: vio las infinidades que Everett pasó solo, ese pesar que aplastaría los huesos de cualquier persona, esos cansados e incontables sentimientos a los que ni siquiera pudo ponerles nombre cuando la bañaron como una lluvia helada cayendo de un cielo carbonizado.

Everett le rogaba.

Dios la necesitaba.

—Por favor, Gab.

—Everett... No.

Pero corrió hasta desplomarse en sus brazos y le clavó las uñas en la espalda como si temiera que se fuera a esfumar; y negó con la cabeza, apoyada sobre el hombro de Everett.

—No me dejarás solo nunca más, ¿verdad, Gab?

La abrazaba, pero no la retenía, por eso no hubo resistencia cuando ella se apartó bruscamente. A través de su oscurecido semblante, Everett podía ver que apartarlo le causaba más que simple inquietud; le dolía en la carne y en los dientes, le aplastaba los órganos y la hacía sangrar desde heridas que no existían.

Gab no dejaba de negar con la cabeza.

—No quiero ir contigo —*¡absoluta mentira!*—. Poco me interesa si estás solo y la mierda te consume.

Mentirosa.

Everett comenzó a reírse. Cuánto dolía.

—Siempre has sido una mentirosa. No sabes amar, y por eso siempre dices basura.

Esqueletos libres de ropa y carne aparecieron desde el fondo del acantilado, arrastrándose sobre las paredes y trepando los ladrillos para sentarse al lado de Gab, alisándole el cabello y contemplándola con cuencas vacías.

—Quiero irme.

Su corazón latía y Everett lo escuchaba.

—Mientes.

Libélulas y mariposas, y pajarillos y moscardones bajaron flotando desde las grietas en el techo, zumbando cerca de Everett, fundiéndose en su piel y luego huyendo de su alcance.

—¿Por qué lo haces, Gab?

—No me llames así.

—Antes me lo permitiste.

—Pues lo odio.

Los esqueletos parecieron reírse. Mentía. Everett se echó a llorar pues aquello era increíblemente divertido.

—Me abandonaste y apartaste sin razón, ¿por qué, Gab? Me juraste tu vida, me mentiste siempre, y ya no puedo soportar que lo hagas porque te odio; te odio y te amo mucho más. Gab, oh, Gab, ¿por qué ya no hueles a amor? De repente tu mirada ya no me adora; pero yo te sigo necesitando tanto.

Los zumbidos y traqueteos de los huesos se multiplicaron, rodeándolos a ambos. El edificio y el acantilado se transformaron en una cueva, en un campo basto, en el fondo del océano, en la superficie de una estrella y en

un desierto, todo al mismo tiempo.

—Mira en lo que me convertí para que te giraras apenas en mi dirección, para que me amaras —siguió Everett—. Escucho tus latidos y estos solo gritan furia, pero es porque aún no lo entiendes.

Gab estaba molesta y su corazón hacía ecos este sentimiento con cada palabra que Everett se atrevía a sollozar.

—Estás demasiado sorda para verlo. Pero ahora solo necesito que me sigas —dijo, y un casete verde apareció en su mano—, necesito que escuches mi canción. La voz del Everett Verdadero y los gritos del Falso; ambos claman por ti.

Gab mandó a volar el casete con un golpe, que rebotó en las profundidades de aquella ilusión tan verdadera.

—Oírlo no me hará entender nada porque ya sé lo que pasa.

Desde la visión de la eternidad de Everett en el Gran Vacío; no, quizá desde que se conocieron a las afueras de La Mano de la Misericordia (¿se hubiera salvado de permanecer en su palma?), Gab comenzó a comprenderlo. Aunque explicarlo y aceptarlo se sintió como si ella misma desmembrara al gato de Joy, si este fuese reemplazado por una copia de la misma Gab.

—Todo esto que siento por ti, es por tu culpa —dijo, frunciendo el ceño entretanto sus labios temblaban—. Tú lo hiciste. La sensación constante de que jamás sería completamente feliz, de que algo importante siempre faltaría en mi vida si tú no estabas conmigo; que mis pensamientos y propósito entero sean dependientes de ti, ¡es por tu culpa! ¡Es porque tú eras el que no podía vivir sin mí!

Dios guardó silencio. Su mirada le daba la razón.

—Ese hilo que me atrajo a ti me lo brindaste tú, desde el comienzo de los tiempos, para que me encontrase contigo.

Soltó una risa amarga entre su llanto. Estaba condenada a amar al fuego que siempre consumía a los pétalos. “¿Qué pasa con Markie?” “Eclipsa su existencia”. Lo siento, auténtico amor, he de elegir al chico incorrecto.

—Este amor es la verdadera mentira —dijo Gab.

—Perdóname.

—Me maldijiste, y ahora ¿quieres que sienta pena por ti?

—¿Lo haces?

Gab cayó de rodillas, rechinando los dientes.

—De forma sofocante.

—Entonces acompáñame, Gab. Mi Gab, te lo ruego.

—¡Imposible! —se apartó de sus labios y arrojó a los esqueletos al vacío de la lejanía, dejándolos solos a ambos pues los insectos y los pajarillos siguieron a los muertos—. Aunque, yo... Everett, la Gab que tú creaste no desea ver de ti otra cosa que no sea tu felicidad; pero esa no es la Gabriela real.

*Mentira*, quiso llorar Everett, pero no le parecía que lo fuera.

—Yo, Gaby, la verdadera Gaby que tienes enfrente, quiere que te largues para nunca volverte a ver, aunque me parta el corazón y sienta que me falta el oxígeno por el resto de mis días —se arañó los brazos al abrazarse a sí misma para intentar calmar su dolor—. Vete. Vete y devuelve todo a la normalidad; sé que puedes hacerlo porque estamos así, ahora, por tu culpa.

—Gab, mi diablo, mi princesa querida —rezó Everett, intentando alargar sus brazos para acariciar sus mejillas, que ella sacudía constantemente—. Querida, mi cielo, mis lunas, ¿no ves que soy todo tuyo?

El rostro de Everett cambió ante los ojos perlados de Gaby, que gritó cuando vio que él ya ni siquiera tenía un rostro humano. No había piel, no tenía boca, ni nariz, como si estuviese viendo un hoyo negro a punto de estallar; era el porte de quien Gab amaba y de quien Gaby odiaba, tan perdido, tan suyo.

A lo lejos oyó un aullido, llantos, pjar de aves.

Gaby cerró los ojos y gritó.

—¡Vete!

—Lo hice todo por ti.

—No lo quiero.

—Estoy rendido ante ti, porque no merezco menos.

—Eres tan molesto.

—¿Siquiera te importo?

—Devuelve a Cosmo.

—Toma mi mano.

—Haz que volvamos a casa.

—Aférrate a mí.

—Deshaz mi hechizo.

—No me dejes ir, mi todo.

—¡Haz que cierren esta página y nos dejen en paz!

La tierra a su alrededor dejó de cambiar. Sonido como de cristales reventándose y bombillas fundiéndose los persiguieron de regreso al bosque y los edificios, y el rostro de Everett retornó a su lugar. Su voz ahora tranquila al poder ojear por sobre el borde del Gran Vacío al futuro que les aguardaba.

Acercó una mano tibia a la mejilla de Gaby para recoger un par de sus lágrimas. Ella no se apartó. Lo miraba con recelo, pero apestaba a conquista.

—No digas eso, Gab. Harás que me parta de risa, que me ahogue en mis lágrimas. Mi dulce malhumorada, no te alejes; solo calla y ven conmigo. Te lo ruego. ¿No me ves aquí, arrodillado ante ti?

Silencio, mientras la mirada de Gaby dudaba.

—¿Harás de nuestra eternidad juntos un triste recuerdo del que por siempre te arrepentirás? —continuó—. No lo aguantaría.

—Yo tampoco.

—Ven conmigo.

—No.

Aun cuando era honesta, Everett sentía que Gaby era injusta.

—Te lo ruego.

—No.

—Seguiré insistiendo hasta que uno de nuestros corazones deje de latir, y para mí el infinito es apenas un suspiro.

—¿Recuerdas la noche en que te besé por primera vez?

—Cada día.

—Antes de eso me prometiste que harías lo que fuera por mí —dijo, ahora decidida como un condenado sin remordimientos cuyo banco es pateado y su soga ciñe su garganta—. Lo prometiste, ahora cúmplelo. Haz que todo recuerdo sobre ti sea borrado de mi memoria.

Las manos de Everett se deslizaron, sin ser percibidas, sobre las clavículas de Gaby, hasta que las yemas de sus dedos acariciaron el vello de su nuca y la silueta de su nuez de Adán.

Dios lloró.

—Entonces, por esta vez, nos despedimos, mi adorada Gab.

—No me llames así.

Gab, oh, Gab, hasta pronto.

Gabriela. Gaby. Gab. ¡Sí, Gab, la por siempre perfecta Gab, murió intentando besar a su aborrecido primer amor!

## Capítulo 69

### *Cerca del Santuario*

Cuando Gaby murió bajo las manos de Dios, Vandálico renació como un brote de mala hierba, allá, en un sitio entre el Santuario y el Gran Vacío, aguardando a que el hilo de espino rodeara su cuello una vez más.

## Capítulo 70

*31 de octubre de 1989, 12:16 a.m.*

La reina en el corazón de Dios había estado cerca de acariciar la realidad, porque Everett no había hecho absolutamente todo por ella, a pesar de que el mundo hubiera perdido su valor y su brillo, y sus colores y su peste cuando veía su cadáver.

No fue por Gaby, no fue por Markie, no fue por Cosmo, sino por todos ellos al tiempo: fue por *The Mixtape*.

Fue por él mismo.

Se puso de pie y giró para encarar el laberinto.

Markie aún tenía oportunidad.



## Capítulo 71

*31 de octubre de 1989, 12:17 a.m.*

Bailando bajo la luz de la luna, se sintió muerto.

De todos modos, ¿por qué lo hacía? ¿De dónde venía esa preciosa música? Le ponía los pelos de punta.

Alguien cantaba sin pronunciar palabras, pidiéndole ayuda.

Giró sobre sí mismo sin mirar a su alrededor e intentó seguir la música que venía de todos lados a la vez. Era música extraña, que debía venir de una mixtape extraña, cuyo creador rozaba en lo bizarro.

—¡Everett! —gritó.

Sintió los labios resecos y sus piernas dolían como si llevase días vagando por un desierto, pero no era momento de lamentarse. Cuando abrió la boca para volver a llamarlo mientras daba un paso adelante, el camino bajo sus pies lo llevó a la última habitación del complejo. Sobre el trono de rocas, moteado de nieve, se sentaba erguido el casete verde de Everett, y llegaban hasta sus oídos notas graves y percusiones suaves, mientras la cinta y sus engranes de plástico giraban por propia voluntad.

Se acercó al trono como un padre se acercaría al ataúd de su primogénito mientras el sonido de lloriqueos y oraciones sin sentido le perforaban el cerebro. La cinta era la que lloraba. La cinta era la que oraba. En la cinta se leía "Everett Wyatt Jackson" sobre su helado plástico que quemaba al tacto.

Volvió sobre sí cuando escuchó que alguien se acercaba desde detrás suyo, aliviado al ver que era Everett. ¡Finalmente!

Sin embargo, cuando éste le sonrió con los ojos enrojecidos y se adentró en la habitación, Markie mantuvo su distancia.

—Te encontré —dijo Everett—. La escuchas, ¿verdad? La canción, la voz; es mi voz, y la canción es mi creación.

—¿Por qué pides ayuda?

—Las pesadillas se volvieron realidad. No lo puedo soportar.

—Ev...

—No lo llames —dijo, acercándose un paso, mirándolo como si pudiera prenderle fuego al bosque entero sin permitir que una sola rama se quemase—. Ya no existe más.

Markie cayó en cuenta de que, durante aquella noche en la playa de New Haven, se había hecho amigo del mismo Everett que ahora se encontraba ante él: un chico que jamás había sido humano porque su misma humanidad era demasiada.

Sacudió la cabeza y le miró con decisión.

—Deja de lamentarte y vamos a casa.

—Es que yo no pertenezco aquí.

—Nunca lo hiciste.

—¡Lo entiendes! —dijo Everett, con ojos llenos de alegría—. Vente conmigo, entonces. No me abandones.

—¿A dónde?

—Hasta mi hogar en el Gran Vacío.

—Preferiría quedarme aquí, y que tú hicieras lo mismo.

—¿Tienes miedo? —su mirada era dura y gentil. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cinta, que no dejaba de lanzar melodías acordes a su conversación—. No merecerías el poder si no lo sintieras. Pero no me temas a mí porque lo verdaderamente aterrador es aquello que puedes terminar siendo si te dejas llevar y me acompañas.

—¿Por qué no llevaste a Cosmo contigo? ¿Qué hiciste con Gaby?

—Ninguno de los dos estaba preparado, tardarán demasiado en estarlo —dijo, mirando al suelo al recordar sus cuerpos helados y endurecidos, y luego se rió—. Pero tú eres tan solo un poco diferente, Markie.

—¿En qué sentido?

—Me aprecias de forma honesta.

—Te quiero, Everett, pero a veces eres un cabrón.

Se alzó de hombros.

—Así es esta historia.

—Cámbiala.

Everett hizo un gesto y Markie salió volando, estrellándose tan fuerte contra una pared que trozos de ladrillo y cemento surcaron los aires como proyectiles, y un agujero de grietas se formó a sus espaldas; sus costillas se partieron, perforándole los pulmones, y su espina crujió rompiéndose por la mitad. Cuando gritó, un chorro de sangre tomó el lugar del sonido. Cayó al piso entre gemidos y sollozos, con la mirada borrosa. Al parpadear, todas sus heridas se habían curado.

Miró hacia delante, donde ya estaba Everett, viéndolo desde arriba.

—Lo estoy intentando. Cambio nuestra historia —gritó.

La melodía los seguía, pero esta vez sin palabras. Ahora eran gritos, chasquidos, retrocesos y vueltas al inicio. Estaba escuchando al Gran Vacío.

Markie se tocó el pecho y sintió en el bolsillo un bulto delgado en un extremo y más ancho en el otro. Las tijeras. Resopló. Esa música; si tan solo Everett dejara de escuchar esa maldita música...

Se levantó con un grito, arremetió contra la espalda de Everett y chocó contra un espejismo. El cuerpo de Everett se desvaneció frente a él tan solo para reaparecer detrás al momento. Markie se estrelló contra el suelo, llenándose la cara de raspones y barro, y miró por sobre su hombro con las tijeras ocultas en su puño cerrado.

Se encontró con la mirada confundida de Everett.

—¿Qué haces?

Markie no respondió, pues perdió el habla cuando chocó contra la sombra de Everett; entonces sintió que iba a perder la conciencia. Everett tenía el corazón desgarrado. Su vida ya no significaba nada.

Markie ahogó un sollozo, preguntándose en qué momento todo se había ido a la mierda. ¿Desde cuándo estaban tan perdidos? Al ser chiquillos o al haber estado condenados desde siempre por un verdugo tan anónimo como el nombre del viento, lo único que verdaderamente importaba era que se tenían el uno al otro.

Por lo menos eso debería bastar, ¿no es cierto?

¿No es cierto, Everett?

Markie ignoró la agonía amenazante que se extendía desde el centro de su cuerpo hacia el exterior y se levantó.

—Irte no es una opción —gritó, arrojándose sobre Everett una vez más.

Logró taclearlo tomando ventaja de la sorpresa, y se colocó a horcajadas sobre su pecho entretanto Everett jadeaba, temblando, mirando al cielo pues no entendía lo que pasaba.

—¿Por qué tan de repente...?

—Lo hago por tu bien.

Markie sostenía firmes las tijeras en su mano derecha mientras que con la otra le apartaba a Everett el cabello del rostro; chilló y se removió, intentando apartarlo de encima, pero su cuerpo, contrario a su voluntad, era débil y endeble.

Markie le tomó por un puñado de cabello y retuvo su cabeza contra el césped en un movimiento rápido. Everett lloriqueó, y los troncos a su alrededor se astillaron, las paredes se agrietaron, y el suelo bajo sus cuerpos se hundió. El viento osciló sobre sus cabezas, tomando forma sólida como la de un cristal, que vibraba a la par de la música, oscura y frenética.

—Yo... Nunca te haría daño, Everett —dijo Markie intentando convencerlos a ambos. Sus manos temblaban—, lo sabes.

Everett manoteó sin poder zafarse.

Los árboles se partieron por la mitad cayendo hacia atrás, y las paredes estallaron hacia le lejanía. El techo cayó en pedazos a sus lados y una oleada de nieve los bañó, para luego detenerse por completo. Nubes negras salidas de la nada cubrieron el cielo, volviendo todo sombras que luego se tiñeron de un rojo voraz proveniente del trono de rocas: ¡el casete estaba en llamas! Su música gruñía como el fuego que no lo consumía.

Markie gritó rabioso y aferró con más fuerza a Everett, que había comenzado a implorar mediante versos inentendibles que iban a la par de la canción. Con firmeza le apretó la mejilla contra el suelo. Vio su perfil, reía, lloraba, gritaba, cantaba; y Markie alzó las tijeras antes de que lograra acobardarse.

Las enterró tan profundo como pudo en el oído de Everett. El cielo se vino abajo, cortándole a Markie la carne hasta el hueso, y la tierra bajo sus

pies quiso tragárselo, y las astillas de los árboles, las rocas de las paredes, y el fuego del casete le acribillaron, dejándolo casi ciego de dolor.

Los gritos de ambos se entremezclaron cuando sacó las tijeras y un salpicón de sangre surcó el aire como un arco carmesí, haciendo un sonido crudo y pegajoso: *iCUAJ!*

Everett maldijo, pataleó, chilló, y por un segundo Markie creyó que ambos estaban llorando sangre. Estaba mareado, a punto de desplomarse para decir adiós para siempre, pero su tarea aún no estaba ni cerca de completarse. Apretó los puños. Cuando eso no bastó para desperezarlo, se agujeró las palmas con el filo de las tijeras; su corazón volvió a bombear adrenalina. Su dolor se transformó en furia cuando sus oídos volvieron a captar la voz de Everett, que cantaba.

*iCUAJ!*

Los cánticos se detuvieron y los lloriqueos de Everett distorsionaron en gritos desgarradores. Su cuerpo por fin logró tener la suficiente fuerza para arrojar a Markie lejos. Se llevó las manos a los oídos, rasguñándose la piel, mirando al vacío con ojos tan abiertos que iban a salirse de las cuencas y pupilas tan dilatadas que pudieran haberse tragado a alguien de haberlo mirado.

El fuego que envolvía al casete comenzó a soltar chispas. Markie se giró a verlo, perdiendo de por sí la respiración agitada cuando vio que las llamas se volvían negras, por fin derritiendo el plástico tal como si nunca hubiera estado allí; borrando la mixtape de Everett Wyatt Jackson de la misma existencia.

La música se deformó. El bosque y los edificios destrozados se llenaron de susurros, murmullos, lejanos lamentos, y luego nada.

La tierra dejó de temblar.

Markie luchó por ponerse de pie, pero sus heridas eran demasiado graves como para siquiera permitirle arrastrarse de vuelta a Everett.

—Lo siento —lloró—. Perdóname. Prometo que ya todo va a estar mejor.

Se tumbó de espaldas para mirar al cielo.

Gritó sus disculpas aun cuando se percató de que Everett no lo escuchaba.

## Capítulo 72

*Durante un momento*

Dios lloró y sangró tanto que el bosque y los edificios se transformaron en un lago, sobre cuya superficie tan solo él y Markie podían caminar.

Entonces se levantó, llorando, tambaleándose, sujetándose la cara con las manos. Su rostro se caía a pedazos como trozos de cristal desprendiéndose de su marco.

Markie se incorporó como un muerto que vuelve a la vida cuando escuchó que el llanto se volvía risa. Everett caminó dando vueltas, ciego y sordo, y volvió el rostro inexistente al cielo como si hubiese encontrado la respuesta que haría brillar cual neón a la soledad de Gran Vacío.

Una última carcajada ensordecedora le desgarró la garganta, y Markie negó con la cabeza. Esa risa no era humana.

—Everett... —dijo, y él se volvió en su dirección como si lo hubiese escuchado.

—Todavía la escucho —dijo, con una voz que carecía de género y emociones—. Mi voz, mi canción.

No era cierto, por favor, que no sea cierto.

El cuerpo de Markie sanó tras un parpadeo y a pesar de que era capaz de correr y escapar, no se movió cuando Everett se acercó, sonriendo sin tener boca, mientras él negaba con la cabeza.

—¿Inentendible, o es que eres demasiado estúpido? Viejo amigo, vaya, idiota sin remedio; es imposible detenerme. ¿Por qué no cantas conmigo? ¡Sueña mis notas, baila con el Diablo! Acompáñame en esta noche eterna.

Markie retrocedió a gatas. Los ojos le ardían y su cabeza palpitaba como si hubiese algo dentro que luchaba por hacerla estallar.

Todo estaba perdido, absolutamente todo.

El sol ya no saldría porque ahora tan solo quedaba la nada, y el todo se había tragado a Dios.

Lo entendió, de repente, como cuando se enciende la luz del sótano.

Everett era Dios.

—Siempre lo he sido.

La música se lo había gritado y ahora el nuevo Dios lo encaraba. ¡Qué juego tan cruel! Estaba condenado a un destino vacío.

Todo perdido, todo perdido.

Los dedos de Markie tocaron un filo mojado y su mirada se deslizó hasta su mano, que aferraba las tijeras; al verlas, todo lo demás se hizo borroso.

Sin fin. Qué vida tan dura.

Levantó otra vez la mirada y Everett se encontraba a dos centímetros de su nariz.

—Eres Dios, tú decide.

—¿Yo?

—Lo harás porque puedes, y porque puedes eres Dios.

Interminable, inentendible.

Ya había hecho esto antes y Everett nunca lograba convencerlo, pero, esta vez...

—¡Sí, sí! —gritó, haciendo que el mundo se desvaneciera—. Esta puede ser la ocasión perfecta: ¡el destino que cambia!

Sin saber por qué, Markie soltó las tijeras, negando con la cabeza mientras su cuerpo obedecía una voluntad que no era la propia. La tierra volvió a temblar.

—Gobiérnate —le ordenó—. Hazte tuyo.

—Everett...

Él hizo un gesto con pesadez y los cuerpos agonizantes de Gaby y Cosmo aparecieron a su izquierda y derecha, apestando a muerte.

—No seas como ellos —dijo Everett—, no me abandones.

—Jamás lo haría, pero esto no es justo.

—Injusticia y divinidad van de la mano. Pero, ahora, por favor, tienes que ser valiente y dar el último paso.

—¿Ir contigo?

—Ser Dios —otro gesto y los cadáveres desaparecieron, dejándolos solo a ellos y a la música que venía del agujero en el rostro de Everett—. Tus ojos, tus manos, tu sangre y tu alma, idéjalos ser! Déjalos ser y vente conmigo.

Dios.

Eres Dios.

Perdido, abandonado, a tu suerte; tragado por la nada y vuelto el todo.

Los ojos de Markie se iluminaron, llenos de certeza, mientras algo en lo profundo de su interior se estremecía y reventaba. En un susurro dijo:

—Dios.



## Capítulo 73

*12:21 a.m.*

Pero algo en su encuentro y revelación salió mal, porque en lugar de poder reemplazar a Putrefacto con Markie, este alargó una mano, entre lágrimas, y volvió a tomar las tijeras con fuerza. Se las enterró en los oídos para dejar de escuchar la canción maldita.

Los trozos del rostro de Everett volvieron a su lugar cuando se percató. Hizo que el bosque y los edificios reaparecieran, intactos. Se levantó, dio la media vuelta e ignoró los últimos gritos desesperados de Markie, que perdía la cabeza mientras todas sus heridas reaparecían.

Everett corrió alejándose de las súplicas y se adentró en el complejo de apartamentos. Alzó una mano y arrancó un montón de hojas y ramas que se filtraban por una ventana rota.

Markie desapareció en la lejanía.

## Capítulo 74

### *Cerca del Santuario*

Cuando Markie murió de dolor, Putrefacto emergió dentro de un mar de sangre y lágrimas, allá, en un sitio entre el Santuario y el Gran Vacío. Naufragó por años, flotando sobre las aguas, incapaz de encontrar suelo sólido sobre el que pudiera descansar.

## Capítulo 75

???

Mientras corría, la agonía de Markie dejó de existir, el cuerpo de Gaby desapareció, los carambanos que aplastaron a Cosmo nunca se formaron, la muerte de Murray en el *Glazed Festival* jamás ocurrió, y las hojas entre sus manos estaban cambiando.

El complejo de apartamentos se transformó en calles heladas. A lo lejos, podía verse un bar de mala muerte.

*The Mixtape* daba su primer concierto en el *Rotten Hearts Tour*, a tan solo unos establecimientos de distancia.

Depositó su esencia como Dios en las hojas, que se volvieron duras como el plástico para luego tomar la forma de un casete brillante y transparente.

Cansancio le envolvió el cuerpo, que lo transformó en algo parecido a una sombra con silueta apenas humana.

Corrió los últimos metros sintiendo que se desvanecería, pero logró llegar al bar de donde provenían las últimas notas de *Estrellas Fugaces*. Se confundió con el público más lejano justo cuando estos comenzaban a arrojar casetes blancos al escenario.

Captó una visión borrosa de lo que ocurría allá a lo lejos.

## Capítulo 76

*18 de octubre de 1989, 12:46 a.m.*

El primero en bajar del escenario fue Cosmo, lanzando las baquetas a lo lejos y haciendo una exagerada reverencia. Le siguió Gaby, encendiendo un cigarrillo. Ambos se perdieron detrás de una cortina.

Everett y Markie se divirtieron otro rato chocando manos con los fanáticos, riendo y gritando en medio del escándalo. Markie estiró la espalda y lanzó una de sus plumillas al público para que algún afortunado se la llevara a casa como recuerdo.

—Andando —dijo, apenas audible—. Quiero dormir.

—Espera un momento —dijo Everett, apenas moviendo los labios. Su mirada estaba fija al frente, iluminada por una gran sonrisa mientras seguía estrechando manos y chocando puños—. Te... Te alcanzo ahora.

Markie frunció el ceño, pero no notaba más que alegría en el rostro de Everett, y no pudo molestarse con él. Negó con la cabeza y soltó un suspiro; esa noche había dado un gran espectáculo y se merecía todos aquellos vítores y aplausos.

Le dio una palmada en la espalda para gritarle una última sugerencia:

—¡Tan solo no tardes!

Everett apenas escuchó la voz de Markie alejándose y, cuando lo perdió de vista, se olvidó de su existencia como si no hubiese estado nunca a su lado.

Algo en medio del desorden llamaba su atención.

## Capítulo 77

### EPÍLOGO

*Entre este mundo y el otro*

Antes de esfumarse por completo, Dios alzó el casete y garabateó algo sobre el plástico:

*Everett Wyatt Jackson*

Cuando este miró en su dirección, le lanzó la cinta y tuvo la certeza de que, con cada vida pasada y sacrificada, estaría cada vez más cerca de llevarse a todos consigo.

Al abandonar la tierra, el Gran Vacío le dio la bienvenida.

Allí los esperaría, riendo de dolor.